

MISTERIO EN LA FERIA

Enid
Blyton



Lectulandia

Los protagonistas de este libro son Roger y Diana y Chatín con su perro "Ciclón", y Nabé con su mona "Miranda".

Los chicos se verán mezclados en un extraño misterio, el robo de papeles y cartas de habitaciones cuyas puertas y ventanas están cerradas. ¿Cómo son cometidos los robos y quién es el ladrón?

Lectulandia

Enid Blyton

Misterio en la feria

ePub r1.0

Gand 19.11.13

Título original: *The Rilloby Fair Mystery*

Enid Blyton, 1950

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Gilbert Dunlop

Editor digital: Gand

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Capítulo I - El primer día de vacaciones

–¡Buenos días, mamá! ¡Buenos días, papá! –exclamó Roger alborotando los cabellos de su padre al pasar junto a él, y depositando un beso en los rizos de su madre.

–No hagas eso, Roger –dijo su padre nervioso mientras se alisaba los cabellos–. ¿Cómo bajas a desayunar tan tarde? ¿Y dónde está Diana?

–No tengo la menor idea –replicó Roger alegremente sirviéndose una enorme cantidad de potaje–. Durmiendo, supongo.

–No importa –intervino su madre–. Hoy es sólo el primer día de vacaciones. Roger, no es posible que te comas todo ese potaje... luego hay salchichas.

–Oh, estupendo –dijo el niño sentándose ante el plato lleno–. ¿Con cebollas fritas?

–No, Roger, ya sabes que no las tomamos en el desayuno.

–No veo la razón –repuso el niño empezando a comer con el cuello ladeado para leer la parte posterior del periódico de su padre.

Como el diario estaba doblado por la mitad lo que Roger quería leer quedaba al revés, y su padre le miró enojado.

–¡Roger! ¿Por qué tuerces la cabeza de ese modo? ¿Quieres tener tortícolis?

–No... sólo trato de leer algo muy interesante de un perro que...

–Pues se acabó. Ya sabes que es de mala educación leer el periódico que está leyendo otra persona –le dijo su padre–. ¿Es que en el colegio no te enseñan a tener buenos modales?

–No. Suponen que los aprendemos en casa –replicó Roger con insolencia.

El señor Lynton le miró por encima de su periódico.

–Bien, en este caso tal vez será mejor que te enseñe a tenerlos durante estas vacaciones –comenzó a decir en el preciso momento en que Diana hacía su entrada en la habitación con el rostro resplandeciente.

–¡Hola, mamá! ¡Buenos días, papá! ¿Verdad que hace un día espléndido?.. ¡Hay tantos narcisos y primaveras y tanto sol! ¡Cuánto me gustan las vacaciones de Pascua!

–Tómate el potaje, querida –le dijo su madre–. Roger, ¿no te habrás comido toda la crema?

–No, queda un poquitín –repuso el niño–. De todas maneras a Diana no le iría mal tomar la leche sola. Está demasiado gorda.

–¡No es verdad! ¿Lo estoy, mamá? –preguntó Diana indignada provocando un gesto de impaciencia en su padre.

–Siéntate, Diana, y cómete el potaje. Ya que llegas tarde, por lo menos no alborotes. El desayuno se sirve a las ocho... ¡y son las ocho y media!

El señor Lynton dobló el periódico colocándolo junto al plato de su esposa, y salió del comedor.

–¿Qué le ocurre a papá esta mañana? –preguntó Diana subiéndose un calcetín–. Dichosos calcetines. Siempre se me bajan. ¿Por qué está tan enfadado, mamá?

–No hables así. Diana –dijo la señora Lynton–. A tu padre no le pasa nada aparte de que le gusta que seáis puntuales a las horas de comer... y de que se ha enterado de que su tío Roberto va a venir a pasar una temporada. Ya sabéis que el pobrecillo pone muy nervioso a vuestro padre.

–Oh, Dios santo... ¿va a venir de veras tío Roberto? –exclamó Roger–. ¿Para qué? ¿Y dónde vas a meterle? Chatín llega mañana... y soto hay una pieza disponible.

–Pues... esta vez Chatín tendrá que dormir contigo –repuso su madre–. Pondremos otra cama. Lo siento, Roger... pero no hay otro remedio. Tío Roberto debe ocupar la habitación de los huéspedes.

–Oh, Chatín durmiendo conmigo... y gastándome sus estúpidas bromas continuamente –gruñó Roger–. No me importaría tener a “Ciclón” en mi habitación... pero Chatín es terrible.

–Preferiría que “Ciclón” no durmiera con vosotros –le dijo la señora Lynton–. Es un perro muy bonito, lo sé, aunque completamente loco... pero no me gusta que los

perros duermen en los dormitorios.

–¡Mamá! Eso lo dices siempre que viene Chatín y “Ciclón” –intervino Diana–. Y sabes perfectamente que si pusieras a “Ciclón” en la perrera, Chatín iría cada noche a dormir con él.

–Sí, lo sé –replicó la señora Lynton suspirando–. No sé lo que es peor... si Chatín o “Ciclón”.

Chatín era primo de los dos niños y propietario de un “cocker” negro llamado “Ciclón”, debido a su temperamento. Los padres de Chatín habían muerto, y por eso pasaba sus vacaciones en casa de diversos parientes. La señora Lynton le quería mucho y el niño iba más a menudo a su casa que a la de nadie.

–Llega mañana, ¿verdad? –preguntó la niña–. Pediré un hueso bien grande para “Ciclón” cuando vaya esta mañana al carnicero. ¿Seguirán volviéndole loco los cepillos? Mamá, el verano pasado cogía todos los que encontraba y algunos los escondía en una madriguera. Un día encontramos toda una colección.

La señora Lynton apresuróse a tomar nota de que debía prevenir al servicio para que guardara todos los cepillos fuera del alcance de “Ciclón”. Oh... con Chatín, “Ciclón” y tío Roberto las próximas semanas iban a resultar una dura prueba.

–Me pregunto qué dirá Chatín a tío Roberto –dijo Diana, conteniendo la risa mientras servíase unas salchichas–. Oh, mamá... no puedo imaginarlos juntos. Tío Roberto tan afectado y ceremonioso y... Chatín tan loco y bromista.

–Tendré que procurar que vuestro tío abuelo no tropiece con Chatín y “Ciclón”, eso es todo –le dijo su madre levantándose de la mesa–. Bueno, siento no poder esperar a que acabéis. Ya veo que terminasteis las tostadas y empezado el pan. ¡Esto es una comida y no un desayuno! No sé cómo podéis comer tanto.

–Es bien sencillo –replicó Roger sonriendo a su madre mientras ésta salía de la habitación devolviéndole la sonrisa. Era agradable volver a tener a los niños en casa, pero costaba algún tiempo acostumbrarse a su insaciable apetito, sus costumbres y sus peleas constantes.

Cuando la señora Lynton se hubo marchado hízose el silencio. Los dos masticaban a dos carrillos mirando por la ventana. Los narcisos adornaban los bordes del césped y los alhelíes dejaban sentir el aroma de sus pétalos aterciopelados. La luz del sol bañaba el jardín y los dos niños sentíanse felices y excitados, ante la perspectiva de aquellas semanas... sin clases, sin disciplina... días y días de sol, vacaciones, comidas extraordinarias, helados... y “Ciclón”, el perro, para llevarle a pasear.

–Delicioso –dijo Diana despertando de su sueño. Roger adivinando sus pensamientos respondió:

–Sí, imponente. Me pregunto qué tal se llevará “Ciclón” con “Arenque”.

“Arenque” era un gran gato negro, llamado así por su extraordinaria afición a

comer arenque en conserva, y el tendero siempre quedaba asombrado al ver la cantidad de latas que compraba la señora Lynton... ¡Imaginaos una familia comiendo tantísimos arenques! Pero era el gato quien los comía, poniéndose gordo y lustroso.

–Creo que “Ciclón” le va a hacer pasar muy malos ratos –dijo Roger rebañando con avidez el plato de la mermelada.

–No me sorprendería que “Arenque” no supiera contenerse –repuso Diana–. Déjame un poco de mermelada, Roger. No seas egoísta.

–Ojalá no viniera tío Roberto –dijo el niño ofreciéndole el tarro de mermelada–. Me pregunto por qué viene. No suele venir durante nuestras vacaciones. Es lo último que se le ocurriría hacer, considerando que para él los niños son una molestia.

–¡Diana! ¿Todavía no habéis terminado? –gritó la señora Lynton desde arriba–. Vamos. Quiero que me ayudéis a preparar la cama de Chatín. Voy a poner el diván del cuarto de jugar en la habitación de Roger. Roger, ven a ayudarme.

–¡Ni un momento de tranquilidad! –exclamó Roger haciendo una mueca–. Vamos. Echemos una mano a nuestra buena mamá.

Subieron al piso de arriba tropezando con “Arenque” en la escalera. El gato negro salió corriendo delante de ellos con el rabo tieso y los ojos verdes, brillándole con aire perverso.

–¡“Arenque”! ¿Todavía te tiendes en la escalera, gato malvado? –le gritó Roger–. Anda con cuidado mañana, o “Ciclón” te alcanzará si no te espabilas.

–¡“Ciclón” te cogerá si no te espabilas, “Ciclón” te cogerá si no te espabilas! –cantó Diana entrando en la habitación de Roger para ayudar a su madre. “Arenque” estaba ya sentado en el repecho de la ventana meneando su larga cola de un lado a otro.

–¿Qué habéis hecho para que “Arenque” esté tan enfadado? –preguntó su madre.

–¡Vaya, me gusta eso! Estaba echado como un perro en la escalera para hacernos caer –repuso Diana indignada.

–¡Querrás decir como un gato! –replicó Roger con una carcajada.

–Oh... Roger..., te pareces a Chatín cuando dices esas cosas –dijo su madre– Diana, haz la cama de Roger mientras él y yo traemos el diván.

Estuvieron ocupados todo el día preparando la llegada de tío Roberto y Chatín... ¡vaya una pareja curiosa! Tío Roberto era ton viejo, ceremonioso y correcto en todos los aspectos... y Chatín todo lo contrario..., insolente, bromista e inesperado en todas sus cosas. A la señora Lynton le daban mareos sólo de pensar en tenerlos en su casa juntos.

Y en cuanto a “Ciclón”, probablemente volvería loco al pobre viejo. De todas formas, “Ciclón” era un encanto, y la señora Lynton, como todo el mundo, había sucumbido a su hechizo. Pobrecito “Ciclón”, con su piel de seda y sus ojos acariciadores... En toda la casa sólo había un ser que aborreciera a “Ciclón” con todas

sus fuerzas... y éste era “Arenque”.

Al fin quedaron arregladas las dos habitaciones. La de los invitados era bonita, alegre y limpia, las flores que Diana había colocado sobre el tocador eran narcisos de un amarillo fuerte y entonaban con las toallas colgadas junto al lavabo.

El dormitorio de Roger tenía un aspecto distinto con el diván. Como no era muy grande parecía haber quedado aún más reducido, con la cama y una silla más. La señora Lynton colocó también una alfombra vieja en un rincón para que durmiera el perro.

—¡Oh, mamá! ¿Para qué la has puesto? —dijo el niño—. Ya sabes dónde duerme siempre “Ciclón”... a los pies de Chatín.

Su madre suspiró. Al parecer aquellas vacaciones iban a ser muy excitantes. ¡Y estaba en lo cierto... lo fueron!



Capítulo II - Chatín se divierte

Chatín se alegraba de ir a pasar las vacaciones a casa de sus primos. La señora Lynton, su tía le era muy simpática, así como el señor Lynton, aunque tenía sus repentinos arranques de genio. ¡Qué gusto volver a ver a Roger y a Diana!

Habían enviado su equipaje por el recadero, y sólo llevaba un maletín... y a “¡Ciclón!”, desde luego, y ahora estaba esperando el tren. Era un niño pelirrojo, de nariz respingona y rostro cubierto de pecas; silbaba desafinando mucho mientras aguardaba.

Su perro levantó las orejas como hacía siempre que su amo producía un ruido cualquiera.

El tren llegó con tantos resoplidos y estruendo que el perro se asustó y alarmado fue a ocultarse debajo de un asiento de la sala de espera.

Chatín le siguió indignado.

—¿Qué es lo que estás haciendo, estúpido? ¡Echar a correr de esa manera!

¡Cualquiera diría que no has visto un tren en tu vida! ¡Ven aquí!

El tren lanzó un agudo silbido y “Ciclón” se refugió todavía más lejos y el niño no sabía cómo sacarle de allí.

–Escucha... ¡el tren se irá antes de que podamos cogerlo si no sales en seguida! –le gritaba Chatín exasperado–. Sal de ahí, te digo. ¿Qué es lo que te pasa?

Al fin consiguió agarrar al pobre “Ciclón” y cogiéndole en brazos corrió hacia el tren. Un empleado estaba ya cerrando las puertas.

–¡Eh... sube en seguida! –le gritó el hombre–. ¡El tren está a punto de salir!

El pobre niño no tuvo tiempo de escoger su departamento como hacía siempre. Le gustaba viajar completamente solo, para cambiar de sitio continuamente y mirar por la ventanilla que más le agradase. Esta vez no tuvo tiempo de mirar nada, y abriendo la primera puerta que encontró arrojó su perro al interior, y luego subió él aterrizando de bruces en el suelo del departamento. El empleado cerró la puerta de golpe y el tren se puso en marcha.

“Ciclón” escurrióse debajo del asiento.

–¡Estúpido perro! ¡Por tu culpa casi perdemos el tren! –le reprendió Chatín, y poniéndose en pie comenzó a sacudirse el polvo, mientras echaba un vistazo al departamento, que, gracias a Dios, sólo estaba ocupado por una persona que contemplaba al niño con evidente asombro. Era un anciano de cabellos plateados, ojos azules muy claros y una pequeña barba puntiaguda también muy blanca.

–Hijo mío –le dijo–, es una imprudencia coger el tren con el tiempo tan justo.

–He estado esperando veinte minutos –replicó Chatín indignado–. Vamos, “Ciclón”, sal de ahí. Te vas a poner perdido.

Al fin apareció el perro con el rabo entre las patas, y el anciano le contempló con desagrado.

–¡Perros! –exclamó–. Yo creo que debieran viajar en el furgón. Siempre huelen y se rascan continuamente... No me gustan.

–Claro que huelen –dijo Chatín tomando asiento frente al anciano–. Es un olor agradable..., un olor perruno. Igual que el olor a caballo. Y también me gusta el olor a vaca. Y en cuanto a...

–No deseo discutir contigo –repuso el anciano–. No me gusta el olor a perro, y no me gusta la manera que tienen de rascarse.

–“Ciclón” no se rasca nunca –replicó el niño en el acto–. Los perros sólo se rascan cuando están llenos de pulgas. Yo tengo a “Ciclón” siempre muy limpio. Le cepillo cada día y...

El perro adoptó una postura muy peculiar y empezó a rascarse con todas sus fuerzas, produciendo un ruido semejante al redoble de un tambor contra el suelo del departamento.

Chatín, enfadado, le empujó con la punta del pie.

–Basta, idiota. ¿No has oído lo que acabo de decir?

“Ciclón” le miró con aire sumiso, y empezó a rascarse de nuevo. El anciano parecía disgustado.

–¿Te importaría llevarlo al otro extremo del departamento? –le dijo–. Recordando tu observación de que los perros sólo se rascan cuando están llenos de pulgas, no me resultaría agradable su proximidad.

–¿Qué significa eso? –preguntó Chatín sin moverse–. Le aseguro que no tiene pulgas, nunca...

–No estoy dispuesto a discutir –replicó el anciano–. Bueno, si no te llevas al perro, tendré que moverme yo. Pero debo hacer constar que los niños de hoy en día no se distinguen precisamente por sus buenos modales.

Chatín apresuróse a llevar a “Ciclón” al otro extremo del departamento, sintiéndose avergonzado. El perro quiso subirse al asiento, pero el anciano le miró con tal aire de desaprobación, que el niño, sobrecogido, no se atrevió a permitirselo.

Afortunadamente, “Ciclón” se puso a dormir, y el niño abriendo su maletín, tomó un libro, comenzando a leer. El anciano quiso ver lo que leía Chatín. Era un libro con una portada espeluznante y un título extraordinario. Se titulaba “¡Espías! ¡Espías! ¡Espías!”

Chatín se arrellanó en el asiento lejos de este mundo, y el anciano quedó estupefacto al ver un título tan peculiar.

–¿De qué se trata tu libro? –le preguntó al fin.

El niño consideró que era una pregunta tonta, ya que el título estaba bien a la vista.

–Sobre espías –le contestó–. Y robos de mapas y planos antiguos y cosas por el estilo.

El anciano contempló al niño haciendo una curiosa observación:

–¡Espías! ¡Y cómo no! Tenían que haber sido espías.

Chatín alzó los ojos asombrado.

“¡Qué viejo más extraño! –pensó–. ¿De qué esto hablando ahora?”

–Es curioso que estés leyendo un libro que trata del robo de documentos antiguos –continuó el anciano–. Porque acabo de abandonar un sitio donde tuvo lugar un robo de esa clase. ¡Terrible, terrible!

Chatín le miraba con los ojos muy abiertos.

–¿Qué es lo que robaron? –preguntó.

–Las cartas de lord Macaulay, los mapas antiguos del condado de Lincolnshire y la correspondencia entre lady Eleonor Ritchie y su hermana –repuso el anciano meneando su cabeza con aire solemne–. Y las recetas antiguas de la viuda lady Lucy, y...

Todo aquello era griego para el niño que empezó a pensar que el anciano le

tomaba el pelo, y decidió hacer lo mismo.

–Y supongo que también desaparecieron el árbol genealógico de todos los perros y las cartas escritas por lord Popoffski –dijo en tono grave y de circunstancias.

Ahora le tocó extrañarse al anciano.

–Ah..., ya veo que no me crees –dijo con aire digno–. Bien, permíteme decirte una cosa, jovencito. Este robo tuvo lugar en una habitación cerrada con llave y sin que nadie la abriera. El ladrón penetró en ella estando cerradas todas las ventanas y sin abrir ninguna. No dejó huellas, ni hizo el menor ruido.

Chatín no creía una palabra, y contempló al anciano con aire incrédulo.

–Vaya –continuó su compañero de viaje–, es una historia extraña, ¿verdad? Demasiado extraña para mí. Por eso he dejado la casa donde ocurrió y no pienso volver. No me gustan los ladrones que atraviesan las puertas cerradas. ¿Y a ti?

Chatín dejó su libro. Si era cuestión de inventar historias, él también sabía hacerlo.

–Es curioso que me cuente usted todo eso, señor –le dijo con vehemencia–. Yo también huyo. He descubierto un complot, un complot siniestro.

–¡Cielo santo! –exclamó el hombre alarmado–. ¿Qué clase de complot?

–Pues sobre una especie de bomba atómica, señor –continuó Chatín divirtiéndose de lo lindo–. Trataron de cogermelo, señor... y casi lo consiguen.

–¿Quién trató de cogerte? –preguntó el anciano asombradísimo.

–¡Chissss! –dijo el niño en tono misterioso mirando a su alrededor como si sospechara que “le” estaban escuchando–. Los Manos Verdes, señor..., seguramente habrá oído hablar de esa banda...

–No. No la he oído nombrar nunca –repuso su interlocutor–. ¿Quiénes son?

–Es una banda internacional, señor –dijo Chatín disfrutando a más y mejor y maravillado de sus dotes inventivas–. Han logrado apoderarse del secreto de la bomba atómica, señor... y yo me enteré por casualidad. Me capturaron y querían que trabajara para ellos.

–¿Qué?... ¿Un niño como tú? –dijo el hombre.

–Utilizan también a los niños –replicó Chatín–. Para experimentos y cosas por el estilo, ya sabe. Y bueno, no quise volar hecho pedazos...

–¡Válgame el cielo! –exclamó el viejo–. Esto es increíble. Debieras dar parte a la policía.

–Me largo –dijo el niño bajando la voz hasta convertirla en un susurro–. Pero ellos me siguen, señor..., los Manos Verdes. Sé que me están siguiendo... y darán con mi pista, y al fin me cogerán.

–¡Pero esto es increíble! –repitió el anciano enjugándose la frente con un enorme pañuelo de seda blanca–. Primero estoy en una casa donde los ladrones atraviesan las puertas y ventanas cerradas... y ahora viajo con un niño perseguido por..., ¿por quién

dijiste?... los Manos Verdes. ¿Es que..., es que tienen las manos verdes?

–Llevan guantes verdes –improvisó Chatín con osadía–. Tenga cuidado si ve a alguien que lleve guantes verdes..., sea hombre o mujer.

–Sí. Sí, lo tendré –replicó el anciano–. Mi pobre niño..., ¿no tienes padres que cuiden de ti?

–No –replicó Chatín diciendo la verdad por primera vez en cinco minutos–. No los tengo. Me voy al campo a casa de mis primos. Espero que los Manos Verdes no me encuentren allí. No quisiera que todos volásemos hechos pedazos.

–¡Dios nos asista! ¡Es increíble! ¡Las cosas que ocurren hoy en día! –dijo el anciano–. Sigue mi consejo, muchacho, y avisa a la policía.

El tren se detuvo y Chatín por casualidad miró por la ventanilla poniéndose en pie de un salto que sorprendió al viejo en gran manera.

–¡Troncho! ¡Ésta es mi estación! Vamos, “Ciclón”, ¡despierta! Muévete. Adiós, señor... y espero que coja a su ladrón a puerta cerrada.

–Adiós, hijo mío. Hemos tenido una conversación muy interesante... y sigue mi consejo..., avisa...

Pero sus palabras se perdieron entre los pitidos de la máquina y el ruido de la puerta al cerrarse. Chatín se había ido con su perro, y el anciano reclinóse en el asiento. Vaya, vaya, vaya..., ¿a dónde iba a parar el mundo? Pensar que incluso un niño podía verse complicado en semejantes conspiraciones. Era alarmante.

“¡Nadie está a salvo en estos días! –pensó el viajero tristemente–. ¡Es muy alarmante!”



Capítulo III - Un encuentro inesperado

Chatín al poner el pie en el andén, tropezó con su perro, cayendo sentado, y escuchando un torrente de carcajadas a modo de saludo.

–¡Ah, Chatín! –gritó la voz de Diana–. ¡Siempre te caes del tren! ¡Hola, “Ciclón”!

El perro abalanzóse sobre la niña como un loco y casi la tira al suelo. Ladraba y aullaba golpeándola con sus pezuñas, hasta que al fin tuvo que apartarle airadamente.

–Basta, “Ciclón”, basta. Basta ya. Chatín, díselo. Sigue tan loco como siempre, ¿verdad? Oye, Roger ha sentido mucho no venir a recibirte, pero tuvo que ir a la estación siguiente a esperar a tío Roberto. ¡No comprendo por qué no pudisteis apearos los dos en la misma estación! Supongo que tío Roberto habrá creído que la próxima queda más cerca de nuestra casa.

–¿Quién es tío Roberto? –preguntó Chatín sorprendido–. Nunca te oí hablar de él. ¿No vendrá para quedarse?

–Pues sí. Es muy molesto, ¿verdad?, considerando que estamos de vacaciones –

dijo Diana mientras salían de la estación—. No es malo, sino terriblemente ceremonioso y educado. Mamá no supo que venía hasta ayer, y hemos tenido que instalarte en la habitación de Roger.

—¡Ooooh, estupendo! —exclamó el niño—. A “Ciclón” le gustará.

—¿Sigues apoderándote de todos los cepillos que encuentra? —preguntó Diana—. Se portó pésimamente durante las últimas vacaciones, veraniegas.

—Sí, siguen volviéndole loco los cepillos —replicó Chatín—. Y las alfombras, y también los gatos... Oye..., ahora tenéis un gato, ¿no es cierto?

—Sí. Uno muy grande, negro, que se llama “Arenque” —dijo la niña—. Ya casi tiene un año, pero sigue siendo muy tonto a ratos. No sé qué tal se llevará con “Ciclón”.

—Será una casa muy animada —repuso Chatín satisfecho—. Gatos y perros corriendo por todas partes, y nosotros tres y vuestro anciano tío.

—No es tan anciano —contestó Diana—. Es tío de papá. Bueno..., ahí está nuestra casa. Mira. “Ciclón” la recuerda, ha echado a correr hacia la verja. Caramba, asustará a “Arenque”... está en su cesta junto a la pared.

Chatín corrió tras el can, que ya había descubierto a “Arenque” y le perseguía como un loco por el jardín aullando de excitación. El gato se metió en la casa seguido de “Ciclón” y Chatín que gritaba llamando a su perro.

La señora Lynton quedó sorprendida al ver a “Arenque” pasando como una exhalación ante ella para subirse encima de una librería, y todavía más al ver a “Ciclón” semejante a un relámpago negro seguido de Chatín y sus gritos.

—¡Oh! Es que ya has llegado, Chatín. Debía haberlo adivinado —le dijo—. Realmente no hay mucha diferencia entre un tornado y tú. ¿Cómo estás, querido?

—¡Hola, tía Susana! —dijo Chatín—. Ven aquí, “Ciclón”. Oh, bueno..., “Arenque” se ha marchado por una ventana. Cielos... y “Ciclón” también.

Y desapareció a toda prisa mientras la señora Lynton se sentaba suspirando. La paz siempre terminaba con la aparición de Chatín. Se oían voces en el jardín y por último un grito de Diana.

—¡Mamá! Aquí llega tío Roberto con Roger en un taxi.

La señora Lynton apresuróse a levantarse preguntándose qué diría tío Roberto cuando oyera aquellos grifos y aullidos que invadían el jardín.

Salió de la casa y dijo a Chatín:

—Coge a “Ciclón” en seguida y llévatelo. ¡Vete a lavar las manos o lo que sea!

Chatín le dirigió una mirada de extrañeza. ¡Qué enfadada parecía! Lanzó un silbido prolongado y el perro respondió en el acto acercándose a los pies de Chatín como una bala de cañón, y los dos desaparecieron en el interior de la casa en el momento en que tío Roberto abría la puerta de la verja. Diana se alisó los cabellos saliendo a su encuentro.

—Qué agradable es estar aquí por fin, mi querida Susana —decía el anciano señor—.

Es un lugar tan tranquilo... ¡y tan alejado de los ladrones, las guerras y los espías internacionales!

La señora Lynton estaba perpleja.

–Oh, aquí en el campo se respira mucha paz –le dijo–. Sube a ver tu habitación. Supongo que querrás lavarte.

–Gracias, querida, gracias –repuso tío Roberto siguiendo a su sobrina por la escalera hasta llegar a la habitación de los huéspedes.

–Es un dormitorio muy bonito –dijo tío Roberto–. Con una vista magnífica. Muy hermosa. ¡Ah...!, ¿qué es esto?

Era “Ciclón” que había entrado olfateando al desconocido, y se detuvo en la puerta moviendo su corto rabo mientras sus largas orejas colgaban a ambos lados de la cabeza como la peluca de un juez. Tío Roberto le miró.

–Es muy curioso –dijo–. ¡En mi departamento del tren había un perro exactamente igual que éste!

–Oh, bueno..., los “cockers” negros son todos muy parecidos –dijo la señora Lynton–. Ahora puedes lavarte, tío Roberto, y luego baja a comer. Debes tener apetito.

Y fue hasta el armario del descansillo para sacar unas cosas. Chatín estaba silbando en el dormitorio de Roger mientras cepillaba sus cabellos, sin conseguir otra cosa que ponerlos más tiesos que nunca, y de pronto echó de menos a su perro.

–¡Eh, “Ciclón”! ¿A dónde has ido? –exclamó saliendo en su búsqueda. Ah, allí estaba parado en la puerta de una de las habitaciones, y fue a cogerle cuando alguien salía de allí en aquel momento pasando con sumo cuidado por encima de “Ciclón”, que ni siquiera se molestó en apartarse (¿para qué si la gente era lo suficiente estúpida para dar un rodeo y no pisarle?)

Chatín se detuvo preso del mayor asombro al ver a tío Roberto contemplándole como si no pudiera dar crédito a sus ojos.

El anciano también le miraba extrañado.

–¡Increíble! –musitó retrocediendo un paso, y estuvo en un tris de no pisar a “Ciclón”–. ¡Tú otra vez! ¿Qué estás haciendo aquí?

–Estoy en casa de mis primos –replicó el niño horrorizado al ver que el anciano del tren se había convertido de pronto en tío Roberto. ¡Troncho!, aquello era terrible. ¡Y con la espantosa historia que le había contado..., de una banda llamada Manos Verdes! Supongamos que se lo explicara» a tía Susana, ¿qué diría la pobre? No entendería nada, y se pondría furiosa.

–De modo que viniste a esconderte aquí –empezó a decir tío Roberto–. ¿Y tus primos conocen el motivo?

–¡Chiss! –dijo el niño desesperado–. Ni una palabra a nadie. ¡Recuerde los Manos Verdes! Le cogerán a usted también si “canta”.

–¿Si canto? –repitió tío Roberto con voz feble, sin entender.

–Si suelta prenda. Si habla. Si los descubre –replicó Chatín a toda prisa–. No diga una palabra. ¡Recuerde los Manos Verdes!

Sonó un gong que anunciaba la comida sobresaltando a tío Roberto y a Chatín.

–¡Chiss! –repitió el niño mirando a su alrededor como si le espíasen.

–Me acordaré de los Manos Verdes –dijo el anciano con voz más gruesa–. Pero ten cuidado, hijo mío, ten cuidado.

Y bajó la escalera enjugándose la frente con su pañuelo de seda. Acababa de escapar de una casa donde los ladrones atravesaban las puertas cerradas... para ir a caer en otra donde había un niño perseguido por los Manos Verdes. ¿A dónde iría a continuación? ¡Increíble! ¡Absolutamente increíble!

Arriba en el descansillo, semioculta por la puerta del armario, estaba la señora Lynton asombrada por la extraordinaria conversación que acababa de oír, de la que no había entendido ni una palabra. ¿Qué era aquello de los Manos Verdes, tantos siseos y advertencias? Estaba llena de asombro.

–¿Qué estará tramando Chatín? ¿Y cómo conoce a tío Roberto? ¿Y qué será eso de los Manos Verdes? –pensó cerrando la puerta del armario con un gesto de impaciencia. En el acto un maullido agónico la obligó a abrirla de nuevo apresuradamente, y “Arenque” salió pitando.

–¡Si serás tonto! ¿Por qué pones el rabo en la puerta cuando sabes que voy a cerrarla? –dijo la señora Lynton–. Siempre haces cosas así. Vamos, siento haberte hecho daño. ¡Y vigila a “Ciclón”, por que no estoy dispuesta a consentir que te pasees por encima de la mesa del comedor en cuanto lo veas!

“Ciclón” estaba abajo con los otros y no se apartaba de tío Roberto ante la sorpresa de Diana. No cesaba de olfatearle los pies y se encaramaba a sus piernas para demostrarle su simpatía.

–Parece como si ya te conociera –comentó la niña.

–Er..., ¿sí? –repuso tío Roberto sin saber qué decir–. Chatín, llámale, ¿quieres?, no me interesan sus pulgas, ya lo sabes.

–¿Cómo sabes que tiene pulgas? –preguntó Roger sorprendido–. ¿Tiene pulgas, Chatín?

Parecía que la conversación iba tornándose embarazosa y Chatín apartó a “Ciclón” empujándole debajo de la mesa.

–Claro que no tiene pulgas –dijo–. Lo sabrías de sobra si las tuviera. Vaya, un chico de mi colegio tenía un perro con cerca de trescientas.

La señora Lynton entraba en el comedor en aquel momento.

–¿De qué estás hablando? –preguntó ocupando la cabecera de la mesa.

Nada se dijo, ya que no le agradaba que se hablase de ciertas cosas a las horas de las comidas, y tío Roberto fue a ocupar su sitio desde el que miró debajo de la mesa

para ver exactamente dónde estaba el perro.

–¿Qué es ese ruido? –quiso saber la señora Lynton al oír un pam, pam, pam, pam, en el suelo debajo de la mesa.

–Oh, es “Ciclón” que se está rascando –repuso Diana.

–Oh, Dios mío, Chatín..., espero que no habrás traído a tu perro con... –empezó a decir la señora Lynton.

–No, tía Susana –apresuróse a responder Chatín–. Vaya..., si son costillas... con patatas fritas... y ¡“cebollas”! ¡Troncho, qué imponente!

Había cambiado hábilmente de tema y la señora Lynton empezó a servir el pescado preguntándose qué sería aquello de los Manos Verdes. Miró a tío Roberto. Parecía una persona tan agradable e inofensiva... ¿Qué quiso decir al hablar de salir huyendo, y de Manos Verdes, con Chatín en el descansillo de la escalera?

¡Era realmente extraordinario!



Capítulo IV - Tío Roberto cuenta su historia

Después de comer, Chatín salió al jardín con Roger y Diana, y “Ciclón” pegado a sus talones, dirigiéndose a la pequeña glorieta que estaba orientada hacia el sur, bañada por el sol abriero.

–¡Caramba! Hace tanto calor como en verano –observó Roger–. Tendré que quitarme la chaqueta. Vaya..., tío Roberto es bastante gruñón, ¿no os parece? Tendremos que vigilar nuestros modales, o empezará con aquello de “en mis tiempos los niños sabían lo que era educación”, y “nunca se han visto ni oído...”, etc.

–Tengo algo que deciros –exclamó Chatín–. Acerca de vuestro tío.

–Adelante entonces..., di lo que sea. ¿Qué has estado haciendo? ¿Has puesto su loción capilar a “Ciclón”? –le preguntó Roger.

–No quieras dártelas de gracioso –replicó Chatín–. No sabes. Escucha..., yo vine en el tren con él, pero me apeé en la estación Norte, y él en la estación Sur, donde Roger fuera a esperarle... y durante el viaje estuvimos... conversando.

Sus primos le miraron sorprendidos.

–¿Sí? –exclamó Diana–. Bueno... ¿Y por qué no lo dijiste? ¿Por qué guardar tanto misterio?

–Pues, veréis..., por lo que voy a deciros..., él me contó una ridícula historia: que había tenido que abandonar el sitio donde estaba porque los ladrones habían penetrado a través de las puertas cerradas para robar papeles y cosas –les explicó Chatín–. Las cartas de Nosequién, y las recetas de lady Nosecuántos..., una sarta de tonterías. Y..., bueno..., yo también le conté una historia. Me dije que los dos podíamos tomar parte en el juego... y me estuve divirtiendo.

–¿Quieres decir que le endosaste algún cuento de hadas? –preguntó Roger–. ¿Qué fue lo que le dijiste?

Chatín les relató la historia que había contado a tío Roberto finalizando con su huida de la banda llamada Manos Verdes, porque siempre llevaban guantes de ese color. Diana y Roger le escucharon atónitos y terminaron riendo.

–Diantre, Chatín..., ¡realmente eres el mayor charlatán que ha existido! –dijo Roger al fin–. ¿Por qué tuviste que contar todo eso a tío Roberto?

–Bueno, ¿cómo iba yo a saber que era vuestro tío? –replicó Chatín–. Ni siquiera sabía que existiera, y mucho menos que viniera a vivir con vosotros. Os aseguro que me llevé un buen susto cuando le vi en la habitación de los huéspedes. Por poco me desmayo.

–Pues vas a llevarte otro cuando le diga a papá todo lo que tú le contaste –continuó Roger–. A papá no le gustan esas cosas, ni comprende esa clase de bromas.

–Lo sé –repuso Chatín con desaliento–. He advertido a tío Roberto que no debe decir ni una palabra. Él lo cree todo, ¿comprendéis? Supongo que ahora le aterroriza pensar en la banda Manos Verdes..., igual que le atemorizaron los ladrones que atravesaban las puertas de la casa donde estaba.

–Bueno, hay que ser tonto para creer tus historias –dijo Diana–. ¡Oh, Dios mío...! Tú siempre nos traes complicaciones. Ahora no se te ocurra asustar al pobrecillo enviándole notas siniestras, o dibujos de manos verdes, ni nada por el estilo.

–¡Ooooh!..., es una idea –exclamó Chatín–. ¡Ooooh!, oye..., ¿no le daría un síncope?

–Sí, y lo primero que haría es contárselo a papá y te ganarías una buena reprimenda –replicó Roger.

–Entonces no lo haré –dijo Chatín, que guardaba clara la memoria de uno de los hermanos de tu tía–. No quiero llegar a esos extremos con tío Ricardo.

–Será lo mejor –repuso Roger–. No está de muy buen humor estos días..., creo que porque ha venido tío Roberto... y encima nosotros, tú y “Ciclón”..., por eso la vida le parece bastante amarga de momento.

–Pobre papá –dijo Diana–. Será mejor que procuremos no molestarle.

–Buena idea –exclamó Chatín decidiendo no acercarse a su tío Ricardo más que lo estrictamente necesario–. Quisiera saber si tío Roberto contará la historia de los ladrones a vuestros padres.

Lo hizo aquella misma noche. Estaban todos sentados en la sala de estar, los niños jugaban, la señora Lynton cosía, su esposo leía y “Ciclón” no cesaba de dar vueltas por el suelo.

Tío Roberto llenó su pipa y se dirigió a la señora Lynton:

–Has sido muy amable recibíendome aquí en tan corto plazo, Susana –le dijo–. Pero, a decir verdad, estaba volviéndome loco... y tuve que abandonar la casa solariega de Chelie.

–¿De veras, tío Roberto? ¿Por qué? ¿No estabas cómodo? –le preguntó la señora Lynton.

–Oh, sí, mucho. La casa solariega de Chelie es muy cálida y cómoda –repuso el anciano–. Pero ocurrieron cosas tan extraordinarias..., ¿sabes?

La señora Lynton le miró sobresaltada, y los niños dejaron sus juegos con un gesto de asentimiento.

–Ahora lo soltaré –susurró Chatín.

El señor Lynton dejó el periódico de la noche.

–¿Qué cosas extraordinarias fueron ésas? –preguntó–. No puede ocurrir gran cosa en una casa como ésa, que es más que nada un museo.

–Alberga grandes tesoros –replicó el anciano con dignidad–. Pertenece a sir John Haberry, como ya sabéis, un hombre que colecciona rarezas de muchas clases..., en particular papeles antiguos... cartas y documentos.

–¿Eh..., no posee algunas de las cartas de lord Macaulay? –preguntó Chatín con aire inocente recordando que tío Roberto las había mencionado en el tren.

Se hizo un silencio en el que se pudo oír a “Ciclón” rascándose enérgicamente.

–Estate quieto, “Ciclón” –le dijo su amo empujándole con el pie, y el perro obedeció.

–Vaya, es la primera vez que te oigo hacer un comentario inteligente –exclamó el señor Lynton, sorprendido–. Yo creía que ni siquiera conocerías el nombre de lord Macaulay.

–Eh..., Chatín tiene razón –apresuróse a decir tío Roberto–. Entre los artículos robados habían algunas cartas de Macaulay. Ricardo, fue el robo más extraordinario que puedas imaginarte. Las puertas estaban cerradas, y las ventanas también. No había ningún tragaluz, ni ninguna otra entrada en la habitación donde se guardaban los papeles y, sin embargo, una noche entraron ladrones y se los llevaron, desvaneciéndose igual que habían llegado..., ¡a través de las puertas y ventanas cerradas! ¿Qué opinas de todo esto?

–Opino que es bastante tonto hacer una declaración semejante –replicó el señor

Lynton—. Los ladrones no atraviesan las puertas cerradas, a menos que tengan una llave.

—Pues no la tenían —repuso tío Roberto—. Las llaves están en un llavero que sir John guarda en su bolsillo. No existen duplicados. Y lo que es más..., las puertas no revelaron huellas de ninguna clase.

—Los ladrones suelen llevar guantes —repuso la señora Lynton.

—Guantes verdes —dijo Chatín, sin poder contenerse.

Tío Roberto pareció sobresaltarse, y la señora Lynton miró a Chatín muy extrañada. Primero manos verdes, y ahora guantes verdes. ¿Qué quiso decir?

El señor Lynton no hizo el menor caso del comentario del niño, atribuyéndolo a su acostumbrada tontería.

—Bueno, tío Roberto —dijo volviendo a coger el periódico. Todo lo que puedo decirte es que si tú te marchaste... por creer que los ladrones habían atravesado las puertas cerradas..., no hiciste bien. Debieras haberte quedado para tratar de descubrir quién robó los papeles. Vaya, si tus anfitriones no te conocían muy bien, pudieron pensar que fuiste tú, ya que te marchaste.

—No puedo creerlo —repuso tío Roberto poniéndose inmediatamente a la defensiva—. No, mi querido Ricardo, eso es imposible, del todo imposible.

—Supongo que sería algún gitano o vagabundo —dijo la señora Lynton tratando de calmarle, pero el tío-abuelo lanzó un gruñido inesperado mirándola con aire de reproche.

—¡Mi querida Susana! ¿Tú crees que un gitano o un vagabundo saben distinguir qué papeles tienen valor y cuáles no? Este ladrón sabía exactamente lo que debía llevarse.

—Bueno, no me cabe la menor duda de que este misterio quedará resuelto más pronto o más tarde— dijo el papá de los niños desdoblado el periódico—. Supongo que si ese ladrón es tan listo como dices, volverá a apoderarse de otras cosas.

—Ya lo ha hecho por tres veces —repuso su tío—. Sir John me lo dijo. Él cree que fueron los mismos ladrones porque al parecer cada vez atravesaron las puertas cerradas con toda facilidad.

—Bien, creeré que las atraviesan cuando yo lo vea —le replicó el señor Lynton en tono seco.

—Tío Roberto..., ¿tú crees que ese ladrón volverá a robar papeles en otra parte? —quiso saber Diana—. Si es así, me gustaría leerlo. ¿No vendrá en los periódicos?

—Oh, sí —contestó su tío-abuelo—. Siempre se publica en la prensa. Creo que en mi maleta tengo uno que trae el último robo. Podéis ir a buscarlo si queréis.

Roger echó a correr escaleras arriba con “Ciclón”, pisándole los talones. El perro siempre procuraba acompañar a todo el que subía tratando de hacerle caer poniéndose entre sus piernas, o delante cuando bajaba. Al cabo de un rato se oyó un fuerte golpe

y un grito.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó la señora Lynton–. ¿Te has hecho daño, Roger?

El niño entró cojeando seguido de “Ciclón”, que le miraba con ojos tristes.

–Le he pegado –explicó a Chatín–. Me ha hecho caer por la escalera. Está más loco que nunca. Ya tengo el periódico. ¿Dónde está la noticia del robo, tío Roberto?

El abuelo buscó la nota que sólo constaba de unas pocas líneas que los niños leyeron ávidamente acuciados por la curiosidad.

Entonces Diana se fijó en un anuncio y lo señaló.

–Mirad –dijo–. Viene el anuncio de una feria en esa localidad. Me pregunto si irán a ella Nabé y “Miranda”.

–¿Ese Nabé es el niño que me hablasteis..., que tiene una mona y que corrió tantas aventuras con vosotros el verano pasado? –preguntó su madre y Roger asintió.

–Sí. Es muy simpático, mamá. Ya sabes que lleva una vida muy peculiar..., yendo de feria en feria y de circo en circo, ganándose la vida con “Miranda”, su mona. Es encantadora.

La señora Lynton le miraba poco convencida.

–Bueno, no me gustan los monos –dijo–. Pero por todo lo que me hacéis contado, Nabé parece un niño agradable, aunque con un carácter extraño.

–Quisiera saber si estará en esa feria que anuncian aquí –dijo la niña volviendo a mirar el anuncio–. Mira, Roger..., vienen los nombres de todos los artistas..., por lo menos los principales... Vosta y sus dos chimpancés, “Hurly” y “Burly”..., ¡qué nombres más bonitos! Tonnerre y sus elefantes, y el famoso tirador, Billy Tell...

–Supongo que debe ser el diminutivo de Guillermo Tell –sonrió Chatín–. Continúa.

–Caballitos, tiovivos, columpios..., no..., no dice nada de un muchacho con un mono –dijo Diana, decepcionada–. Aunque en realidad tal vez tampoco le mencionarán..., no debe ser uno de los principales artistas.

–¿Alguno de vosotros tiene su dirección? –preguntó Chatín, pero nadie la tenía. Nabé no era aficionado a escribir, y los niños no habían tenido noticias suyas desde Navidad.

–Vamos a terminar la partida –dijo Roger perdiendo interés por el periódico–. No, no puedes subirte sobre mi rodilla, “Ciclón”. Vete a jugar con “Arenque”..., ese bonito juego que se llama gruñe-y-araña. ¡Te gustará!



Capítulo V - Diana tiene una idea

Transcurrieron un par de días, y tío Roberto trató de continuar escribiendo lo que él llamaba “sus memorias”, y que Roger decía era sólo “dormitar sobre su pipa”. Chatín, como de costumbre, se había adaptado ya y se encontraba como en su casa. La habitación de Roger, por lo general tan ordenada, estaba ahora siempre como si la hubiera arrasado un huracán.

–Cuando no la revuelve Chatín lo hace “Ciclón” –se lamentaba Roger–. Estoy cansado de guardar mis zapatos, zapatillas y cepillos en un cajón para que el perro no los encuentre.

–Yo también –dijo Diana–. Y quisiera que no pusiese todas las alfombras amontonadas en el rellano de la escalera o en el recibidor para que la gente tropiece y se caiga. Ayer casi me rompo un tobillo, y en cuanto al pobre tío Roberto, tiene tanto miedo de caerse con las alfombras y cepillos que aparecen por todas partes que anda como sobre ascuas..., levantando los pies cuanto puede.

Roger se echó a reír.

–O... esta mañana ese perro loco ha tirado al estanque media docena de cepillos, y

dos eran de tío Roberto y va Chatín y le dice que mamá los estaba lavando en el estanque porque esa agua les iba muy bien... ¡y se lo ha creído!

–Ahí está “Ciclón”..., ladrando a “Arenque”, supongo –dijo la niña asomándose a la ventana–. ¡“Ciclón”! ¡“Ciclón”! ¡Cállate! ¿Es que todavía no aprendiste que cuando “Arenque” se sube a la tapia tú no puedes alcanzarle? “¡Cállate!”

La voz de su madre les llegó desde el Jardín.

–¡Diana! No grites tanto. Tu tío está trabajando.

–Eso significa que “Ciclón” acaba de despertarle de su siesta –dijo Diana volviendo al interior de la habitación. Luego se asomó de nuevo–. ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Tengo que cortar flores esta mañana?

–¿Quieres dejar de gritar por la ventana? –gritó su madre mientras tío Roberto dejaba su pipa exasperado y se levantaba dispuesto a marcharse–. ¡Iría a dar un paseo! Con los ladridos del perro, los gritos de los niños, y ahora las voces de su sobrina, aquella casa resultaba insoportable. ¡Sí, iría a dar un paseo!

Pero al verle aparecer con la chaqueta, sombrero y un bastón en la mano, “Ciclón” se quedó encantado. ¡Un paseo! Las personas con sombrero y bastón sólo significan una cosa..., ¡un “paseo”! Y “Ciclón”, contento, comenzó a dar vueltas alrededor de las piernas de tío Roberto, poniéndose patas arriba y pedaleando en el aire “como si fuera en bicicleta”, cual decía Chatín.

–Tú no vienes conmigo –le dijo el buen señor con firmeza–. No me gustas. Sólo sabes bien dos cosas y no me agrada ninguna de ellas. Eres capaz de ladrar más fuerte que ningún otro perro, lo sé, y rascarte con mayor energía.

Pero “Ciclón” estaba resuelto a ir con él y se arrimó tanto a sus piernas mientras caminaba hacia la verja que casi le hace caer.

–¡A casa! –le decía tío Roberto–. “¡A casa!”

–Guau –replicó “Ciclón”, sentándose con aire expectante igual que si le hubieran dicho “hueso” y no “a casa”. El anciano trató de abrir rápidamente la verja, y marcharse sin el perro..., pero “Ciclón” conocía el truco de sobras y en un periquete estuvo con él en la calzada, bailando a su alrededor como un loco.

El buen señor perdió los estribos.

–¡Chatín! –gritó–. Llama a tu perro. ¡“Llámale”, te digo! ¿No me oyes, muchacho?

Una señora se acercó a tío Roberto para suplicarle:

–Perdone, pero he de pedirle que no grite y no permita que su perro ladre tanto. Con sus gritos y sus ladridos no dejan dormir a mi bebé.

El pobre anciano estaba fuera de sí, y echó a andar calle abajo, golpeando el pavimento con su bastón.

–Que yo no dejo dormir a su niño. ¡Qué tonterías! ¡Y decir que “Ciclón” es mi perro! No lo querría ni aunque me dieran cien duros.

Pero desde luego parecía suyo, ya que lo estuvo siguiendo fielmente durante todo el paseo, alejándose de cuando en cuando en busca de las madrigueras, pero siempre regresaba. ¡Pobre tío Roberto!

Compró el periódico y emprendió el regreso leyéndolo. De pronto se detuvo lanzando una exclamación, y el perro sentóse a su lado mirándole expectante. ¿Qué le ocurría ahora al buen señor? “Ciclón” apenas le conocía, ya que sólo había salido de cuando en cuando a pasear con él y siempre en cortos trayectos.

–¡Mira esto! –decía el anciano–. Otro robo... de la misma clase... ¡y estando las puertas cerradas! ¡Es extraordinario!

Cuando regresó, fue a mostrar la noticia a la señora Lynton, y los niños le rodearon interesados.

–¿Ves? –dijo tío Roberto, señalando el periódico con una uña limpia y pulida–. Otro robo. Otra vez se han llevado papeles de valor y no hay rastro de los ladrones. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, y, sin embargo, los documentos han desaparecido. Hay algo extraño en todo esto.

–Manos Verdes –susurró Chatín misteriosamente a sus espaldas, y el anciano volvióse a toda prisa, pero el niño había adoptado una expresión inocente.

–¿Me dejas el periódico, por favor? –preguntó Diana–. Muchísimas gracias.

Y lo llevó a la glorieta donde los tres lo estuvieron leyendo. Diana parecía muy satisfecha.

–He descubierto una cosa –les dijo–. ¿Y vosotros?

Roger reflexionó unos instantes.

–Pues, en el primer periódico que leímos, el que trajo tío Roberto, venía un anuncio de una feria, ¿os acordáis?

–Sí. ¿Qué hay? –dijo Roger–. En éste no dice nada de la feria.

–Lo sé. Ya lo he mirado –replicó Diana–. ¿Pero recordáis lo que decía el otro periódico..., que la feria se trasladaba a otra localidad? A Pilbury. Pilbury. ¿No os dice nada?

–Caramba, sí –replicó Roger en seguida–. Este robo ha tenido lugar en Pilbury. Ya sé a dónde quieres ir a parar. O bien la feria va a los lugares donde roban papeles raros... o alguien que va en ella hace averiguaciones en todos los sitios donde van para ver si hay algo que valga la pena.

–Eso es lo que quiero decir –dijo la niña–. Averigüemos si la feria estaba en Pilbury cuando desaparecieron los papeles.

–Sí. Aunque me parece que estamos sacando conclusiones precipitadas –dijo Roger–. Probablemente será una simple coincidencia.

–¡Apuesto a que sí! –exclamó Chatín–. Es muy propio de Diana creer que ha descubierto algo con su inteligencia.

Diana le dio un empujón.

–Vete de la glorieta si vas a hablar así. ¡Vete! Si no te interesa, no necesitas quedarte.

–Sí que me interesa –protestó Chatín–. Y no me empujes así. Si quieres que organicemos un combate de boxeo; ya sabes quién ganará. Tú, desde luego, no. Y lo único que he dicho es que...

–Si vuelves a repetirlo, te marchas –le dijo Diana, enfadándose–. Hoy estoy cansada de ti, Chatín. Me has escondido los guantes, lo sé, y has dejado abierta la puerta de mi dormitorio para que “Ciclón” vuelva a sacar la alfombra. Y ahora mira a tu perro. Ha vuelto a coger un cepillo..., esta vez es el de tío Roberto.

Chatín corrió a quitarle el cepillo a “Ciclón” quien creyendo que se trataba de un juego nuevo, comenzó a correr por el jardín tirando el cepillo al aire y recogéndolo con los dientes.

Diana volvióse a su hermano.

–Roger, es posible, que mi idea no conduzca a nada, pero averigüemos primero si la feria está en Pilbury, y luego a dónde irá a continuación..., para ver si vuelve a aparecer en los periódicos la noticia de otro robo cometido allí también.

–Buena idea –dijo Roger–. Esta tarde podemos ir en bicicleta..., no está a más de dos kilómetros y medio. Dejaremos aquí a Chatín. Me estoy cansando de él y de su impertinente perro.

De manera que no comunicaron sus proyectos a Chatín, y sacaron sus bicicletas, sin que él les viera, para mirar si todos los neumáticos estaban en buenas condiciones. Sí, lo estaban.

Salieron después de comer, aprovechando un momento en que su primo discutía con su madre acerca de unos calcetines que habían desaparecido y que ella estaba segura de que “Ciclón” tendría algo que ver con su desaparición. Montaron en sus bicicletas, pedaleando alegremente calle abajo.

–¡Chatín que se fastidie! –exclamó Roger–. ¿No te parece que se volverá loco buscándonos por todas partes?

Pilbury estaba muy lejos, mucho más de lo que habían supuesto, pero al fin llegaron. Lo recorrieron todo sin dar con la feria, y Diana quedó un poco decepcionada.

–Preguntaremos a alguien –dijo su hermano desmontando de la bicicleta para llamar a un muchacho que pasaba por allí cerca.

–¡Eh, chico! ¿Sabes si actualmente hay una feria en Pilbury?

–¡La hubo! –le respondió el muchacho–. Pero se ha ido. Se marcharon ayer a... Ricklesham, según creo.

–¡Gracias! –dijo Roger, sonriendo a Diana–. Bien..., estuvo aquí... y ahora van a Ricklesham. Veremos si también roban allí, y entonces sabremos que tu idea era acertada. Oye..., resultará emocionante, ¿verdad?



Capítulo VI - Chatín dice una tontería

Chatín estaba muy enfadado con sus primos cuando regresaron.

–¿Dónde habéis estado? ¡Qué frescos, os vais a pasear en bicicleta y no me decís nada!

–Bueno, te mostraste tan incrédulo en la glorieta que decidimos irnos solos –dijo Diana–. ¡Ahora te fastidias, Chatín!

–¿Qué le ocurre a “Ciclón”? –preguntó Roger, mirando al perro con extrañeza–. ¿Por qué está tan triste? Ni siquiera ha venido corriendo a recibirnos.

–Se ha metido en un buen lío –replicó Chatín–. Igual que “Arenque”. Estuvieron corriendo tras el ovillo de lana de vuestra madre por toda la sala de estar sin ver que estaba unido al jersey que está tejiendo y lo desovillaron casi todo, llevándolo por la cocina hasta cerca del estanque. Tía Susana está muy enfadada; pegó tan fuerte al pobre “Ciclón”, que estuvo escondido debajo del sofá durante media hora, y también quiso pegar a “Arenque”, pero se le escapó.

–¡Como gato que es! –exclamó Roger–. ¡Pobrecito “Ciclón”!

–Ve y cómete la comida de “Arenque” –dijo Diana, para animar al perro.

–No tocaría un arenque aunque se estuviera muriendo de hambre –repuso Chatín–. ¿Dónde habéis estado?

Se lo contaron.

–De manera que ahora sabemos que la feria ha ido a Ricklesham –dijo Roger–. Y sólo nos queda esperar y ver si también allí tiene lugar un robo.

–Ojalá tuviéramos noticias de Nabé –dijo la niña–. Él debe conocer a los integrantes de la feria. Está recorriendo todo el país tomando parte en ferias, circos y espectáculos.

–Me gustaría volver a verle... y a la pequeña “Miranda” –dijo Chatín, que sentía debilidad por la monita de Nabé–. ¿Sería inútil escribir a la última dirección que nos indicó?

–Ya lo hemos hecho y no recibimos contestación –le respondió Roger–. Esperaremos a que nos escriba.

Un perro desconocido penetró en el jardín, volviendo a salir a toda velocidad cuando “Ciclón” le recibió ladrando desaforadamente.

–Ya se encuentra algo mejor –dijo Chatín mirándole–. Vuelve a menear el rabo.

“Ciclón” desapareció en el interior de la casa sin cesar de mover su rabo corto, y al poco rato volvió a salir con el cepillo de la chimenea de la salita.

–¡Mira esto! –gritó Roger, exasperado–. Siempre tengo que ir cargado con cepillos..., para devolverlos a su sitio. “Ciclón”, eres un pesado.

Roger y Diana fueron a devolver el cepillo y Chatín dirigióse a la glorieta con un libro, pero allí estaba tío Roberto fumando su pipa.

–Oh, perdone –le dijo Chatín, disponiéndose a emprender la retirada.

–No tengo nada que perdonarte. Entra –le repuso el buen señor–. Aquí hay sitio de sobra para los dos, y quiero hablar contigo.

A Chatín no le gustaba oír que una persona mayor deseaba hablar con él. Por lo general, el resultado era una reprimenda por cualquier cosa, y sentóse suspirando.

–Es con respecto a esa banda de que me hablaste –le dijo el anciano con voz pomposa–. Esa..., eh..., banda de los Manos Verdes..., ¿no es así como tú la llamas? ¿Has sabido algo más de ellos? ¿O sería por casualidad una invención tuya?

Chatín reflexionó unos instantes. No deseaba echar por tierra aquella maravillosa idea de la banda Manos Verdes que usaban guantes verdes, y por otro lado no era conveniente insistir demasiado para evitar que tío Roberto fuera lo bastante tonto como para ir a contárselo a tío Ricardo... y entonces se armaría la gorda. El señor Lynton no querría comprender que una broma tonta no tiene importancia, y la llamaría una mentira, considerándola como tal, pero Chatín no estaba dispuesto a echarlo todo a rodar tontamente.

–Creo que la banda debe haber perdido mi pista –dijo al fin decidiendo que lo más conveniente era despistar–. Desde que estoy aquí no he vuelto a saber ni una palabra –agregó sinceramente.

–¿De veras? –exclamó tío Roberto, mirándole de una manera que no le gustó nada–. Eh... ¿Tal vez crees que habrá sido porque los de la banda tienen algún pez más gordo del que ocuparse, o que hacer cosas más importantes que perseguirte a ti?

Chatín parpadeó. ¿Es que tío Roberto le había descubierto? Una idea repentina cruzó su cerebro y lo tradujo en palabras antes de poder contenerse.

–Sí, creo que tiene razón, señor... ¡y creo que habrá noticias de sus reprobables actividades próximamente en Ricklesham!

–¡Ricklesham! –exclamó el anciano, sorprendido–. ¿Por qué en Ricklesham?

El niño hubiera deseado no hablar tan de prisa y removiéndose intranquilo sobre el asiento de madera.

–No lo sé, señor. Es sólo una corazonada. Comprenda, si conociera esta banda tan bien como yo, sabría dónde iban a... operara continuación.

–¡Válgame el cielo! –exclamó el anciano mirando a Chatín–. No sé qué pensar de ti. Hablando de bandas y de cómo operan... con ese aspecto de niño sucio y descuidado, y las uñas más cochinas que vi en mi vida.

Aquél era un comentario muy ofensivo, y el niño se apresuró a mirarse las uñas. Siempre le estaban dando la lata para que se las limpiara. ¿Es que las personas mayores no podían ocuparse de sus asuntos? Él no se metía en si llevaban o no las uñas limpias... Se puso en pie.

–Iré a limpiármelas, señor –le dijo satisfecho de tener una excusa tan buena para marcharse antes de que le hiciera más preguntas sobre la banda.

–Es una buena idea –replicó el anciano–. Y ya puesto a ello, lávate detrás de las orejas a ver si alcanzas a tocarte el cuello por detrás.

Chatín salió corriendo. ¡Qué sarcástico era aquel viejo! Se estuvo frotando las uñas fuertemente con el cepillo, mientras pensaba con aire sombrío lo agradable que sería tener una verdadera banda que asustar a las personas como tío Roberto.

Diana le llamó desde su habitación.

–¿Eres tú, Chatín? Ven en seguida.

El niño fue a la habitación de Diana, donde ella y Roger estaban contemplando un mapa.

–¿Qué es eso? –preguntó Chatín.

–Es un mapa donde aparece Ricklesham –repuso Diana–. Pensamos que lo mejor era ver dónde cae exactamente en caso de que queramos ir a la feria. Está a unos seis kilómetros. La próxima vez te llevaremos con nosotros, si te portas bien.

–¡Troncho... mira las uñas de Chatín! ¡Se las ha limpiado! –dijo Roger, atónito–. ¿Has empezado una nueva vida, primo?

–Cállate –replicó Chatín, avergonzado de sus uñas immaculadas–. Tío Roberto me ha reñido por llevarlas sucias... oíd... le he dicho una cosa bastante tonta.

–Bueno, eso no es ninguna novedad –replicó Roger–. ¿Qué le dijiste esta vez?

–Empezó a preguntarme con mucha sorna por la banda Manos Verdes –explicó Chatín–. Y cuando yo le contesté que no había vuelto a saber de ellos, me dijo en un tono horrible: “Supongo que tendrán un pez más gordo del que ocuparse”, y yo le contesté que sí... que la próxima vez operarían en Ricklesham.

Se hizo un silencio durante el cual Diana y Roger le miraron con desaliento.

–¡Vaya! ¡Eres más tonto de lo que suponía! –dijo Roger al fin–. Supongamos que roban en Ricklesham, ¿qué es lo que pensaría tío Roberto? Que es cosa de tu estúpida banda Manos Verdes, y que tú tienes algo que ver con ellos, y es seguro que se lo dirá a papá.

–Lo sé –repuso el pobre niño muy abatido–. Después lo pensé.

–Estás loco –repuso Diana–. Cuando estábamos sobre la pista de algo interesante... tú vas y se lo cuentas a tío Roberto mezclándolo con tu absurdo cuento de hadas.

–Tal vez no haya ningún robo en Ricklesham –sugirió Chatín esperanzado, pero sin encontrar apoyo en sus compañeros.

–Eso es. Ahora échanos un jarro de agua fría sobre nuestras ideas –replicó Diana–. Di que estamos equivocados... y que es una tontería el...

–¡No, Diana, no! –exclamó el pobre Chatín comprendiendo que todo lo que dijera lo interpretarían equivocadamente–. Creo todo lo que me dijiste... de veras.

–¿Le dejaremos que venga con nosotros si vamos a Ricklesham? –preguntó Roger muy serio a su hermana.

–Veremos –repuso la niña–. Cualquiera otra bobada por su parte, y no le diremos nada más.

Chatín se fue en busca de “Ciclón” con el ánimo abatido, y en la escalera tropezó con “Arenque”, y sus primos le oyeron rodar por la escalera quejándose.

Sonrieron.

–Ése es “Arenque” otra vez –dijo la niña–. Siempre se tumba en la escalera esperando que pase Chatín, para hacerle caer.

–¿De verdad crees que habrá robo en Ricklesham? –le preguntó Roger, guardando el mapa.

–Pues... a medias –replicó Diana–. Creo que fue una especie de corazonada, ¿sabes? Supongo que no ocurrirá nada.

–Vigilaremos los periódicos –dijo Roger–. ¡Y qué emocionante si viéramos la noticia de un nuevo robo en Ricklesham!



Capítulo VII - Chatín en apuros

Transcurrieron tres o cuatro días. Cada mañana los niños cogían el periódico, cuando los mayores habían terminado de leerlo, y lo repasaban de cabo a rabo.

Pero Ricklesham nunca aparecía en la sección de sucesos... Era descorazonador... pero, ¡de pronto ocurrió lo que esperaban!

Una mañana el señor Lynton estaba leyendo el diario cuando algo le llamó la atención. Lo leyó rápidamente y luego dirigióse a tío Roberto.

–Tío –le dijo–, aquí hay una noticia que va a interesarte. ¿No tuviste algo que ver en la clasificación de algunos documentos o cortas del siglo XVII... he olvidado de qué se trataba... para la colección de Forbes-King?

–Sí, sí –replicó el buen señor–. Una colección espléndida... y unas cartas antiguas muy interesantes. Vaya, ¿qué dice de ellas?

–¡Que las han robado! –exclamó el señor Lynton, haciendo que los tres niños le miraron excitados.

–¡Las han robado! –repitió tío Roberto como un eco–, No... no es posible. ¿De dónde?

–Las habían prestado a un tal señor Curtice-Knowles, que las tenía en su casa de Ricklesham –dijo el señor Lynton, y Diana lanzó una exclamación. Roger le propinó un puntapié por debajo de la mesa y Chatín miró preocupado a tío Roberto.

–¡De Ricklesham! ¿Has dicho Ricklesham? –dijo tío Roberto con voz feble–. ¡Cielo santo! ¡Ricklesham!

Y miró a Chatín. El niño le había dicho que la banda Manos Verdes operaría a continuación en Ricklesham... y he aquí que lo que habían hecho era robar antiguos documentos de gran valor. Tío Roberto pensó a toda prisa. Entonces aquello significaba... sí, tenía que ser... que aquella banda Manos Verdes que atemorizaba a Chatín, ¡era la misma que estaba mezclada con los continuos robos de documentos preciosos!

–Debe de haber sido la misma banda que penetró en la casa solariega de Chelie cuando yo estaba allí, y robó todos aquellos papeles –pensó el anciano–. Es curioso que un niño tenga que ver con ellos. Es extraordinario. Tendré que hablar con él de todo esto... y en realidad habría que avisar a la policía.

Chatín no se atrevía a mirar al anciano por temor a que le hicieran preguntas embarazosas, pero afortunadamente, la señora Lynton intervino en el asunto, preguntando:

–¡Pero, Ricardo! ¿Tú crees que son los mismos ladrones que entraron en la casa solariega de Chelie cuando tío Roberto estuvo allí? ¿Dice acaso que las puertas estuviesen cerradas y que los ladrones las atravesaron también? Cuéntanos.

–Sí. Al parecer ha sido un robo tan misterioso como los otros –repuso su esposo–. En esta casa de Ricklesham parece ser que hay una habitación separada donde se guardaban estos valiosos documentos que se exhibían en vitrinas de cristal. La puerta de esta habitación estaba cerrada, por supuesto, y también las ventanas, que, según el periódico, están reforzadas, con barras de hierro.

–¡Y, sin embargo, robaron los documentos! –exclamó la señora Lynton–. Bueno, la verdad es que resulta muy misterioso. La policía debe estar intrigadísima.

Tío Roberto cogió el periódico para leer la noticia con suma atención. No se mencionaba la banda Manos Verdes. ¿Cómo diablos sabía Chatín que iba a cometerse un robo en Ricklesham? Alzó la cabeza para mirar al niño, pero éste había desaparecido.

Después de decir a su tía en voz baja que no deseaba comer más, le pidió permiso para marcharse.

–¿No te sientes bien, querido? –le preguntó la señora Lynton, pero viendo que conservaba las mejillas tan sonrosadas como siempre comprendió que no le ocurría nada grave y le dio permiso para retirarse, cosa que hizo Chatín aprovechando que tío Roberto estaba enfrascado en la lectura del periódico.

Aquella mañana celebraron una reunión en la glorieta. Chatín, Diana y Roger

acudieron allí en cuanto terminaron sus tareas, y también “Ciclón”, comprendiendo que algo inusitado ocurría.

–Roger... tío Roberto no ha cesado de mirarme durante el desayuno –dijo Chatín en cuanto estuvieron a salvo en la casita de madera–. Sé que empezará a hacerme preguntas embarazosas. No quiero verle. Si os pregunta por mí, no le digáis dónde estoy.

–Bueno, no podemos decir mentiras... si sabemos donde estás –repuso Diana–. Pero haremos cuanto podamos por no descubrirete. Te está bien empleado por hablar tanto. Ahora, claro, tío Roberto creerá firmemente en tan estúpida banda Manos Verdes, debido a este robo ocurrido en Ricklesham.

–Lo sé –gimió Chatín–. “Ciclón”, ve fuera a montar la guardia. Guardia, ¿has oído? Y tú sabes bien lo que significa. ¡Ladra si ves que alguien se acerca!

“Ciclón” fue a sentarse al sol meneando la cola. Sabía perfectamente lo que significaba “montar guardia”. Pues no faltaba más, y a poco se puso a ladrar desafortunadamente, haciendo que Chatín, presa de terror se escondiera debajo del banco de la glorieta, mientras Roger y Diana se sentaban encima escondiéndole con sus piernas.

Pero era sólo “Arenque” quien llegaba. Había visto a “Ciclón” y quería jugar un poco, por eso se iba acercando por el camino, ondeando la cola en el aire como de costumbre, y tan negro y lustroso como siempre.

“Ciclón” sabía el significado de sus maullidos: “¡Paz! ¡No me persigas!”, igual que el gato sabía que cuando él meneaba el rabo quería decir lo mismo.

Sin embargo, tuvo que ladrar, ya que estaba de guardia, y el gato se detuvo sorprendido y sentándose a cierta distancia se puso a lavarse la cara. “Ciclón” no se explicaba por qué se lavan tanto los gatos. Siempre observó que hacían lo mismo.

–No viene nadie, Chatín... puedes salir... es sólo “Arenque” –le dijo Diana, asomándose fuera de la glorieta–. Cállate, “Ciclón”. ¡Tienes que avisar cuando vengan personas y no gatos! ¡Chiss!

“Ciclón” cesó de ladrar y “Arenque” se fue acercando a él sin cesar de ronronear. Al fin se tendió en el camino y con su pata acarició el hocico del perro, que con un ligero ladrido le dio a entender:

–Lo siento, pero ahora no puedo jugar, estoy de guardia, ¿no lo ves?

De manera que el gato se dispuso a dormir con un ojo abierto por si acaso. “Ciclón” también se tumbó cerrando los ojos, pero con sus largas orejas bien alertas.

Chatín salió de debajo del asiento cubierto de telarañas y polvo.

–Qué estúpido es “Ciclón” –gruñó–. Miradme... estoy hecho una lástima.

–Estás como de costumbre –repuso la niña mirándole–. Vamos, vuelve a sentarte. Tenemos que discutir algo muy importante.

Y estuvieron hablando y hablando del asunto después de leer la noticia de cabo a

rabo. Ahora sabían que se trataba de otro robo de cartas valiosas, y que también el ladrón, al parecer, había pasado a través de las puertas y ventanas cerradas.

Y lo que era más importante todavía... el saber que la feria había estado en el mismo distrito donde se cometió el robo. No podía tratarse de mera coincidencia... ni de una casualidad. La feria... o alguien que viajaba con la feria... estaba relacionado con aquellos extraños robos, y ese alguien era lo bastante inteligente para conocer el valor de los documentos y saber dónde estaban y cómo apoderarse de ellos.

—Sin embargo, estas dos cosas no ligaban —comentó Roger pensativamente—. Quiero decir... que los feriantes no suelen tener esa clase de conocimientos. Ha de ser una persona... bueno, como tío Roberto... Para conocer los documentos históricos se precisan estudios especiales.

—Quieres decir que hay que ser anticuario —dijo Diana—. Así es cómo se llaman esas personas. Me lo explicó tío Roberto.

—¡Troncho... yo siempre había creído que un anti... anti... lo que sea, era alguien que aborrecía los acuarios! —exclamó Chatín sorprendido.

Roger se echó a reír.

—¿De veras? Pero si no es anti-acuario, tonto, sino anticuario.

—A mí me suena lo mismo —replicó Chatín—. Oye..., ¿vamos a ir a Ricklesham? ¡Decid que sí!

Roger miró a su hermana y ambos asintieron con gesto solemne.

—Sí —dijo Roger—. Iremos a la feria y echaremos un vistazo para ver si encontramos a alguien que sea anticuario. ¡Entonces estaremos sobre la pista!

—Es una idea estupenda —replicó Chatín—. Entonces podremos indicárselo a la policía en seguida.

—¡No será tan sencillo! —dijo Diana—. Hemos...

“Ciclón” empezó a ladrar de nuevo, y Chatín refugióse debajo del asiento de madera una vez más, mientras Roger y Diana sentábanse muy juntos para ocultarle de nuevo a miradas inoportunas.

—Esta vez sí que es —tío Roberto —dijo Roger—. Estate quieto, Chatín. Haremos lo que podamos para no descubrirte.

El anciano llegó a la entrada de la glorieta, asomando la cabeza.

—¡Ah! —exclamó—. Creí que os encontraría aquí. Quiero hablar con Chatín.

—Se lo diremos, tío —repuso Roger, cortés.

—Vuestra madre me dijo que estaba aquí —continuó el buen señor.

—¿Sí? —dijo Diana—. ¿Está muy atareada, tío Roberto? ¿Aún no me necesita?

“Aquello fue un cambio de tema rápido e inteligente” —pensó Chatín desde debajo del banco.

—No. No me dijo que os necesitaba a ninguno de los dos —repuso tío Roberto—. ¿Sabéis dónde está vuestro primo Chatín?

–No andará lejos –replicó Roger, sin mentir–. Ya sabes que “Ciclón” nunca está muy lejos de su amo. Son inseparables.

“Ciclón” meneó la cabeza al oír mencionar su nombre. Estaba asombrado al ver a Chatín debajo del asiento y le hubiera gustado reunirse con él, pero cada vez que se acercaba, Roger o Diana le aportaban en seguida enérgicamente con el pie.

–¿Creéis que me oirá si le llamo? –preguntó su tío-abuelo–. Quiero hablar con él. Es importante.

–Puedes intentarlo –le dijo Diana.

Tío Roberto gritó:

–¡“Chatín!” ¡“Chatín”! ¡“Te necesito”! ¡“Chatín”!

No obtuvo respuesta, desde luego, aparte de los ladridos de “Ciclón” y de que “Arenque” se encaramó rápidamente a la tapia.

–¿Os parece que me habrá oído? –les preguntó el anciano.

–Pues... si está lo bastante cerca seguro que te habrá oído –repuso Roger con grandes precauciones–. No importa tío. En cuanto hable con él le diré que le estás buscando.

Tío Roberto volvió a gritar, convencido de que Chatín no podía estar muy lejos, pues de no ser así... ¿cómo iba a estar allí “Ciclón”?

–¡“Chatín”! ¡“Te necesito”!

–¡Tío Roberto! Esa señora de la casa de al lado que tiene un niño nos está mirando por la ventana –dijo Diana–. ¡Espero que su bebé no se habrá despertado!

–¡Dios nos asista! Me había olvidado del pequeño –repuso el anciano–. Y su madre volverá a reñirme. Bueno, decidle a Chatín que le estoy buscando, ¿queréis?

Y se alejó por el camino, mientras Roger y Diana exhalaban sendos suspiros de alivio.

–Ya puedes salir, Chatín –le dijo Roger–. Se ha marchado.

Su primo apareció más sucio que nunca.

–Lo hicisteis muy bien –les dijo admirado–. Sin decir una sola mentira y sin descubrirme tampoco. Muchísimas gracias..

–No sé cómo vas a arreglártelas para esquivar a tío Roberto durante todo el día –dijo la niña. –¡Será muy difícil!

–No –repuso Chatín sonriente–. Podemos ir a pasar el día a Ricklesham... y llevarnos comida.

–¡De acuerdo! Es una buena idea –dijo Roger–. Iré a pedir permiso a mamá ahora mismo. Vamos, Diana. Quédate aquí, Chatín, y te pasaremos a recoger cuando estemos preparados. ¡Hasta luego!



Capítulo VIII - A la feria

A la señora Lynton le pareció una buena idea que los tres se fueran de excursión en bicicleta. Así, por un día, la casa quedaría tranquila, y tío Roberto podrá trabajar a sus anchas.

—¿Dónde está Chatín? —les dijo—. Vuestro tío le ha estado buscando por todas partes. ¿Es que le ha hecho enfadar?

—No lo creo —repuso Roger—. Me parece que podríamos llevarnos huevos duros y pan con tomate. Supongo que no habrá quedado ninguna tarta de mermelada de las de ayer, ¿verdad?

—Son muchas suposiciones —dijo su madre—. Supongamos que vas a preguntárselo a la cocinera... Da la casualidad de que está muy contenta contigo porque ayer te tomaste la molestia de ir a buscar el pescado, de manera que no dudo de que acogerá favorablemente todas tus suposiciones.

Y así fue. La cocinera les preparó de buen grado huevos duros, puso sal y pimienta en un pedazo de papel, hizo cerca de una docena de bocadillos de tomate y

lechuga, agregando pan y mantequilla para acompañar los huevos, nueve tartas de mermelada y enormes rebanadas de pastel de jengibre.

–¡Oh, vaya! ¿De veras podemos llevarnos todo eso? –exclamó Roger–. Si lo hizo ayer... está lleno de pedacitos de jengibre y cerezas confitadas. Es un pastel delicioso.

Tío Roberto apareció en la puerta.

–¡Oh! Me pareció oídos. ¿Habéis visto a Chatín?

Roger volvióse a la cocinera para preguntarle a su vez:

–¿Ha visto usted a Chatín?

La cocinera meneó la cabeza.

–No se ha acercado por la cocina en toda la mañana –dijo–. Y eso no suele ocurrir. Nunca vi un niño que viniera tan a menudo a ver lo que puede comer. No, ni a su perro tampoco.

–Es extraño que no logre encontrarle –dijo tío Roberto, irritado–. Siempre aparece cuando no se le necesita y en cambio, ahora que quiero verle... Ahora espero una visita dentro de pocos minutos.

Y se marchó. Diana le guiñó un ojo a su hermano.

–¿Has oído? Espera una visita... de manera que podremos marcharnos tranquilamente con Chatín. Cojamos unas botellas de Coca-Cola y así lo tendremos todo listo.

A los cinco minutos ya habían dispuesto la comida en dos paquetes grandes. Roger y Diana llevaron los bocadillos y las bebidas a donde estaban sus bicicletas.

–Voy a llegarme a la sala para ver si ha llegado ya la persona que esperaba tío Roberto –dijo el niño, que no tardó en regresar.

–Sí, está con él. Vamos, saca las “bicis”. Yo llevaré la de Chatín. ¡De prisa!

Se apresuraron a colocar la comida en las cestas de sus bicicletas y sujetaron un cajón rectangular sobre el guardabarros posterior de la de su primo, en cuyo interior pusieron un pedazo de alfombra. Era para cuando “Ciclón” se cansara de correr tras ellos. Estaba acostumbrado a viajar de aquella manera.

Llevaron las bicicletas hasta la glorieta, y “Ciclón” salió a su encuentro loco de contento y ladrando desafortunadamente. ¡Las “bicis” significaban un largo paseo! No habría tiempo para buscar madrigueras..., pero era un paseo largo, largo.

Chatín se asomó al oír los timbres de las bicicletas anunciándole que no había peligro.

–¿Lo tenéis todo? ¡Oh, estupendo! –dijo–. –¿Dónde está tío Roberto?

–Tiene visita –replicó Diana–. En las cestas llevamos el almuerzo y Coca-Cola. También hemos colocado en tu “bici” el cajón del perro. Vámonos ahora que hay vía libre.

Y allá se fueron por el camino, pasando por delante de la ventana de la sala. Tío Roberto, al verles, miró a Chatín exasperado.

–¡Ahí está! ¡Ya me imaginaba que aparecería cuando no pudiera hablar con él!

“Ciclón” corría junto a la bicicleta de Chatín con su roja lengua fuera y sintiéndose plenamente feliz. Los niños nunca iban demasiado de prisa para que él pudiera seguirles, y si se cansaba su amo sería el primero en notarlo y subirle al cajón donde viajaba como un lord en su carroza. ¡Cómo miraría entonces a los demás perros por encima de su largo y negro hocico!

–Comeremos en la feria por allí cerca –dijo Roger–. Así tendremos más tiempo para observar a todo el mundo desde el mismo recinto de la feria.

–¿Lleváis dinero? –preguntó Chatín, rebuscando en sus bolsillos–. Me gustan las ferias. Montaré en las montañas rusas, en el tiovivo y en los columpios. La última vez conseguí meter una argolla en uno de los palos.

–Tengo todavía mucho dinero de las vacaciones –dijo Roger–. Y Diana también... aún más que yo. Lo pasaremos en grande.

–También podemos comprar helados –dijo la niña–. Acuérdate de que “Ciclón” no debe subir a las montañas rusas, Chatín. La última vez se mareó de mala manera y nos dio un mal rato.

–Sí. Desperdió una espléndida comida –dijo Chatín–. ¿No es cierto, “Ciclón”? ¿Vamos demasiado aprisa?

“Ciclón” estaba demasiado falto de aliento para contestar con un ladrido, pero no parecía cansado y sus patas negras y sedosas movíanse sin cesar, mientras sacudía sus largos orejas con el trote de la carrera.

Hicieron alto para sentarle en el cajón cuando llevaban recorridos unos tres kilómetros... que era la distancia máxima que “Ciclón” era capaz de cubrir corriendo. Sentóse en el cajón jadeante, con una lengua casi tan larga como sus orejas.

–Ahora agárrate bien, “Ciclón” –le dijo su amo volviendo a montar–. ¡Vamos allá!

El perro sabía conservar el equilibrio a la perfección, y disfrutaba enormemente del paseo... ¡Chatín no tanto, porque el perro pesaba lo suyo! No obstante siempre era preferible aquello a tener que dejarle en casa.

Por fin llegaron a Ricklesham y echaron un vistazo a la casa donde habían robado los papeles. Había un policía de guardia ante la verja, cosa que impresionó muchísimo a los tres niños, que se apearon de sus bicicletas para acercarse a la entrada.

–No puede pasar nadie sin un permiso –dijo el policía–. ¡Ni siquiera un perro!

Los niños sonrieron.

–¿Saben ya quién fue el ladrón? –preguntó con respeto Roger.

–No tenemos la menor pista –repuso el policía–. ¿Es que vosotros también le buscáis?

Los niños se alejaron riendo.

–¡Qué poco se imagina que nosotros también le buscamos... más o menos! – exclamó Diana–. Ahora preguntemos dónde está la feria.

Se lo preguntaron a una mujer.

–Está en el campo de Longlands, al otro lado del bosque –les dijo indicándoselo.

Le dieron las gracias y continuaron la marcha. “Ciclón” iba sentado en la bicicleta debido al tráfico. Rodearon el bosque y salieron al campo abierto... ¡y allí plantada estaba la feria!

–¡Hemos llegado! –gritó Roger, deteniéndose y apoyándose contra la empalizada–. Me parece muy bonita... y grande.

Veíanse tiendas redondas y rectangulares con banderas ondeando al viento, y por todo el campo carromatos de todas formas y colores. Había varios caballos paciendo por allí cerca, y en el extremo más alejado y atados a un árbol, dos elefantes enormes.

El tiiovivo no funcionaba. Permanecía inmóvil, alegre, pero silencioso, con sus animales de madera: leones, tigres, jirafas, cisnes, gatos, perros, osos y otros parecidos a chimpancés. También había columpios pero nadie montaba en ellos.

–Supongo que debe ser hora de comer –exclamó Roger mirando su reloj–. Sí. Son la una menos cuarto. Espero que esta tarde funcionarán todas las atracciones.

–Ahí hay una barraca de tiro al blanco –dijo Chatín–. Después tiraremos. Lo hice bastante bien la última vez que estuve en una feria.

–Bueno, entonces dime dónde vas a apuntar para irme a un kilómetro de distancia –repuso Diana–. Vaya... qué grande es esta feria... cuántos tenderetes, casetas y cosas... Y no hay nadie que tenga el menor aspecto de anti...

–Cállate –le dijo su hermano–. Las vallas y empalizadas tienen oídos igual que las paredes. Vamos... entremos a preguntar, si podemos comer en el campo. Diremos que después pensamos hacer gasto en la feria.

Pasaron la empalizada y un muchacho de cabellos alborotados les gritó:

–Eh, vosotros... no se puede entrar hasta las dos muy dadas.

–Vamos a pasar toda la tarde en la feria –le contestó Roger–. Y ahora sólo queríamos comer por aquí. ¿No te importa?

–Está bien –gritó el muchacho, que tenía un aspecto muy curioso con sus cabellos rubios, las orejas muy despegadas de la cabeza y su amplia sonrisa. Era muy pequeño, más bajo incluso que Chatín, y, sin embargo, parecía tener unos quince años.

–Me gustaría saber qué es lo que hace en la feria –dijo Roger mientras sacaba de la bicicleta los paquetes de la comida–. Diana, tú llevas las bebidas. Las galletas de “Ciclón” están en tu cesta, Chatín. Será mejor que no le permitas alejarse o le devorarán ese par de perros que hay ahí.

“Ciclón” no pensaba alejarse si es que iba a comer, y tampoco le agradaba aquel par de canes de aspecto famélico que estaban sentados a cierta distancia vigilando.

Les gruñó, sólo para que supieran quién era, consiguiendo que se alejasen de allí.

Fue una comida excelente. Los huevos duros estaban buenísimos, igual que los bocadillos. “Ciclón” sólo comió un par porque los niños tenían mucho apetito... ni tampoco tarta de mermelada, ni pastel, pero consiguió que Diana le diera dos grandes pedazos de pan, bien untados con mantequilla.

—¿Qué hora es? ¿Son ya las dos? —preguntó Chatín—. Veo que se va acercando gente por la empalizada. Supongo que el ti vivo no tardará en funcionar.

Los feriantes también entraban en movimiento, y se abrían algunas tiendas. Un hombre se acercó a los columpios con aire indolente y empezó a balancearse, y el muchacho de los cabellos alborotados fue a la barraca de tiro al blanco y empezó a preparar las escopetas silbando desatinadamente.

Un elefante barritó asustando a “Ciclón”. Los feriantes salían de los carromatos para dirigirse a diversas tiendas. ¡La feria empezaba a funcionar!

Los niños lo recogieron todo. Incluso Chatín era cuidadoso en eso. Ni un pedacito de papel quedaba sobre la hierba cuando terminaban de comer. “Ciclón” se encargó de recoger las migajas.

—¡Mirad!... ¿Qué es eso que viene ahí? —exclamó Diana de pronto—. Caramba... si es un mono... vestido, ¿verdad? ¡Oh, qué monada! Se acerca a nosotros. Se parece mucho a “Miranda”... ¿no?

El animalito iba derecho hacia ellos y de un salto se subió al hombro de Chatín, susurrando excitado en su oído y tirándole del pelo, mientras los otros le observaban con suma atención.

—Roger... Roger... es “Miranda”, ¡lo sé! —exclamó Diana de pronto, y al oír su nombre la monita saltó al hombro de la niña, rodeando su cabello con su bracito... ¡como hacía siempre “Miranda”!

—¡Bueno, si “Miranda” está aquí, también estará Nabé! —exclamó Chatín—. Vamos a buscarlo. ¡Imaginaros... veremos a Nabé!



Capítulo IX - ¡Otra vez Bernabé!

Se acercaron a la barraca de tiro al blanco, donde el muchacho rubio seguía limpiando las escopetas sin cesar de silbar.

–¿Hay en la feria un muchacho que se llama Nabé? –le preguntó Roger.

–Sí. Esta mona es suya –dijo el chico con su amplia sonrisa–. ¡Vaya! Es curioso que “Miranda” haya ido con vosotros... como si os conociera de toda la vida, ¿no?

–¡Nabé está aquí! –dijo Diana, contenta, y los tres sonrieron–. ¡Qué suerte hemos tenido... y qué sorpresa!

“Ciclón” saltaba intentando alcanzar a “Miranda”. ¡La conocía muy bien! De pronto la mona saltó sobre su lomo montándole como si fuera un caballo, como hiciera otras veces, pero él sabía cómo librarse de “Miranda”... y echándose sobre la hierba empezó a dar vueltas hasta que la monita se marchó, para subir de nuevo a hombros de Chatín. Le habían puesto una faldita roja y una chaquetilla azul con botones plateados y su aspecto era graciosísimo.

–¡La pequeña “Miranda”! –le dijo Roger acariciando su patita–. Tú nos viste primero, ¿verdad?... ¡y al reconocernos te acercaste en seguida!

–¡Encontraréis a Nabé en la barraca de las anillas! –les gritó el muchacho rubio–. Es el encargado.

Corrieron a la barraca que les indicaba, donde un muchacho de espaldas a ellos estaba acomodando los géneros en una plataforma redonda, para que la gente pudiera arrojar anillas y tratar de ganar algún premio.

–¡Es Nabé! –gritó Diana, y al oír su nombre el muchacho se volvió... y sí, era Bernabé, sin lugar a dudas... Nabé con sus cabellos color de trigo, su rostro tostado por el sol, sus extraños ojos azules tan separados... y su maravillosa sonrisa.

–¡Vaya... si estamos todos! –exclamó asombrado–. Vosotros tres... ¡Hola, Roger y Diana! ¡Hola, Chatín y “Ciclón”! ¡Ya veo que, por el momento, sigues siendo el loco de siempre!

“Ciclón”, naturalmente, había reconocido a Nabé en el acto, abalanzándose sobre él con su impetuosidad acostumbrada, ladrando y lamiéndole por donde podía, para demostrarle lo que se alegraba de volverle a ver.

–“Miranda” nos encontró primero –explicó la niña–. Vino directa hacia nosotros. Al principio no la reconocimos, porque ahora va vestida. Oh, ¿verdad que es una monada, Nabé?

–Cuánto me alegro de veros... cuánto –dijo Nabé y sus ojos azules brillaban de alegría–. He pensado mucho en vosotros... y deseaba volver a veros. ¿Qué estáis haciendo aquí? Vosotros no sabíais que estaba aquí, ¿verdad? No os lo podíais figurar.

–No, claro que no –replicó Roger–. Vinimos por una razón... que te contaremos cuando estemos solos... y no soñábamos con verte, naturalmente.

–Debieras habernos dicho que estabas tan cerca, Nabé –le dijo Diana en tono de reproche–. Ya sabes que vivimos sólo a unos kilómetros de aquí.

–¿De veras? –exclamó Nabé, sorprendido. Sus conocimientos geográficos no eran del todo buenos, y nunca tenía la menor idea de dónde se encontraba mientras deambulaba por el mundo– ¡Vaya, quién lo iba a pensar! No me gusta escribir cartas, ya lo sabéis, pero ahora nos hemos reunido. ¿Estáis de vacaciones?

–Sí. Vinimos a casa a pasar las de Pascua –dijo Chatín–. Aún nos quedan tres semanas, Nabé. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

–Estaremos una semana –repuso Nabé–. Perdonadme un momento... tengo que preparar este barracón. Estoy encargado del tiro de argollas, ¿sabéis? Claro que no es mío. Soy sólo encargado. ¡Vosotros observad a “Miranda” y veréis lo que hace! ¡Es una maravilla!

Y entregando un montón de anillas recibió a cambio unas monedas. La cliente junto al mostrador, que la separaba de la barraca, se dispuso a arrojar la primera.

–¿Se ha fijado usted en ese reloj despertador, señorita? –le gritó Nabé–. Bien, ¡a ver si acierta!

La anilla rebotó en la plataforma tocando el reloj, pero sin rodearlo. La señorita probó una vez y otra hasta terminar todas las anillas.

–Mala suerte, señorita –le dijo Nabé con simpatía–. Casi lo consigue. ¡“Miranda”, date prisa!

¡Y la monita comenzó a trabajar! Saltando sobre la plataforma fue recogiendo todas las anillas con sus pequeñas manilas para entregárselas a su amo. Los niños reían encantados.

–¡Oh, Nabé! ¡Qué lista es!

–Miradla ahora –dijo el muchacho mientras se aproximaban más clientes–. Vamos, “Miranda”, a tu trabajo. “Miranda” le miró interrogadoramente lanzando sus grititos de costumbre y fue a recoger una docena de anillas que introdujo en su brazo izquierdo, luego entregó tres a cada cliente alargando la mano para recoger el dinero que le daban.

La gente reía divertida, llamando a sus pequeños para que vieran a “Miranda” y pronto la barraca de Nabé vióse rodeada de una gran multitud.

–No sabe contar más que hasta tres –dijo Nabé–, así que es una suerte que sólo se entreguen tres anillas. De todas formas, si se equivoca y sólo da dos, ya se encarga el cliente de avisarla.

–Es maravillosa –dijo Diana–. Nabé, debe irte muy bien en esta barraca con “Miranda”, que atrae a la gente de esta manera.

–Sí. Gano más dinero que nadie, claro que no puedo quedármelo. Lo entrego a Tonnerre, el dueño de toda la feria.

–¡Tonnerre! ¡Qué nombre más extraño! –exclamó Diana–. ¿Es francés?

–Sí –replicó Nabé, sorprendido–. ¿Cómo lo sabes?

–Pues porque “tonnerre” en francés significa trueno –explicó la niña.

–¿De veras? –repuso Nabé–. Vaya, no sabía que se llamara así. ¡Pero es un nombre que le sienta a las mil maravillas!

–¿Por qué? –quiso saber Chatín, que observaba cómo “Miranda” iba entregando anillas y recibiendo a cambio dinero que daba a Nabé.

–Pues tiene una voz de trueno, es muy corpulento y no cesa de reñir –dijo Nabé–. Tiene un genio de mil diablos, y es un viejo avaro... paga lo menos que puede y despide al que no hace las cosas como a él le gustan. Mirad... está ahí... esos elefantes son suyos.

Los niños miraron donde señalaba Nabé y vieron a dos elefantes que estaban siendo desatados para que los pequeños pudieran montarlos. El hombre que estaba con ellos era casi un gigante; sus piernas eran como troncos de árbol, los pies enormes y sus espaldas anchísimas. Gritaba sin cesar a los pacientes animales y su voz se oía por todo el campo.

–¡Parece una radio puesta a toda potencia! –dijo Roger con una mueca–. ¡Vaya voz!, Tonnerre es un buen nombre para él, y además parece tener un carácter “tormentoso”.

–Siempre –replicó Nabé–. No resulta agradable trabajar con él. Hay unas veinte personas que van siempre con la feria vaya ésta a donde vaya... el resto se agrega aquí y allí, unos se van y otros llegan en su lugar. Yo llevo ya cuatro meses aquí... hemos recorrido toda la comarca de punta a rabo.

–No me gusta la voz del señor Trueno –dijo Diana–. ¿Existe la señora Relámpago, por casualidad?

Nabé lanzó una de sus carcajadas características que obligaban a todos a corearle.

–No, no está casado. Si hay alguien a quien pudiera llamarse así es a la vieja Ma que está ahí... junto a ese carro. ¿La veis? Os aseguró que tiene la lengua más afilada que un cuchillo. Y cuando se mete con alguien lo deja encogido. ¡Hasta Tonnerre se apresura a marcharse si ella empieza a reñirle!

Ma era una vieja de aspecto singular. Cualquiera hubiera dicho que era una bruja, y además estaba revolviendo en un gran caldero de hierro colocado sobre una hoguera junto al carromato. Tenía el cabello completamente blanco, ojos parecidos a los de un mono, y su nariz y barbilla casi se tocaban. No cesaba de revolver murmurando entre dientes.

–¡Estoy segura de que está preparando un encantamiento! –dijo Diana riendo.

–Hay mucha gente entre nosotros que piensa lo mismo –repuso Nabé–. Yo no, pero otros sí. Tienen miedo de la vieja Ma. Sólo hay una persona que pueda manejarla y ése es Jun-un. Es el chico encargado de la barraca del tiro al blanco, mirad... ¡ése de ahí!

–Oh... el chico de los cabellos alborotados –exclamó Chatín–. Sí... ya le habíamos visto. Parece un duende con esas orejas tan salientes... aunque un duende guapo. Tiene el pelo igual que la vieja Ma, aunque de distinto color, claro... pero erizado como el de ella.

–Es su abuela –explicó Nabé–. Y es el único que puede acercarse a ella. ¡No os pongáis muy cerca... o bufará como un gato!

–¿Podríamos ver a los dos chimpancés? –le preguntó Diana–. Vimos el anuncio en el periódico... Se llaman “Hurly” y “Burly”.

–Oh, sí... pertenecen al señor Vosta –dijo Nabé–. Os gustará. Es muy divertido y hará cualquier cosa por vosotros... a veces demasiado. ¡No sabe decir que no a nadie! Hace años que está en la feria y trabaja día y noche como un esclavo para Tonnerre. Yo no lo comprendo. ¡No podría quedarme mucho tiempo en la feria si Tonnerre me tratara a patadas y tuviera que soportar constantemente su mal genio!

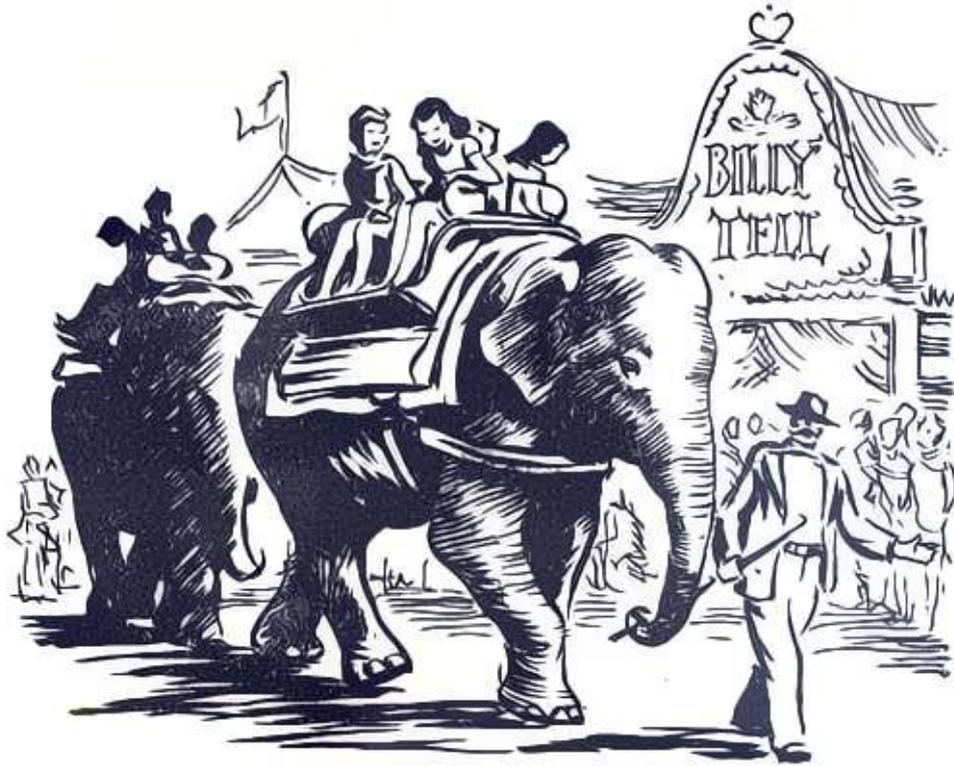
La feria parecía un lugar fascinante, con sus diversos personajes: Tonnerre y su mal humor; la vieja Ma y su afilada lengua; Jun-un y sus cabellos erizados; Vosta y sus chimpancés... y Nabé y “Miranda”, naturalmente. Los tres niños apoyados contra la barraca del tiro a las anillas contemplaban la feria con ojos maravillados, preguntándose cuál de aquellos personajes podría ser el ladrón que atravesaba las

puertas y ventanas cerradas.

Todavía no se lo habían contado a Nabé. No tuvieron oportunidad con la afluencia continua de clientes, y era mejor no decir nada hasta que estuvieran tranquilamente a solas con él.

–Id a dar una vuelta por la feria –les dijo Nabé–. Yo podría dejar a “Miranda” al cuidado del puesto... lo hace tan bien como yo... pero si Tonnerre viera que me voy con vosotros empezaría a dar voces.

–Bien, echaremos un vistazo –repuso Roger–. Volveremos más tarde. ¡Palabra, que ha sido una sorpresa verte, Nabé! ¡La mejor de estas vacaciones!



Capítulo X - Una tarde interesante

Recorrieron la feria mirándolo y probándolo todo. Montaron en el tiovivo y los columpios, pasearon en elefante y entraron a ver a los chimpancés. ¡No se perdieron nada!

–Haz que el tiovivo vaya más de prisa... todo lo que puedas –le dijo Chatín al muchacho encargado.

–Entonces agarraos fuerte –replicó con una sonrisa–. ¿Y ese perro?

–No sube. Se marea –explicó Chatín–. Se sentará a tu lado a esperarnos. ¡Siéntate, “Ciclón”!

Montó en un chimpancé y sus primos en sendos leones. Los animales de madera subían y bajaban al mismo tiempo que giraban. Comenzó a sonar la música, y el tiovivo se puso en movimiento.

El muchacho cumplió su palabra haciéndolo funcionar lo más de prisa posible, y los niños tuvieron que agarrarse con fuerza a sus monturas, o hubieran sido despedidos. Diana empezó a marearse, y otros tres niños empezaron a gritar.

El muchacho aminoró la marcha y volvió a sonreír.

–¿Qué tal? –preguntó a Chatín, que ahora estaba ligeramente pálido y no conseguía andar derecho como sus compañeros.

–Ha sido estupendo –repuso Chatín–. Nunca había ido tan de prisa. ¡Este viaje vale el doble!

No sólo había ido el tiovivo a todo correr, sino también la música... y Tonnerre lo había oído, naturalmente. Su rostro se puso rojo como la grana, y empezó a gritar riñendo al muchachito encargado, pero el altavoz estaba tan alto que no le oyó hasta que hubo parado los caballitos.

–¡Tú! ¡Tú, muchacho! ¡Eres una calamidad! –gritaba el señor Tonnerre con su voz de trueno–. ¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Eh? ¿Quieres marear a la gente? ¿Quieres romper la maquinaria? ¡Brrrrr!

Terminó con un ruido tan semejante al gruñido de un perro gigante, que “Ciclón” quedó asombrado y se puso en pie. ¡Plaf! Tonnerre propinó una sonora bofetada en la oreja del muchacho.

Chatín dio un paso adelante.

–¡Señor Tonnerre! Ha sido culpa mía. Le pagué el doble para que fuera de prisa.

Por un momento pareció como si también fuera a pegarle, pero se volvió al muchacho del tiovivo.

–¡Ah! ¡Ajá! Conque te pagaron el doble. ¿Dónde está el dinero? ¿Piensas guardártelo? Dame todo el dinero que tengas. ¡De prisa! ¡De prisa!

El señor Tonnerre tenía un acento muy particular, inglés y francés mezclado con americano. Sobresalía por encima de las cabezas de todo el mundo, como sus elefantes.

A continuación dirigióse a Chatín.

–¿Vais a venir a pasear en mis elefantes? Si pagáis el doble estoy dispuesto a hacerles trotar como caballos. ¡Sí!

–No, gracias –replicó Chatín–. Quiero decir que... sí, me gustaría montar sus elefantes, pero trotar no, gracias. No me siento con ánimos de resistir un trote de un elefante. Así, pues, montaron en los elefantes que se movían de un lado a otro de una manera alarmante. “Ciclón” se negó a subir y refugiándose detrás de un árbol, contempló atemorizado a aquellas enormes criaturas que, al parecer, tenían rabo por delante y por detrás.

–Ahora id a admirar a Billy Tell –les dijo el señor Tonnerre con su potente vozarrón mientras les ayudaba a bajar de los elefantes–. Es un hombre muy inteligente. Su rifle hace pam, pum, y la manzana cae hecha pedazos de la cabeza de Jun-un.

–Billy Tell hace lo mismo que Guillermo Tell, que era probablemente el tatarabuelo de su tatarabuelo –observó Roger mientras se dirigían hacia la tienda en la que se leía en letras grandes: “Billy Tell”.

La vieja Ma fue a asomarse a la tienda cuando Jun-un se situaba delante de Billy Tell con una manzana encima de la cabeza, entre sus cabellos hirsutos y sonreía a los niños que iban a admirarle.

–¡Hola! –les dijo–. ¿Habéis venido a ver cómo me chamuscan el pelo?

Billy Tell iba vestido de piel roja y parecía bastante viejo. Tal vez fuese por ir tan sucio. Hubo una larga espera para dar tiempo a que se le llenara el recinto.

Billy Tell permanecía sentado con el rifle apoyado sobre las rodillas y el joven Jun-un recorría toda la tienda balanceando la manzana sobre su cabeza mientras recogía las entradas.

Había circulado la noticia de que había sido Chatín quien pagara el doble al chico del tiovivo para que lo hiciera rodar de prisa, y Jun-un se le acercó sonriendo.

–¿Estás seguro de no haber pagado el doble para ver cómo Billy me arranca los extremos de las orejas a balazos? –le preguntó.

A Chatín le resultaba simpático.

–Puedes apostar o que sí –le dijo–. Así que anda con cuidado.

Claro que no era verdad, y Jun-un lo sabía. Se apoyó de espaldas a una plancha de acero con la manzana en la cabeza. Billy Tell se puso en pie dirigiéndose al otro extremo de la tienda.

Apuntó rápidamente.

“¡Bang!”

La manzana saltó hecha pedazos y Jun-un tuvo que quitarse los que le cayeron en los ojos.

Colocó otra manzana encima de su cabeza, y Billy Tell poniendo la cabeza entre las piernas apuntó en esta porción. “¡Bang!” Otra vez la fruta saltó hecha pedazos y todos aplaudieron ruidosamente. “Ciclón” acurrucóse junto a las piernas de su amo, asustado al oír las detonaciones tan cerca.

Jun-un volvió a secarse el rostro y se dirigió a donde estaban los niños.

–¡Buena puntería! –comentó–. Yo también soy un buen tirador... Una vez hice caer el gallo de una veleta.

–¡Caramba! –dijo la voz ronca de Billy Tell–. ¡Tú y tus cuentos! Oye, coge mi rifle y límpialo, y dile a la vieja Ma que esta noche quiero cenar salchichas.

–Sí, papá –repuso Jun-un, y los niños quedaron un tanto sorprendidos. De manera que Billy Tell era su padre, y la vieja Ma su abuela. ¡Qué familia tan interesante!

–¿No tienes madre? –le preguntó Chatín.

–¡No! ¡Con una mujer en la familia tengo bastante! –refunfuñó Jun-un señalando con un gesto a la vieja Ma, que estaba junto a la tienda de tiro al blanco.

–Oye, Ma –le dijo al acercarse–. Billy Tell dice que hagas el favor de darle salchichas para cenar.

–¿Salchichas? –gruñó la vieja–. ¿Qué se ha creído que soy? Dile que las

salchichas cuestan dinero, y en cambio los conejos y liebres que caza no cuestan nada... y, ¿para qué sirve un rifle?, pregunto yo. ¿Se cree que sólo es para disparar contra las manzanas que coloca sobre tu cabeza de zanahoria! ¿Dónde está? ¡Ya le daré yo salchichas al muy granuja!

–Vaya, Ma, lo único que ha cedido que le dieran son... ¡salchichas! –gritó Jun-un con descaro poniéndose las manos detrás de las orejas para oír mejor todos los insultos que su abuela le dedicaba mientras se volvía a su carro.

Chatín estuvo tirando al tiro al blanco haciendo todo lo posible por hacer caer las pelotas de ping-pong que bailaban encima del chorro de una pequeña fuente, pero sin conseguirlo.

Jun-un echó una rápida mirada a su alrededor para ver si Billy Tell, la vieja Ma o Tonnerre andaban por allí cerca y luego cogiendo una escopeta apuntó... derribando una pelota, tras un segundo paso otra, y pum, una tercera. No cabía la menor duda, Jun-un era un tirador de primera, y Chatín casi creía que hubiera derribado el gallo de una veleta.

–Ahora escoge un premio –dijo a Chatín–. Vamos... me eres simpático. Escoge uno de estos premios.

–Pero yo no he tirado las pelotas fuera del agua –repuso Chatín, asombrado.

–No importa. Yo sí, y nadie va a saberlo –insistió Jun-un–. Me gustos, ¿comprendes? Tú y tu perro. Vamos, de prisa, coge un premio. ¿Qué te parecen esos caramelos? Son buenos.

Chatín necesitó un buen rato para convencerle de que no le parecía bien aceptar un premio que no había ganado. Jun-un al fin se dio por vencido, pero sin comprenderle. En aquel aspecto no sabía lo que era honradez.

–Eres muy amable –no cesaba de decirle el pobre Chatín– pero no estaría bien.

–Como quieras –le dijo, dándose por vencido–. Será mejor que ahora vayas con los otros. Te están llamando para que vayas a los columpios. Escoge la barca del extremo. Es la mejor y podrás subir muy alto.

Después de montar en el tiiovivo, en los elefantes, en los columpios, disparar en el tiro al blanco y probar toda clase de cosas, al terminar el día apenas les quedaba dinero. Se habían comprado además enormes bollos azucarados, pedazos de pastel, limonadas, y llevado gran parte a Nabé, que seguía encargado de la tienda del tiro de anillas con gran éxito, debido a las habilidades de “Miranda”.

–¿Cuándo terminas? –le preguntó Diana–. Tendremos que regresar pronto a casa. ¿No podrías venir a cenar con nosotros?

–Me gustaría mucho –replicó Nabé con ojos brillantes por la emoción–. Haré que Jun-un se cuide de mi puesto. La vieja Ma se ocupa del suyo a partir de esta hora. Si le doy sesenta céntimos vendrá a mi barraca. Me deben una noche libre, así que Tonnerre no puede decir nada si me marchó. ¿Estáis seguros de que a vuestra madre

no le importará que vaya?

–En absoluto... tiene ganas de conocerte –replicó Roger–. Le hemos hablado de ti... y de cómo nos conocimos el verano pasado cuando corrimos aquella aventura en Rockingdown. ¿Cómo vendrás hasta casa? Vinimos en bicicleta.

–Oh, me prestarán una –replicó Nabé–. Y “Miranda” puede montar en mi hombro o sobre el manillar, le da lo mismo.

–Puede ir en el cajón con “Ciclón”, si quiere –le dijo Chatín.

Pero la mona no quiso, prefiriendo ir en el manillar de la bicicleta de Nabé. El viento echaba hacia atrás su pelo suave haciendo ondear su faldita.

Pronto dejaron atrás la feria que a aquella hora estaba muy animada. Los feriantes gritaban anunciando las atracciones, la gente reía, y el tio vivo lanzaba al aire la música de sus altavoces. Chatín hubiera querido quedarse.

–Vamos –le dijo Roger al ver que quedaba rezagado–. Llegaremos tarde. Y no olvides que tenemos que contar a Nabé nuestro secreto... ¡y habremos de buscar el momento de hacerlo!

–Sí... su secreto. Nabé tal vez pudiera ayudarles. ¡Qué sorpresa se llevaría cuando lo supiera!



Capítulo XI - Nabé viene a cenar

–Tendré que andar con cuidado para no dar ocasión a que tío Roberto me haga preguntas embarazosas –dijo Chatín durante el camino de regreso.

–Será fácil teniendo a un invitado –repuso Roger–. Mira por dónde vas, tonto... has pasado por encima de un bache y “Ciclón” por poco se cae.

–¡Lo siento, “Ciclón”! –le dijo su amo volviendo la cabeza.

Nabé había intentado lavarse un poco antes de presentarse en casa de la señora Lynton. Se puso unos pantalones de franela, y un jersey limpio, o casi limpio. ¡Sus zapatos estaban rotos, pero no le era posible remediarlo, puesto que no tenía otros! Le asomaban los dedos y Roger estuvo pensando si tendría algún par que le fuera bien a Nabé; pero seguramente tendría los pies más grandes que él.

Llegaron a la casa cansados y con buen apetito. “Ciclón” saltó del cajón yendo directamente a la cocina para pedir un hueso, pero la cocinera no estaba allí. Había un plato con arenques para el gato y el perro acercóse a olerlo. ¿Y si probara un poco? Tenía tanta hambre... No... le desagradaba aquel aroma. ¡Que se lo comiera el gato!

“Arenque” llegó bufando, y “Ciclón” le persiguió por la cocina, el pasillo y la escalera, y luego le vio encaramarse a la cómoda de la habitación de Roger.

–¡Pero allí estaba “Miranda” esperando a los niños!, y “Arenque” se llevó el mayor susto de su vida. No Había visto nunca un mono, y salió disparado como un cohete, bufando y con el rabo en alto. “Miranda” le contemplaba horrorizada. ¿Qué era aquel animal tan explosivo?

Asustada, la monita se bajó al suelo saliendo al descansillo desde donde entró en la habitación de tío Roberto que se encontraba allí cepillando su mata de cabellos blancos y que se llevó un gran sobresalto al ver un mono saltando sobre su cama. Luego llegó “Arenque”, y tras él “Ciclón” excitadísimo. Los tres recorrieron la habitación dos veces y luego salieron disparados.

Tío Roberto tuvo que sentarse. ¡Qué casa aquélla! ¡Un mono! ¿Habría visto bien? Realmente, su habitación se estaba convirtiendo en un parque de fieras... tendría que hablar con su sobrina Susana. Ningún invitado tiene la obligación de soportar a una horda de monos, gatos y perros corriendo como locos por su dormitorio.

Roger estaba probando sus zapatos a Nabé, pero le iban pequeños, y entonces recordó la gran cantidad de zapatos que tenía su tío-abuelo. Seguramente podría prestarle un par... y sin pensarlo dos veces fue corriendo a llamar a la puerta.

–¿Quién es ahora? –preguntó tío Roberto con aspereza, como si aguardase ver todavía la llegada de más animales.

–Soy yo, Roger –dijo el niño–. Tío, ¿no tendrías un par de zapatos viejos que pudieras prestarme?

–¿Pero qué es lo que ocurre en esta casa? –exclamó el buen señor–. Primero mi dormitorio se llena de... oh, bueno, no importa. ¿Para qué diantre quieres un par de zapatos míos? ¡Si no te irán bien!

–Son para un amigo mío que ha venido a cenar –explicó Roger.

–¿Es que ha venido descalzo? –dijo tío Roberto–. ¡Cielo santo, aquí está otra vez ese mono! Si descubro quién ha traído un mono a esta casa dejándolo suelto, le voy a... le... le...

Roger apresuróse a marchar. Si tío Roberto supiera que quería los zapatos para el dueño de la mona, no se los daría, estaba seguro.

–¡Vamos, “Miranda”, no seas traviesa! –le gritó a la excitada monita–. No corras por toda la casa, vas a darle un susto a mi madre si te encuentra por la escalera.

Estuvo revolviendo en el armario del recibidor y encontró un par de zapatillas de tenis de su padre. Por lo menos Nabé no iría enseñando los dedos, y su amigo se las calzó agradecido.

–¿Estoy muy mal para cenar con vosotros? –preguntó a Diana con ansiedad cuando la niña fue a ver si estaban listos.

–No, estás muy bien –le dijo con la esperanza de que su madre pensara lo

mismo... y más que ella, su padre—. Le he dicho a mamá que estabas aquí, y está deseando conocerte.

Nabé estaba nervioso. Pocas veces visitaba casas como aquélla y temía que sus modales desentonasen, pero no debiera haberse preocupado. Era bien educado por naturaleza, tenía una voz agradable, y cuando la señora Lynton vio sus extraños ojos azules, le dedicó una bienvenida incluso más calurosa de lo que había planeado.

—¡De manera que tú eres Nabé! He oído hablar mucho de ti. Ricardo, éste es Nabé, el muchacho que corrió todas esas espeluznantes aventuras con nuestros hijos el verano pasado.

El señor Lynton alzó los ojos esperando ver un gitanillo de aspecto tímido y astuto a la vez, y en vez de eso vio a Nabé con sus cabellos brillantes, color de trigo, peinados hacia atrás. Vio sus ojos de mirada franca, y le tendió la mano.

—Sé bien venido, Nabé —le dijo—. Cualquier amigo de Roger es amigo mío.

Roger se alegró mucho al oír a su padre. ¡Qué bueno era! Podía ser de carácter violento, muy severo y demás... pero siempre pensaba y sentía como es debido. Nabé enrojeció de contento y alivio. ¡Qué padres más simpáticos tenían Roger y Diana... y qué afortunados eran!

—Mamá... ¿te molesta “Miranda”? —preguntó Diana preocupada al ver que su padre dirigía la vista por primera vez hacia donde estaba la mona, sentada en el respaldo de una silla con su faldita y chaqueta que le daba un aspecto tan divertido. Diana le había dado el sombrero de una muñeca y también lo llevaba puesto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo su madre echándose a reír sin poder evitarlo—. Ricardo... mira esto. No creo que me moleste, Diana, si no se me acerca demasiado. Ya sabes que no me gustan los monos.

—¿Quiere que la eche? —preguntó Nabé en seguida, al oír el comentario.

—No, no —repuso la señora Lynton—. Si he podido soportar a “Ciclón” y “Arenque”, seguro que me acostumbraré a un animalito tan inofensivo como éste, pero no sé lo que dirá vuestro tío-abuelo.

Tío Roberto bojó algo tarde a cenar. “Ciclón” le había escondido sus zapatos y tardó un buen rato en encontrarlos, y cuando al fin bajó, fue para encontrar a la familia ya encariñada con Nabé y “Miranda” y por eso le hubiera resultado difícil hacer algún comentario poco agradable para ellos.

Nabé disfrutó de lo lindo. Le encantaron los alimentos bien condimentados, la conversación, las risas, las alfombras inmaculadas, las flores encima de la mesa, en resumen, todo, y la señora Lynton al verle tan simpático, se preguntaba cómo era posible que fuese un artista de circo, un niño que iba de un lado a otro con las ferias, que casi nunca se habría dado un baño... y, sin embargo, que no le desagradase como amigo de su hijo...

Al señor Lynton también le agradó Nabé.

–¿No tienes padres? –le preguntó.

–Mi madre murió hace poco –repuso el niño–. Y no he conocido a mi padre. Me temo que tampoco él sepa nada de mí. Todo lo que sé es que es actor, señor... y que solía representar obras de Shakespeare. He estado buscándole por todas partes, pero todavía no le he encontrado.

–¿Sabes qué nombre utiliza como actor? –preguntó el señor Lynton, pensando que cualquier padre hubiera deseado tener un hijo así que le reclamase.

Nabé meneó la cabeza.

–No, ni siquiera sé qué aspecto tiene. Desconozco también su verdadero nombre, señor, porque mi madre trabajaba en el circo, y siempre utilizaba su nombre de soltera, y no el de casada. Temo no encontrarle nunca.

–Debo confesar que parece algo difícil –repuso el padre de los niños–. Vaya... parece que has sabido arreglártelas bastante bien solito.

Después de cenar, los cuatro niños salieron al jardín. Eran casi las ocho y media, pero aún había luz. Entraron en la glorieta dejando a “Ciclón” otra vez de guardia.

“Miranda” fue también, naturalmente. Se había portado muy bien durante la cena sentada en el hombro de Nabé, que le daba pedazos de tomate y de melocotón. Ahora se había trasladado al hombro de Chatín introduciendo sus manitas por el cuello de su camisa para conservarlas calientes. El niño la adoraba, y “Ciclón” estaba celoso e intentaba subirse a sus rodillas.

–Vamos... ¿qué es lo que queráis decirme? –preguntó Nabé, cuando hubieron dejado a “Ciclón” de guardia.

–Pues... –empezó Roger sin saber cómo seguir–. En realidad es una historia bastante peculiar... en la que está mezclado también nuestro tío-abuelo. Es así...

Y se lo contó todo con la colaboración de sus compañeros.

–De manera –terminó–, que nos preguntamos si la feria tiene algo que ver con esos robos... si alguien de la feria sabe lo suficiente para conocer los papeles y documentos antiguos para robarlos cuando pasan cerca de un museo, o de cualquier otro lugar donde se sabe que se guardan papeles de valor.

–Y nosotros queremos descubrir cómo puede atravesar las puertas cerradas el ladrón –dijo Diana–. Parece cosa de magia. ¿Se necesita ser brujo para hacer una cosa así!

–¡Tal vez sea la vieja Ma! –exclamó Chatín recordando su aspecto de hechicera inclinada sobre el caldero de hierro.

Todos rieron, y luego Nabé guardó silencio mientras reflexionaba.

–No conozco a nadie en la feria que se interese por las antigüedades, excepto Tonnerre –dijo al fin–. Tonnerre colecciona estatuillas de marfil tallado... pero nunca oí que coleccionara documentos. No hubiera dicho que fuera lo bastante educado para distinguir si eran de valor o no... ni siquiera dónde encontrarlos.

–¡Y seguro que no puede atravesar una puerta cerrada! –exclamó Diana recordando la corpulencia de Tonnerre.

–No, no podría –repuso Nabé.

Se hizo un silencio.

–¿Quién escoge los lugares a donde ha de ir la feria? –preguntó Diana de pronto.

–Pues... Tonnerre, supongo, puesto que es el amo de la feria –replicó Nabé-. ¿Por qué? Oh..., ya comprendo lo que quieres decir. Alguien sabe dónde pueden encontrarse documentos antiguos... y ese alguien decide llevar allí la feria con ánimo de robarlos. Sí..., pues, que yo sepa, Tonnerre es siempre quien decide. Por lo menos, él da las órdenes.

–¿Hay algún otro coleccionista en la feria? –quiso saber el revoltoso Chatín, jugueteando con el rabo de “Miranda”.

–No..., sólo “Burly”, uno de los chimpancés –repuso Nabé con una carcajada-. Colecciona animales de juguete..., ¿no lo sabíais? ¡Si alguien le regala uno, se convierte en su esclavo para toda la vida! Es curioso, ¿verdad?

–Muy curioso –dijo Diana, riendo-. ¿Y qué colecciona “Hurly”?

–¡Golosinas! ¡Pero no le duran mucho! –replicó Nabé-. Debéis tener buen cuidado con vuestros bolsillos cuando esté “Hurly”. Si lleváis algún caramelo o chocolatin, os lo quitará con la velocidad del rayo.

–Hemos de hacer amistad con los chimpancés –dijo Diana-. Hoy apenas hemos hablado con ellos..., había tanto que ver. Bueno, Nabé..., no puedes ayudarme mucho, ¿verdad?, en esto de quién puede ser el ladrón..., sólo nos has dicho que Tonnerre es el más sospechoso.

–Luego está Vosta –continuó Nabé, pensativo-. Y Billy Tell. Los dos son grandes artistas, pero no creo que conozcan tampoco lo que son documentos de valor. ¡Vaya, yo creo que Billy Tell ni siquiera sabe leer!

–Oh, bueno..., tal vez sea sólo una coincidencia que los robos ocurran en los lugares que visita la feria –dijo Diana-. Me pregunto a dónde irá ahora.

–¿No os lo dije? Va a venir muy cerca de aquí –replicó Nabé-. A cosa de un kilómetro, según creo. Se montará sobre la colina Dolling cerca de Rilloby.

–¡Qué imponente! –exclamó Chatín-. “Qué super estupendo”. Entonces podremos verte cada día..., ¿y sabes una cosa?... ¡Nos turnaremos para vigilar a Tonnerre! Apuesto a que es él. ¡Me lo da el corazón!



Capítulo XII - ¡Planes!

Aquella noche los cuatro niños estuvieron hablando mucho rato en la glorieta. Ahora que también Nabé parecía creer en la corazonada de Diana, estaban más seguros que nunca de descubrir el misterio.

Inesperadamente, Chatín tuvo una idea muy buena.

–Oíd..., quisiera saber si hay algún museo o coleccionista en Rilloby o cerca de allí –les dijo.

–Ahora has dado una muestra de talento –dijo Diana con calor–. Nada suele ocurrir a menudo..., pero ésa sí que es una buena idea.

–Sí. Si pudiésemos encontrar un lugar así cerca de la feria... o en un kilómetro a la redonda..., tal vez pudiéramos vigilarlo –insinuó Roger.

–Troncho, sí, vigilar y ver si Tonnerre va por allí a inspeccionar –dijo Chatín.

–¡Si lo hiciera, no podríamos dejar de verle..., es tan enorme! –dijo la niña.

–Y si por casualidad le viéramos rondando por allí por la noche, podríamos procurar sorprenderle cuando entrase –continuó Chatín, muy excitado–. ¡Entonces

aprenderíamos un par de cosas acerca de las puertas cerradas y cómo atravesarlas!

Todos estaban muy excitados. ¿Podrían llegar realmente a descubrirlo? Bueno, tal vez no lo consiguieran..., pero sería emocionante intentarlo.

–Lo primero que hay que hacer... es descubrir si hay un museo o algo por el estilo cerca de Rilloby –dijo Roger.

–¿Cómo podemos hacerlo? –preguntó Diana–. Nunca oí hablar de ninguno, y llevamos varios años viviendo aquí. Lo sabríamos si lo hubiera.

–Tal vez no sea un museo –continuó Roger–. Puede ser una colección particular, como la que tío Roberto estaba arreglando en la casa solariega de Chelie. ¡Caramba, ya sé cómo averiguarlo!

–¿Cómo? –preguntaron todos a una.

–¡Pues preguntádselo a tío Roberto, por supuesto! –replicó Roger, triunfante–. Él lo sabrá. Yo creo que conoce el lugar donde se encuentra toda carta de valor, mapas, planos, crónicas, y demás en toda la Gran Bretaña. Ya sabéis que es muy instruido..., como lo son todos los anticuarios.

–¿Anti... qué? –preguntó Nabé, que no había oído nunca aquella palabra, y Diana se lo explicó.

Nabé la escuchó muy serio, pues siempre estaba dispuesto a adquirir nuevos conocimientos.

–Bueno, y..., ¿quién va a preguntárselo a tío Roberto? –dijo Roger.

–Yo no –replicó Chatín con presteza–. ¡Pensaría que estaba consiguiendo información para comunicársela a la banda Manos Verdes!

–No seas tonto –dijo Diana.

–Sí que lo creería –insistió Chatín–. Puede que sea instruido y todo eso, pero se cree todo lo que uno le cuenta. Quiero decir que se tragó todo lo de la banda Manos Verdes..., absolutamente todo. Debierais haber visto cómo se le pusieron los pelos de punta cuando se lo contaba.

–No exageres –dijo su primo–. De todas maneras, ni por soñación vas a preguntarle nada. Sólo conseguirías complicarlo todo, y decir alguna tontería.

Chatín se sometió mientras Diana consideraba el problema.

–Yo se lo preguntaré –dijo–. Le llevaré mi libro de autógrafos..., eso le gustará... y luego empezaré a hablar de colecciones de firmas o algo por el estilo... y de ahí pasaré a la colección de documentos..., puedo preguntárselo como por casualidad, y no sospechará nada.

–Muy bien pensado. Diana –exclamó Roger en tono de aprobación–. Hazlo mañana. Será mejor que Chatín se mantenga alejado de tío Roberto por si acaso le hiciera alguna pregunta embarazosa acerca de cómo sabía que iba a haber un robo en Ricklesham. Fuiste muy tonto, Chatín, ¿No te parece?

–Está bien, está bien, repítelo –dijo Chatín, dolido–. Siempre os metéis conmigo...

y, sin embargo, yo he tenido la mejor idea de la tarde.

–Sí, fue una buena idea –dijo Roger–. ¡Queda anulado tu error! ¡Mirad, está oscureciendo!

–¡Mamá no tardará en venir a buscarnos diciendo que es hora de acostarnos! –dijo Diana.

–Entonces será mejor que me marche –dijo Nabé, levantándose–. Ha sido una noche maravillosa para mí. Muchísimas gracias. ¿Vais a ir a la feria mañana?

–Desde luego –repuso Diana–. Iremos a verte cada día hasta que volvamos al colegio, Nabé. Celebro que le hayas sido simpático a mamá. Ahora podrás venir más a menudo.

–A papá también le has gustado –dijo Roger–. Bueno, te veremos mañana, Nabé. ¿Se ha dormido “Miranda”? Está muy quieta.

–Está como un tronco –dijo Nabé–. Está dentro de mi camisa. ¡Fijaros qué calentita..., como una tostada! Trabaja mucho en la barraca de las anillas conmigo... “Ciclón” también está quieto. Supongo que le habrá cansado el largo paseo.

¡Y así era! Estaba tumbado en los escalones de la glorieta profundamente dormido.

–¡Esta noche no ha sido un guardián demasiado bueno que digamos! –exclamó Roger, empujándole con el pie–. ¡Vamos, despierta, dormilón! ¿No sabes que estabas de guardia?

–Buf –resopló “Ciclón”, sentándose de pronto.

–Adiós, Nabé –dijo Diana–. Estoy muy contenta de haberte encontrado otra vez. No te olvides de vigilar a Tonnerre.

–No me olvidaré –replicó Nabé con una carcajada–. Su carromato está muy cerca del nuestro. Estaré toda la noche con el oído alerta para ver si sale... y vigilaré para ver si enciende la luz a medianoche.

–Y si sale, síguele –insistió Roger.

Nabé montó en su bicicleta en el momento en que la voz de la señora Lynton llegaba hasta ellos llamando a los niños. Ahora era ya noche cerrada, pero la temperatura seguía siendo cálida.

–Me encanta el olor de estos alhelíes –dijo Chatín, aspirando el aire con fuerza mientras caminaba hacia la casa–. Si fuera perro iría oliendo estas flores..., tendría la altura apropiada para ello.

–Mirad..., ahí está el tío Roberto con mamá –dijo Diana, acercándose a su primo–. Apuesto a que está esperando a Chatín para decirle unas palabras.

–Troncho –exclamó el niño deteniéndose.

–Sube en seguida a acostarte –le dijo Roger–. Ve por la puerta de atrás y no te desnudes. Métete en seguida en la cama, para que si sube tío Roberto te crea dormido. ¡Rápido!

Chatín entró por la puerta de atrás de la casa, y atravesando la cocina a todo correr ante el asombro de la cocinera y Ana, desapareció escaleras arriba seguido de “Ciclón”. Por el camino tropezó con “Arenque”, claro está, y “Ciclón” tuvo la oportunidad de darle un pequeño mordisco al pasar. (¡Ajá! Eso le enseñaría a no tumbarse en la escalera), y sus potentes bufidos le siguieron hasta el dormitorio de Chatín.

El niño se quitó los zapatos sin molestarse en desatar los lazos, y se introdujo entre las sábanas, dejando que asomara sólo su roja cabeza.

–¿Dónde está Chatín? –dijo la señora Lynton cuando sus hijos aparecieron ante la puerta–. Tío Roberto quiere hablar con él.

–Oh, creo que ha ido a acostarse –repuso Diana.

–¿Sí? –exclamó su madre asombrada al oír que se había ido a la cama antes de que se lo ordenaran, ya que por lo general costaba lo suyo mandarle a dormir–. Debe estar muy cansado.

–Claro, dimos un buen paseo en “bici” –dijo Roger–. Yo también me despido, mamá. Estoy medio dormido. ¿Te ha gustado Nabé?

–Mucho –dijo su madre–. Invítale siempre que quieras. Y... si puedes decírselo sin ofenderle..., dile que puede tomar un baño caliente cuando lo desee. Estoy segura de que no tiene oportunidad de tomar muchos en la feria.

–Oh, mamá..., ¡hasta has pensado en eso! –exclamó Roger, riendo, y dándole un abrazo–. Me alegro tanto de que te guste. Buenas noches y que descanses. Buenas noches, tío Roberto.

–Buenas noches –le contestó el anciano–. Eh... Voy a subir contigo para ver si Chatín aún está despierto. Quisiera hablar con él.

Subió con ellos, y la señora Lynton les acompañó también bastante intrigada. ¿Por qué tendría tanto empeño en hablar con Chatín? ¿Qué habría hecho el pobre niño?

De Chatín no se veía otra cosa que sus rojos cabellos, y un ligero bulto bajo las ropas de la cama. “Ciclón” estaba echado a sus pies.

–¡Duerme como un bendito! –exclamó la señora Lynton–. No le moleste, tío Roberto. Está rendido. Oh, Dios mío..., mira, “Ciclón” está encima de la cama, pero no quiero quitarle de ahí por miedo a despertar a Chatín.

Chatín lanzó un ligero ronquido.

“¡Idiota! –pensó Roger–. Ahora va a exagerar la nota, como de costumbre.”

–Bueno..., lo dejamos para mañana –dijo el anciano saliendo con la madre de los niños.

–Chatín, ya se han ido –le dijo Roger destapándole, pero el niño no se movió. ¡Estaba dormido! Y sin haberse desnudado siquiera.

–¡Vaya un niño! –exclamó Diana–. Déjale. Está verdaderamente agotado. ¡Igual

que “Ciclón”..., no se mueve en absoluto! Buenas noches, Roger. ¡Ahora que hemos encontrado a Nabé sí que vamos a divertirnos!



Capítulo XIII - Diana cumple su cometido

Afortunadamente para Chatín, tío Roberto había tenido una de sus noches malas, y al día siguiente pidió que le sirvieran el desayuno en la cama.

Chatín estaba loco de contento.

–Pensé que tendría que levantarme a toda prisa y tomar sólo un poco de potaje para poder marcharme en cuanto bajara tío Roberto –dijo–. Pero ahora podré desayunar como es debido. ¡Viva!

–Hoy iremos a la feria por la tarde –intervino Diana–. Tengo que ayudar a mamá o cortar las flores y arreglar algunos armarios. Nos llevaremos la merienda a Ricklesham y la compartiremos con Nabé. Habrá que llevar más cantidad para que haya para todos.

–Y así tendrás tiempo de preguntar a tío Roberto si hay algún museo o colección particular por estos alrededores –dijo su hermano–. Chatín, será mejor que tú pases la mañana haciendo recados para la cocinera. De esta manera te quitas de en medio.

–Oh –exclamó Chatín que no era muy listo para llevar recados–. Está bien. Iré a

preguntar a la cocinera si quiere algo. Dijo que necesitaba que le fuera a buscar un rodillo nuevo para la lavadora. Tendré que ir a Rilloby a buscarlo.

–Bueno, así estarás mucho tiempo lejos del alcance de tío Roberto –repuso Diana–. Podrás contemplar los escaparates de juguetes, tomar unos helados en la lechería y olvidarte de dónde dejaste la bicicleta, luego tardar en encontrarla y...

–No quieras dártela de graciosa. Diana –dijo su primo, dándole un empujón–. Si no te vigilas, vas a ser una vieja gruñona cuando crezcas. ¡Igual que la vieja Ma!

–No lo seré... y no me empujes –replicó Diana retrocediendo–. ¿Por qué los chicos siempre habéis de pegar y empujar cuando os enfadáis?

–Supongo que por la misma razón que las niñas –dijo Chatín, alejándose con aire satisfecho.

Entrando en la cocina, preguntó a la cocinera si había que hacer algún recado, y ella le miró sorprendida.

–¿Qué te ocurre? ¿Es que quieres que te prepare merengues o algo por el estilo para comer?

–Oh, no..., quiero decir sí..., bueno, no, no lo pregunto por esa razón –explicó el niño haciéndose un lío–. Lo que quiero decir es... que no me había acordado de los merengues..., pero si quiere hacerlos para comer..., bueno, lo único que puedo decir es..., ¡hágalos!

–¡Tú persigues algo, lo sé! –replicó la cocinera–. Bueno, pensaré lo de los merengues, y viendo que estás tan servicial..., sí, podrías traerme un rodillo nuevo para la lavadora. No ceso de decirlo, pero nadie va a buscarlo.

–Yo lo traeré –dijo Chatín–. ¿Alguna cosa más?

–Vaya. Dios me asista, no debes encontrarte bien para venir a pedir trabajo –replicó la cocinera–. ¡Sin embargo, voy a aprovecharme! Puedes traerte el pescado... y puesto que vas a Rilloby, deja una nota en casa de mi hermana diciendo que iré el miércoles. Y si te diera tiempo de pasar por el zapatero, recoge mis zapatos, y...

–¡Eh! ¡Aguarde un momento! No voy a perder todo el día –dijo el niño pensando que aquello era más de lo que había pedido.

–Iba a terminar ya diciéndote que haría merengues para la cena –replicó la cocinera con un guiño.

–Será mejor que escriba todas esas cosas en un papel mientras voy en busca de mi “bici” –repuso Chatín–. Volveré en un periquete.

Al regresar recogió la lista de la cocinera, a la que ésta había agregado otras dos cosas. ¡Había que aprovechar la oportunidad, ahora que Chatín se mostraba tan servicial!

–Antes de marcharte te daré una tarta de mermelada para que te la comas –dijo la cocinera, dirigiéndose a la despensa–. Oh, a propósito, tu tío estuvo aquí hace un momento preguntando por ti.

Chatín se apresuró a marcharse sin esperar la tarta de mermelada y la cocinera quedó muy sorprendida.

Tío Roberto dirigióse al recibidor donde la señora Lynton estaba preparando los jarrones de flores.

–Estoy buscando a Chatín –le dijo.

La señora Lynton asomóse a la ventana para llamar a Diana, que estaba cortando narcisos.

–¡Diana! ¿Dónde está tu primo? Tío Roberto quiere verle.

–Oh, mamá..., acaba de irse a Rilloby en bicicleta –repuso la niña, acercándose a la ventana–. Me dijo que iba a buscar un rodillo nuevo para la lavadora, y a recoger el pescado, unos zapatos que están a componer, y...

La señora Lynton no podía en absoluto dar crédito a sus oídos.

–¿Chatín ha ido a hacer todo eso... por gusto? –preguntó extrañada–. ¿Qué le ocurre?

–Oh, es muy servicial cuando quiere –le replicó Diana volviéndose para ocultar una sonrisa–. Me parece que tardará bastante en regresar, tío Roberto.

–Qué contrariedad –gruñó el anciano–. Ese muchacho se escurre como una anguila. Cualquiera diría que evita el encontrarme.

–¡Oh, no, tío Roberto! –exclamó la señora Lynton–. Claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

–Hoy no comeré en casa, querida –dijo el anciano sin molestarme en contestar–. Tengo que ir a Londres a ver a un amigo mío.

–Oh..., tío Roberto..., antes de irte..., ¿querrás firmar mi álbum de autógrafos? –exclamó Diana de pronto, recordando que no debía dejarse escapar sin hacerle algunas preguntas importantes.

–Otro rato, querida –le dijo su madre–. Ahora tiene que ir a tomar el tren.

–Oh, todavía no he de marcharme –replicó tío Roberto, sonriendo a su sobrina–. Firmaré el álbum de Diana. Conozco un proverbio del siglo XVI que encontré en un viejo documento y se lo escribiré... exactamente como lo vi, en caracteres antiguos.

–Oh, gracias –repuso la niña–. Iré a buscar mi álbum ahora mismo y te lo llevaré a la sala, tío. Espero encontrarte allí.

–Allí estaré, querida, allí estaré –repuso el anciano.

De manera que Diana le llevó su álbum, y él fue trazando los caracteres antiguos hasta formar el antiguo proverbio que leyera una vez.

–¡Aquí tienes! –le dijo–. ¿Puedes leerlo?

–Cuando ruja la tormenta, apresúrate a buscar cobijo –leyó Diana con dificultad debido a la forma de las letras.

–Es bonito, ¿verdad? –dijo el anciano–. Ahora no tenemos refranes como éste.

–Pues claro que sí –replicó Diana–. ¿No sabes?...: “Cuando veas las barbas de tu

vecino rapar..., pon las tuyas a remojar.”

–¡Ah! –exclamó tío Roberto, sorprendido–. No lo había oído. Es muy típico de estos tiempos..., impertinente, querida, impertinente; en cambio, el otro tiene belleza.

–Tío Roberto, tú entiendes muchísimo de cosas antiguas, ¿no es cierto?

–Sí, querida. Siempre he tenido gran interés por descubrir el pasado, tendiendo mis redes por todas partes, para ver lo que sacaba –replicó el anciano.

–Debes haber encontrado cosas maravillosas, ¿no? –continuó Diana.

–Bueno..., a ti probablemente no te lo parecerían, puesto que ya sabes que sólo me interesan realmente los escritos antiguos..., en particular cartas que puedan darme una idea de los tiempos en que fueron escritas.

–Supongo que conocerás todas las colecciones del país –dijo Diana con admiración.

Tío Roberto sintióse halagado por el interés de Diana.

–No, no –dijo–. Conozco las más famosas, desde luego... y muchas de las pequeñas..., ¡pero no todas, querida, no todas!

–¿Hay colecciones interesantes por aquí cerca, tío? –preguntó Diana llegando con facilidad a la pregunta que más le importaba. ¡Estaba satisfecha de sí misma!–. Por ejemplo, ¿hay alguna cerca de Rilloby?

–Déjame pensar... –replicó su tío, reflexionando–. Pues..., está la del Castillo de Marloes, desde luego..., pero es una colección muy pequeña. Lord Marloes se interesaba más por los animales y pájaros que por los documentos antiguos. He oído decir que posee una buena colección de ellos... y comenzó a disecarlos desde niño.

–¿Y los documentos son muy valiosos... muy valiosos? –quiso saber Diana.

–Sí..., sí, supongo que sí –repuso el anciano–. Sé que algunos americanos quisieron adquirirlos el año pasado, según me dijo Marloes, aunque no quiso venderlos. Todo son cartas familiares y documentos históricos que hacen referencia a su propia hacienda... y nunca consentiría en separarse de ellos. ¡Ni tampoco de sus animales disecados! Ahora... me pregunto..., creo que podría ponerme en contacto con él en la ciudad..., ¿os gustaría ir a ver esa colección de animales si puedo conseguir un permiso?

–Oh, sí, tío, por favor –exclamó Diana entusiasmada. Aquello sí que era una suerte. Podrían echar un vistazo a las colecciones y ver la distribución del terreno... y si luego tenía lugar un robo podrían representarse las habitaciones y todo.

–Bien, telefonearé a Marloes para ver si ha regresado a la ciudad –dijo tío Roberto–. Yo mismo os llevaré hasta el antiguo castillo, y vosotros podréis contemplar los animales disecados, y yo echar otro vistazo a los documentos. Será un día de fiesta, ¿no te parece, querida?

–Oh, sí –repuso Diana–. Muchísimas gracias, tío Roberto. Nos gustará mucho.

–¡Dios mío, mira la hora que es! –exclamó el anciano levantándose

apresuradamente—. Voy a perder el tren.

Y se marchó, mientras Diana cerraba su álbum con aire ausente. Estaba pensando que lo había hecho muy bien. Había descubierto dónde estaban los documentos de valor... en el Castillo Marloes... y era probable que tío Roberto les llevara, a ella y a los niños, a verlos... y así podrían realizar una buena inspección del lugar. ¡Estupendo!

Se fue en busca de su hermano.

—¡Roger! ¡Roger! ¿Dónde estás? De prisa, tengo buenas noticias.

La señora Lynton la oyó gritar y luego la vio charlando animadamente con Roger, y preguntóse cuáles podrían ser las buenas noticias. ¡Qué sorprendida hubiera quedado de saberlo!



Capítulo XIV - A la feria otra vez

Chatín regresó con todos los encargos que le hiciera la cocinera, quien le dijo sonriéndole:

–Hay dos merengues para cada uno de vosotros, y sobra uno. Le he dicho a tu tía que lo he hecho especialmente para ti. De manera que puedes comerte tres.

–¡Imponente! –exclamó el niño satisfecho–. Vaya, este rodillo pesa muchísimo. Lo pensaré mejor antes de ofrecerme a ir a recoger ningún otro.

–Oh, no volveré a necesitarlo en varios años –repuso la cocinera–. “Ciclón”, sal de la despensa. En cuanto dejo esa puerta abierta, aunque sea sólo un segundo, ya está ahí ese perro.

–¡“Ciclón”! –gritó Chatín y el perro salió apresuradamente. ¡Oh, los aromas que se respiraban en la despensa! Era un lugar mucho mejor que la madriguera más perfumada.

Roger y Diana fueron a comunicar a Chatín las noticias del Castillo Marloes.

–¡Troncho! –exclamó excitado–. Qué suerte. Eres muy lista. Diana, mira que haber conseguido todo eso. ¿Cómo te las compusiste?

–Fue muy sencillo –repuso la niña–. Tío Roberto se iba tragando cuanto yo le decía.

–Ya os dije que se lo cree todo –dijo Chatín–. Ahora comprenderéis por qué se tragó mi cuento de la banda Manos Verdes.

–Bueno, si de verdad nos consigue un permiso para ver la colección, y luego tiene lugar un robo, podremos saber exactamente cómo se llevó a cabo –continuó Roger–. Haremos un plano de las habitaciones donde estén los animales disecados... o por lo menos donde estén los documentos. Al ladrón no le interesan los animales disecados.

Disfrutaron de una espléndida comida y de los merengues de la cocinera. ¡Ojalá hubieran habido muchos, muchos más!

–¿No podrías ir a buscar los encargos de la cocinera cada mañana? –le preguntó Diana a Chatín.

–No –repuso su primo con decisión–. Si quieres volver a comer merengues tendrás que ir tú. Yo ya hice lo mío. Mi bicicleta casi se rompe con todo el peso que tuvo que soportar, y el pobre “Ciclón” ha tenido que volver corriendo. No pude llevarlo en el cajón, pues estaba llena de zapatos y cosas.

–¿Vais a ir a ver a Nabé? –les dijo la señora Lynton después de comer–. Si es así, ¿queréis llevarle esta camisa? Es demasiado pequeña para vuestro padre, y a él ha de irle muy bien.

–Sí, mamá. Se pondrá muy contento –repuso Roger–. Ahora nos íbamos. La cocinera nos está preparando la merienda. Será una delicia para ti pasar una tarde sin nosotros, y sin tío Roberto, ¿verdad?

–¡Oh, tío Roberto no molesta! –replicó su madre–. Después de todo, cierra las puertas, se limpia los pies en el felpudo, estornuda tapándose con el pañuelo, y...

–¡Mamá! ¡No seas así! –exclamó Diana–. Es sólo “Ciclón” quien estornuda sin taparse con el pañuelo. Mamá, ¿podemos llevar limonada para nosotros y Nabé?

Al fin se marcharon y la señora Lynton sentóse en el sofá con un suspiro de alivio. ¡Ahora podría leer con tranquilidad!

Llegaron a la feria cuando ya habían abierto y la voz de los altavoces les llegó desde lejos. Nabé ya les esperaba y al verles, les saludó con la mano. Jun-un hizo lo mismo y también el chico del tio vivo. Ahora que todos sabían que eran amigos de Nabé siempre eran bien recibidos, tuvieran o no dinero para gastar.

Entonces no había nadie en el puesto de tiro de anillas. “Hurly” y “Burly” estaban dando su exhibición en la tienda de Vosta y gran parte de la gente había ido a verles.

Así, pues, pudieron contar a su amigo todo lo referente al Castillo Marloes.

–Magnífico –sonrió Nabé–. Yo, en cambio, no tengo ninguna noticia que comunicaros. He estado vigilando a Tonnerre, pero no ha hecho nada sospechoso. Y lo único que he podido averiguar es que mañana nos trasladamos a Rilloby.

–He visto los anuncios esta mañana –dijo Chatín–. Los hay por todas partes

anunciando la feria en Rilloby.

–Cuando estemos allí os será más fácil venir a verme –dijo Nabé–. No estaré tan lejos de vuestra casa.

–¿Dónde está “Miranda”? –preguntó Chatín, echando de menos a la monita.

–Ha ido a ver a “Hurly” y “Burly” –replicó Nabé–. Ya sabes que la quieren mucho. La cogen como si fuera un bebé..., sobre todo “Burly”, que es tan aficionado a los animales de juguete.

–¿No podríamos ir a verlos ahora? –le preguntó Diana–. ¿Ya habrán terminado?

–Casi –replicó Nabé–. Os acompañaré hasta allí. No es probable que venga nadie al tiro de anillas hasta que termine la actuación de los chimpancés. Tened cuidado con la vieja Ma. Hoy está de muy mal humor. Incluso Tonnerre procura no acercarse a ella.

Vigilaron para no tropezar con la vieja Ma, pero no la vieron por parte alguna, pero la oyeron gritar en su carromato. Jun-un les vio pasar y les guiñó un ojo que significaba atención.

–Tendré que ir pronto a darle una azotaina a la vieja Ma –sonrió–. ¡Se está pasando de la raya!

Nabé les llevó hasta la tienda de Vosta, e hizo una seña al encargado para que les dejara entrar. “Hurly” y “Burly” estaban terminando su actuación. “Burly” montaba una bicicleta fabricada especialmente para él, y “Hurly” de pie sobre el manillar, iba dando saltos mortales mientras la bicicleta daba vueltas y vueltas alrededor de la pequeña pista de hierba y cada vez caía limpiamente sobre la barra del manillar.

–Son muy buenos, ¿verdad? –dijo Nabé con gran admiración.

“Hurly” dio el último salto mortal aterrizando sobre la cabeza de “Burly” que se apeó de la bicicleta para saludar al público, haciendo caer a “Hurly”. Todos rieron y aplaudieron, y “Burly” corrió hacia Vosta abrazándole con sus brazos peludos mientras éste le premiaba con una manzana de gran tamaño.

Los dos chimpancés iban vestidos como dos niños gemelos, y su aspecto resultaba muy cómico. Llevaban pantalones cortos de color rojo, jerseys a rayas y pequeños gorritos marineros.

“Hurly” se excitó en gran manera al oír los aplausos y empezó a dar saltos mortales a una velocidad aterradora por toda la pista, mientras lanzaba gritos muy especiales. Luego comenzó a caminar sobre sus cuatro patas.

Y algo aterrizó sobre su espalda. Era “Miranda” que aprovechaba la oportunidad de dar un paseo a caballo. “Burly” la cogió por encima de la espalda de “Hurly” y empezó a mecerla en sus brazos, como si la arrullara.

–¡Señoras y caballeros, la función ha terminado! –gritó Vosta viendo que nadie se movía. ¡Nadie quería marcharse porque los chimpancés y “Miranda” resultaban tan divertidos!

Pero la tienda se vació al fin, y Vosta acercóse a los niños llevando consigo a “Miranda”. Él también la quería mucho, y ella se entretenía en deshacerle la corbata, parloteando sin parar.

–Hola, pequeños –les dijo Vosta–. ¿Qué os parecen mis chimpancés?

–Son unos chams... unos completos “champeones” –le replicó Chatín, haciendo uno de sus chistes malos.

–Y tú un “cha...tín...” el campeón de los chatos –dijo Roger, continuando la broma–. Oiga, señor Vosta, ¿cómo les ha enseñado a montar en bicicleta?

–No tuve que enseñarles –replicó éste–. Un día me vieron montar a mí y cuando me bajé de la bicicleta, “Hurly” se montó en ella y echó a correr, y luego “Burly” hizo lo mismo. ¿Os gustaría venir a merendar con nosotros esta tarde?

–Oh, sí –dijeron los tres. Diana se volvió a Nabé–: ¿Y tú qué dices? ¿Podrás?

–Sí. Haré que Jun-un me ayude otra vez. Bueno, ahora debo volver a mi puesto, Chatín, ¿vas a montar en el tiovivo? No pidas a Jimmy que lo haga correr demasiado de prisa, o vas a tener jaleo. Me he dado cuenta de que Tonnerre no te quita ojo.

Tonnerre estaba con sus elefantes, mirando a los tres niños y “Ciclón”, y les gritó con su enorme vozarrón:

–Venid a pasear en mis magníficos elefantes.

–Prefiero el tiovivo –dijo Chatín–. No me zarandea tanto como los elefantes. Vamos, “Ciclón”.

Pasaron una agradable tarde, visitaron todos los puestos. Vieron al prestidigitador, contemplaron cómo “Miranda” recogía las anillas en la barraca de Nabé, luego fueron a las de pesca y al tiro de pelotas para ganar premios.

Diana fue la única que consiguió tirar las tres latas y ganó un premio, cosa que la satisfizo en gran manera. El muchacho encargado de la barraca le mostró un montón de premios.

–Escoja el que prefiera, señorita. Es estupendo que una niña gane a sus hermanos. ¡Quién lo hubiera imaginado!

Eso hizo que Roger y Chatín pagaran inmediatamente para tirar algunas pelotas más, por supuesto, que era lo que se proponía el muchacho, que guiñó pícaramente un ojo a Diana.

–Todavía no son tan buenos como usted, ¿lo ve, señorita? Sólo han conseguido tirar una lata entre los dos. Son muy malos tiradores, ¿no le parece?

Diana miró el montón de premios y escogió un perrito de juguete, ante la sorpresa del muchacho y las burlas de su hermano.

–¡Eres un bebé! ¡Mira que escoger eso! ¿Por qué no te quedabas aquel jarrita azul?

–Lo he escogido a propósito –replicó Diana–. ¡Espera y verás!

–Es una lástima que no haya nada apropiado para “Ciclón” –dijo Chatín–.

Apuesto cualquier cosa a que ganaría.

–Sí, ganaría un concurso de escarbar madrigueras –exclamó Roger–. Nunca vi a un perro que escarbara tan de prisa como él.

–¡Ni con tan poco resultado! –dijo Diana–. No puedo imaginar lo que haría un día si llegara a encontrar un conejo dentro de una madriguera. ¡Probablemente salir corriendo!

–Guau –ladró “Ciclón”, sabiendo que hablaba de él, y su amo acarició su cabeza sedosa.

–Están diciendo cosas horribles de ti –le dijo–. Pero no te importe. ¡Eres el mejor perro del mundo! Un super-perro, una verdadera maravilla.

–El señor Vosta nos está llamando –dijo Diana–. Dice que ya es hora de merendar. Saquemos las cosas de las cestas de la “bici”, Roger..., nos las repartiremos. Iré a decir a Nabé que venga ahora, si puede.

Todos fueron al carromato de Vosta, en cuyo interior había una mesa servida con una merienda espléndida... ¡y sentados a ella “Hurly” y “Burly” con sendos baberos!

–¡Levantaros y saludar! –les ordenó Vosta, y los dos chimpancés se pusieron en pie para inclinarse cortésmente.

–¡Esto va a ser muy divertido! –exclamó Diana... y estaba en lo cierto.



Capítulo XV - Una tarde divertida... y un final inesperado

Fue una merienda regocijante, ya que “Miranda” y “Ciclón” asistieron también. “Miranda” se comportó pésimamente..., como una niña malcriada, echando mano a esto y a lo otro, quitando lo que le apetecía del plato de “Burly”, e importunando a “Ciclón” con el mayor descaro.

–¡“Miranda”! Si no te portas como es debido, haré que Tonnerre se las entienda contigo –le dijo Nabé severamente.

–Oh, déjala hacer lo que quiera –suplicó Chatín encantado–. Así resulta divertidísima. Mira..., ahora está quitando todas las guindas del pastel.

“Hurly” alargó uno de sus brazos peludos para pegar a “Miranda”. ¡A él también le gustaban las guindas! “Miranda” empezó a lanzar gritos como si llorase, y “Burly” la tomó en sus brazos acunándola junto a un jersey rayado, mientras “Hurly” le tiraba del rabo que estaba tendido encima de su plato.

“Burly” entonces pegó a “Hurly”, Vosta tuvo que intervenir descargando su puño con fuerza sobre la mesa.

–¡Reportaros! ¿Es que no sabéis cómo hay que conducirse cuando hay visitas?

Los chimpancés le miraron avergonzados, y “Hurly” quitóse el gorrito de marinero para ocultar su rostro tras él. Los niños se desternillaron de risa.

La merienda fue espléndida..., algo original, pero muy apetitosa.

–Es la clase de merienda que me gusta –dijo Chatín, complacido–. Carne en conserva, pan con mantequilla, melocotón en almíbar, crema, pastel de guindas, galletas, bocadillos de tomate y tartas de mermelada.

–Y también hay jamón, si te apetece –le dijo Vosta, invitándole.

Y Chatín aceptó. Era sorprendente su capacidad cuando le gustaba una cosa. Los otros hicieron cuanto pudieron, pero les ganó o todos. Vosta sonreía al verle devorar los alimentos. Chatín le era muy simpático y le gustaba su perro “Ciclón”.

“Ciclón” tenía la cabeza encima de los pies de Vosta, y Chatín estaba celoso. ¡Su perro no solía encariñarse tan pronto con nadie!

–Vosta es un mago para los animales –le dijo Nabé–. Y maneja mejor los elefantes de Tonnerre que el propio Tonnerre.

–¡Oh, Tonnerre! ¡Brrrrr! –exclamó Vosta inopinadamente–. He trabajado para él todos estos años, y todavía me grita. ¡B-r-r-r-r!

“Burly” le imitó.

–¡B-r-r-r-r! –Y luego se agachó para mirar debajo de la mesa. “Ciclón” estaba cerca de él todavía con la cabeza encima de los pies de Vosta y el chimpancé empezó a llamarle produciendo unos ruidos muy peculiares, hasta que el perro le miró asombrado.

De pronto, “Burly” desapareció debajo de la mesa y cogió en sus brazos al sorprendido “Ciclón”, tratando de levantarlo. Él se debatía y ladraba, pero no le mordió, hasta que al fin su amo tuvo que rescatarle.

–No pasa nada –dijo Nabé–. Es que a “Burly” le vuelven loco los monos, los perros y los gatos..., creo que tiene complejo de niñera... y quiere mecerlos a todos. Vosta, enseñenos su colección de animales de juguete.

Vosta abrió el armario en cuyo interior había un buen número de animales de juguete..., un oso de felpa, un monito diminuto, dos gatos color de rosa, un ratón, y algunos otros. “Burly” los fue cogiendo y colocando sobre la mesa sin dejar de observar a su alrededor por si acaso alguien quería quitárselos, pero nadie lo intentó siquiera. Eran sus juguetes un tesoro para él y contemplaron cómo los ordenaba a su gusto.

Entonces “Miranda”, apoderándose del oso de felpa, se subió con él hasta el techo del carromato, sentándose junto a la chimenea. “Burly” se dispuso a perseguirla, gruñendo con aire siniestro, pero Vosta se lo impidió.

–Basta ya. He sido un tonto en dejarle sacar sus juguetes estando aquí “Miranda”. Nabé, ¿no podrías recuperar el oso antes de que se arme jaleo?

Nabé salió del carromato y llamó severamente a “Miranda”, que continuaba asida a la chimenea con su faldita y chaqueta que le daba un aspecto tan cómico.

“Burly” lanzó un gruñido triste y Diana, recordando que había llevado una cosa para él, buscó en sus bolsillos hasta encontrar el perrito de juguete que le dieron como premio en el tiro de pelotas, y se lo dio a “Burly”.

El chimpancé la miró sorprendido y tomando el juguete lo puso encima de la mesa sin soltarlo y lo acarició con su pata izquierda, canturreando. ¡Era un chimpancé muy extraño!

Se olvidó del oso que “Miranda” se había llevado, dedicando toda su atención al perrito de juguete.

–Le ha entusiasmado –dijo Vosta–. Ha sido usted muy amable, señorita Diana. Ahora ya se ha olvidado del oso. Menos mal. Por un momento pensé que iba a ponerse desagradable.

“Burly” cogió en brazos al perrito de juguete y mirando a Vosta comenzó a lanzar grititos como si estuviera hablando, y su amo le comprendió.

–Sí, es tuyo, “Burly” –le dijo–. Tuyo. Puedes guardarlo con tus otros juguetes.

“Burly” los recogió todos, volviéndolos a meter en el armario en el momento en que entraba Nabé con el oso de felpa. “Burly” lo cogió para guardarlo también, y luego puso el perrito de juguete en el centro.

Vosta cerró el armario, acariciándole la cabeza afectuosamente.

–Eres muy extraño, ¿no te parece? ¿Verdad que esta niña es muy simpática por haberte traído un regalo así?

“Burly” comprendió y yendo hasta donde estaba Diana le puso una pata sobre su brazo, produciendo un ruido muy curioso.

–Le está dando las gracias –dijo Vosta–. Y ahora miren al pobre “Hurly”..., ¡se siente relegado a segundo término!

“Hurly” tenía ambas manos extendidas como diciendo:

–¿Y yo? ¿No hay nada para mí?

–Le he traído unos caramelos –dijo Chatín, recordándolo de pronto, y buscando en sus bolsillos. Roger empezó a buscar también en los suyos.

–Yo le traje un poco de chocolate –repuso.

Pero ninguno de los dos encontró ni los caramelos ni el chocolate, cosa que les extrañó sobremanera.

–¡Los he perdido! –exclamó Chatín–. ¡Qué lástima!

Nabé exhibió una amplia sonrisa.

–Me parece que el señor Vosta podrá encontrarlos. ¡Fijaos!

Vosta habló severamente al chimpancé.

–¡“Hurly”! Vuélvete los bolsillos. Vamos..., ya has oído lo que he dicho..., ¡los bolsillos!

“Hurly” se puso en pie produciendo unos ruidos semejantes a sollozos y tirando de sus bolsillos. Vosta introdujo su mano en ellos, sacando una bolsa de caramelos y una barra de chocolate.

–Es un ladronzuelo cuando se trata de dulces –dijo Vosta–. No le riñáis. Es sólo un chimpancé y no sabe distinguir lo bueno de lo malo cuando se trata de honradez. ¡Eres muy malo, “Hurly”! ¡Muy malo!

“Hurly” se quitó el gorrito escondiendo de nuevo su rostro tras él, pero miró por encima a Vosta con ojos brillantes.

–Devuélvase los, señor Vosta –dijo Chatín–. Es una monada. Los dos lo son. Diantre, ojalá tuviera un par de chimpancés como éstos. Es lo primero que voy a comprar cuando sea mayor.

–Sería divertido ver tres chimpancés paseando juntos por la carretera –dijo Vosta con aire solemne, y se echó a reír al ver la expresión indignada de Chatín.

–Hola... Tonnerre se lleva sus elefantes a alguna parte –dijo Nabé, cuando terminaron de merendar y la gente menuda bajaba del carromato para salir al campo.

–Probablemente los llevará a Rilloby –repuso Vosta–. Ahí es donde vamos mañana, y algunas veces se lleva los elefantes el día anterior de que nos marchemos, ya que andan tan despacio.

Chatín se puso alerta. Si Tonnerre se había marchado, sería una buena idea inspeccionar su carromato..., por la ventana o por el agujero de la cerradura..., para ver si había alguna caja de caudales en cuyo interior pudiera guardar los valiosos documentos.

No dijo nada a los otros, pues quería ir solo..., aparte de que tres o cuatro niños llamarían la atención si se acercaban al carromato. Esperó a que Roger y Diana hubieran montado de nuevo en el tiovivo, y luego dirigióse al gran carromato de Tonnerre.

“Ciclón” fue con él intrigado por los repentinos “chiss” y “siseos” que le dirigía su amo de repente, pero contento de acompañarle. Le gustaba la feria. Estaba llena de aromas sorprendentes, y animales extraños, aunque no le agradaron mucho la pareja de perros mastines y procuraba no acercarse a ellos.

Chatín llegó al carromato de Tonnerre. No había nadie por allí, y lo estuvo examinando por debajo, donde había toda clase de cosas al igual que en los otros carros. La parte inferior la consideraban un lugar apropiado para poner toda suerte de objetos que no se necesitaran durante algún tiempo.

Se subió encima de una rueda para atisbar por una ventana, pero la cortina estaba echada y no pudo ver nada. Fue al otro lado del carromato. Ah..., allí no había cortina y se veía muy bien el interior.

Chatín estuvo observándolo todo con suma atención. En realidad era un carromato como cualquier otro..., una litera por cama..., una mesa plegable..., una

estufa en un rincón para calentarse..., una silla y un taburete.

Pero, ¿qué era lo que había dejado de la litera? Chatín distinguió algo que sobresalía un poco y que parecía una caja negra... muy grande.

¿Estarían allí los preciosos documentos? Cuanto más miraba la caja, más se convencía de que estaba llena de papeles robados.

Decidió acercarse a la puerta para ver si estaba abierta, pero no era así, naturalmente. Estaba cerrada con llave y Chatín inclinóse para mirar a través del agujero de la cerradura para ver si conseguía otra perspectiva de la gran arca negra.

¡Y en aquel preciso momento ocurrieron tres cosas! “Ciclón” lanzó un aullido terrible. Alguien gritó de tal manera que casi deja sordo a Chatín... en el instante en que una mano descendía con fuerza terrible sobre una parte muy delicada de su cuerpo.

Chatín lanzó un grito y se cayó por los escalones del carromato. “Ciclón” aulló también cuando la mano le propinó un golpe a él también, y su amo pudo ver la gigantesca figura que se disponía a pegarle de nuevo, y poniéndose en pie, echó a correr a toda prisa.

Un enorme vozarrón grita a sus espaldas:

–¡Tú! ¡Ven aquí! ¡Ya te enseñaré yo a fisgonear! ¡Vaya si te enseñaré!

Era Tonnerre que sólo había llevado a sus elefantes a dar un corto paseo... y al regresar sorprendió a Chatín.

Corrió detrás del niño y su perro gritando desaforadamente, y todos tuvieron que enterarse. Roger y Diana vieron pasar a su primo como si fuera una bala, con “Ciclón” pegado a sus talones, y detrás de ellos a Tonnerre, gritando con su vozarrón de trueno.

–Troncho..., será mejor que nos marchemos –dijo Roger–. Vamos, Diana..., demos la vuelta a esta barraca y así podremos pasar por detrás de los carromatos y llegar hasta la empalizada. ¿Qué es lo que habrá hecho ese tonto de Chatín? Mañana te veremos en Rilloby, Nabé..., por lo menos ¡eso espero!



Capítulo XVI - Una mañana en el castillo

Chatín lo pasó mal aquella noche.

–¡Siempre has de enredar las cosas! ¡Mira que hacer enfadar a Tonnerre! ¡Incluso tal vez le hayas puesto sobre aviso! –le reprochó Roger durante el camino de regreso–. ¿Para qué fuiste a fisgonear en su carromato?

–Es precisamente una tontería muy propia de Chatín –continuó Diana–. Armar un escándalo. No me siento con ánimo de volver más a la feria.

–Oh, cállate –replicó Chatín enfadado con sus primos y consigo mismo–. Siempre os estáis metiendo conmigo. Os digo que creí que Tonnerre se había ido a Rilloby con sus elefantes. Y de todas maneras, no estaba haciendo nada malo.

–¡Malo! ¡Si no haces nada a derechas! –exclamó Roger–. Primero con tu estúpida invención de la banda Manos Verdes, luego hablando de la posibilidad de que se cometiera un robo en Ricklesham, y ahora yendo a curiosear al carromato de Tonnerre.

Se hizo un silencio mientras los tres avanzaban en sus bicicletas por la carretera.

Chatín estaba realmente disgustado por todo lo ocurrido.

–Salió gritando como si fuera un trueno –dijo al fin–. Y además me dio un golpe terrible.

–No lo bastante terrible –repuso Roger en el acto, y Chatín no le contestó tratando de buscar paz. ¡Mejor era dejar las cosas como estaban! Aún le quedaba “Ciclón”, que nunca le reñía ni pensaba mal de él. Nunca.

Tío Roberto aún no había regresado de la ciudad cuando llegaron a su casa. Y Chatín se alegró, así no tendría que ir esquivándole toda la noche. Cenaron con sus padres y luego Chatín salió solo con su perro. Sus primos seguían enfadados con él.

Tío Roberto llegó cerca de las nueve y media cuando Chatín ya se había retirado a descansar y Roger y Diana estaban a punto de hacerlo.

–¿Pasaste un buen día, tío Roberto? –le preguntó la señora Lynton quitándole el abrigo y la bufanda.

–Sí. Muy interesante, querida, muy interesante –replicó el anciano–. Tengo buenas noticias para los niños. ¿Dónde están?

Estaban en la sala de estar recogiendo sus cosas.

–Bueno, hijos míos –les dijo su tío-abuelo con una sonrisa–. He conseguido ponerme en contacto con lord Marloes esta mañana, y me ha dado permiso para llevaros a su castillo... y ver su colección de documentos raros y animales disecados. De manera que si queréis podemos ir mañana.

–¡Oh, gracias, tío Roberto! ¡Qué estupendo! –exclamó Diana, y Roger también sonrió. Ahora echarían un vistazo antes de que ocurriera el robo..., ¡si es que llegaba a tener lugar!

–Pensé que os alegraría –dijo tío Roberto–. Yo también me alegro. Hace años que no he visto esa colección y así refrescaré mi memoria.

La señora Lynton estaba sorprendida y acompañó a Diana y Roger cuando abandonaron la estancia para ir a acostarse.

–¿De verdad queréis ir a ver todos esos papeles tan aburridos? –les preguntó–. Porque sé que vais a encontrarlos muy aburridos... y el bueno de tío Roberto se pone un poco pesado cuando empieza a explicarlos. Yo lo recuerdo porque muchas veces me llevaba con él cuando era pequeña.

–No te preocupes, mamá..., nos encantará –le aseguró Diana–. En realidad, lo que queremos ver son los animales disecados. Hay una buena colección en ese castillo.

–Oh, bueno..., id si queréis –repuso su madre–. Vuestro tío estará contentísimo.

¡Y vaya si lo estuvo! Salieron con él a las diez de la mañana siguiente, en un coche especialmente alquilado para esta ocasión. Estaba tan satisfecho con aquella expedición que olvidó por completo que por espacio de dos días había deseado hablar con Chatín de algo importante.

A “Ciclón” no le dejaron acompañarles.

–Lo siento, pero en el castillo no se permite la entrada a los perros –dijo el anciano resuelto a no llevarle bajo ninguna excusa. “Ciclón” en cuanto veía al buen señor, se sentaba en el suelo para rascarse violentamente... y tío Roberto no iría a permitirle que se rascara en el automóvil.

Llegaron al castillo que en realidad no era muy grande, sino más bien una gran mansión. Las enormes puertas de hierro de la entrada les fueron abiertas por el guardián, que salió de una casita cercana.

–Su pase, por favor, señor –le dijo, y tío Roberto se lo entregó.

–Está bien, señor –exclamó el hombre–. ¡Esta mañana tenemos mucho trabajo! Éste es el tercer pase que compruebo. Bueno, tenemos un museo muy interesante, señor..., no se olvide de contemplar el tejón albino. ¡Yo mismo lo cogí! Su señoría se alegró mucho.

–Lo miraremos, buen hombre –dijo tío Roberto, y el automóvil fue a detenerse ante la gran puerta principal, que abrió un mayordomo al que en seguida mostraron también el pase.

–Por aquí, señor –dijo el mayordomo con una voz tan pomposa como la de tío Roberto. Chatín dio un codazo a Diana y ella sonrió, adivinando lo que pensaba su primo.

Les hizo atravesar un vestíbulo de suelo de piedra, y subir un tramo de escalones de mármol que formaban una curva magnífica hasta llegar al piso superior.

Subieron otro piso más y el mayordomo les condujo hasta una pequeña ala, construida aparte del cuerpo principal de la casa, donde abrió una gran puerta de madera que estaba cerrada con llave y que daba a un pasillo de piedra, muy oscuro. En su otro extremo había otra puerta igualmente cerrada con llave.

Ésta daba a una gran habitación cuyas paredes estaban cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo.

Continuaron avanzando y al otro lado de aquella estancia había una puerta pequeña, pero maciza, que se abría con dos llaves distintas.

–Lo tienen ustedes muy bien cerrado –comentó Roger–. Dos puertas cerradas, y ahora una tercera con cerradura doble. ¡No deben querer que entre ningún ladrón!

–No, señor –replicó el mayordomo–. Su señoría tiene en gran estima su colección. Aquí encontrarán los animales disecados, señor, y más allá en esos estantes, están los documentos. Antes de marcharse, tendré que rogarles que esperen, mientras el señor Johns, el guardián, comprueba si falta algo de la colección. Tenemos que hacerlo así, señor, ya que de otra manera sería muy fácil para cualquiera llevarse algo de valor en los bolsillos.. ¡Hay tanta gente poco honrada en estos tiempos!

–No se preocupe –dijo tío Roberto–. Compruebe todo lo que quiera. Es agradable ver que tratan con tantas precauciones esta valiosa colección. Han habido muchos robos últimamente.

–Sí, señor –replicó el mayordomo encerrándoles dentro de aquella habitación.

–¡Nos han encerrado! –exclamó Diana un tanto alarmada.

–Es lo corriente –le dijo su tío-abuelo–. Es sólo una medida de precaución muy razonable. Cuando queramos marcharnos hemos de hacer sonar ese timbre. Hola... aquí hay alguien más.

Había dos personas... un anciano tan encorvado que casi era imposible verle el rostro, y otro hombre más joven, con barba y cejas muy pobladas. Además, llevaba bigote y daba la impresión de ser muy peludo.

–¡Tiene vello hasta en las orejas! –susurró Chatín al oído de su prima–. ¡Parecen cejas!

–¡Chiss! Va a oírte –le dijo Diana enfadada, ya que los susurros de Chatín eran casi siempre audibles.

Los dos hombres se hallaban examinando varios papeles que se exhibían en los estantes con sus respectivas etiquetas, y el de la barba volvióse a mirar a los recién llegados y luego perdió todo interés por ellos, y mientras los niños recorrían aquella estancia él iba volviendo las páginas de un manuscrito con sumo cuidado.

–Diana, tú ve a escuchar a tío Roberto mientras nosotros echamos un vistazo –susurró Roger–. Haré un plano rudimentario de esta habitación... ¡por si acaso!

Diana acercóse a su tío-abuelo y empezó a hacerle preguntas dando ocasión a que le diera extensas explicaciones de los manuscritos. Diana estaba muy fastidiada y apenas entendía ni una palabra. Se volvió para mirar a los niños que lo estaban recorriendo todo sin perder detalle. Los animales disecados no les entusiasmaron mucho, ya que tenían un aspecto sarnoso, y algunos estaban apolillados.

El tejón blanco estaba allí, pero terriblemente sucio. Había dos zorras con una serie de lobeznos, todos disecados y con un aspecto muy poco natural, y una mofeta con un solo ojo. Al parecer el otro se le había caído tiempo atrás y nadie se molestó en remplazarla. Había también dos ardillas rojas ante lo que pretendía ser un nido, y por el que otra ardilla pequeñita asomaba una cabeza casi del todo devorada por la polilla.

–No creo que valgan gran cosa –dijo Chatín con disgusto–. Deben ser animales que lord Marloes disecó cuando era niño, y de los que se siente tan orgulloso que no quiere desprenderse de ellos, pero son horribles.

–¿Qué está haciendo ese individuo? –susurró Roger de pronto dando un codazo a su primo que miró al hombre de la barba. Éste había acercado un objeto a uno de los manuscritos y lo movía por toda la página.

–Es sólo una lupa, tonto –dijo Chatín–. He visto cómo tío Roberto la usaba muchas veces para mirar sus papeles antiguos. ¡No seas tan mal pensado!

Roger quedó algo confuso y se volvió para mirar al viejo encorvado. ¿Cómo era posible que hubiese alguien con tal joroba? Debía ser terrible. Incluso cuando se

dirigía de un estante a otro iba tan inclinado, que veíase obligado a mirar al suelo todo el tiempo.

Roger se alegró cuando aquellos hombres hicieron sonar el timbre para marcharse. El guardián, un hombre viejo de rostro surcado de arrugas entró, y luego de cerrar la puerta revisó rápidamente todos los estantes para asegurarse de que nada faltaba. ¡Pero ni siquiera miró los animales!

–Supongo que debe esperar que algún día roben esos horribles bichos comidos por la polilla –dijo Chatín mientras los dos hombres salían con el vigilante que volvió a cerrar la puerta de doble cerradura.

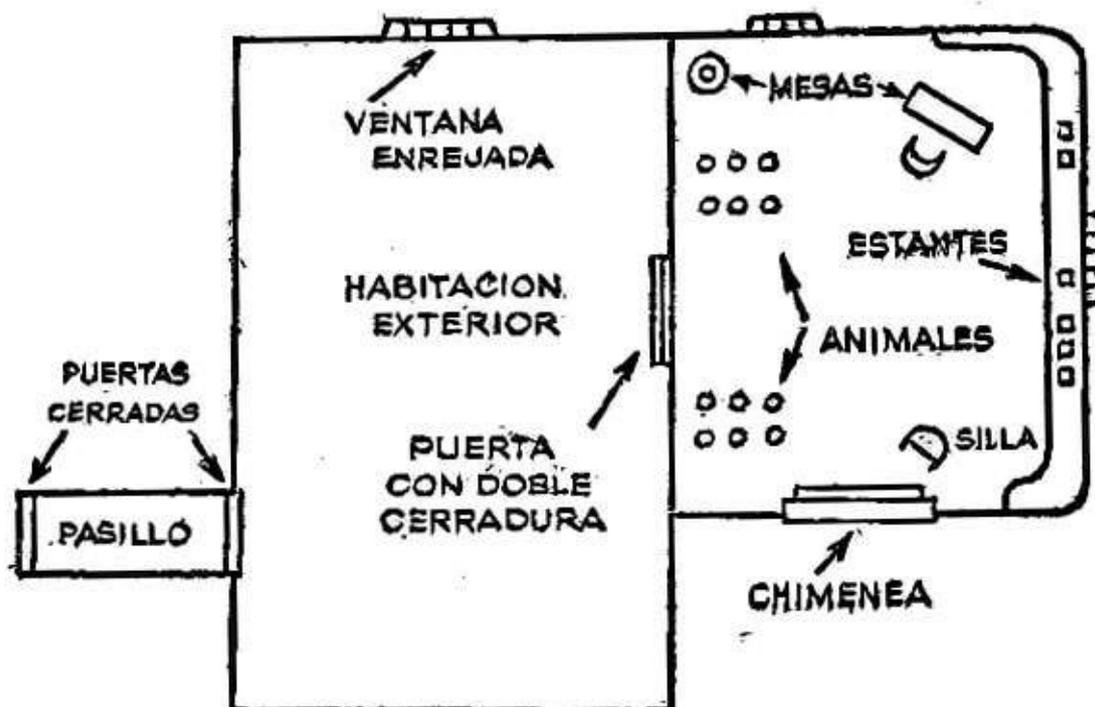
–Ahora voy a hacer un esquema de la habitación –le dijo Roger–. ¡Por si acaso!

–Y no te olvides de poner las dos puertas cerradas con llave que conducen hasta aquí –dijo Chatín viendo que Roger comenzaba a dibujar–. Oh, lo estás haciendo muy bien. ¿Qué son... eso ventanas?

–Sí. Están muy bien cerradas. ¿Te has fijado? –repuso su primo. Y además tienen barrotes por la parte de fuera. Nadie podría entrar por ahí.

Alzó la cabeza para ver si había algún tragaluz, pero no era así. Dibujó los estantes, y colocó unos puntos para indicar los lugares donde estaban los animales en el suelo. Señaló igualmente las sillas, el escritorio, y la chimenea, así como una mesita pequeña que tenía encima una planta.

Era realmente un buen dibujo; Roger sintióse muy satisfecho, y Chatín lo admiró de todo corazón.



Se volvieron a mirar a Diana que estaba bastante pálida después de haber pasado casi una hora de pie junto a tío Roberto escuchando aquella conferencia que no

entendía ni le gustaba.

–¡Pobrecita! –exclamó en voz baja–. Parece agotada. ¿Vamos a ocupar su puesto?

–No –replicó Chatín con firmeza–. Tú puedes ir si quieres, pero yo no voy. Me marearía.

–Bueno, pues maréate –repuso Roger–. Así tío Roberto nos sacará de aquí.

Chatín se fijó en un objeto que había encima de la chimenea. Era un reloj cuyas manecillas señalaban las once y media. Acercóse hasta él de puntillas y luego dé abrirlo, las corrió hasta que marcaron las doce y media. Roger no pudo contener una carcajada que disimuló estornudando.

–Eh... tío Roberto –dijo acercándosele al anciano–. No quisiera interrumpirte..., ¿pero no crees que ya es hora de marcharnos? El reloj que hay encima de la repisa de la chimenea señala las doce y media.

–¡Dios nos asista! ¡Cómo vuela el tiempo! –dijo el anciano sorprendido y haciendo sonar el timbre para que les abrieran–. ¡Es increíble! ¡Increíble!



Capítulo XVII - La feria se traslada a Rilloby

Regresaron a casa en el automóvil sin que tío Roberto dejara de hablar. Los niños le escucharon molestos y Roger deseaba poder mostrar su excelente dibujo a Diana.

–Muchísimas gracias, tío –le dijo Roger cortés–. Hemos pasado una mañana imponente.

–¿Una mañana qué? –preguntó el buen señor extrañado.

–Imponente... Estupenda. Super –explicó Chatín–. Muchísimas gracias.

–Lo celebro mucho, mucho –sonrió tío Roberto pensando que de pronto se habían convertido en unos niños muy interesantes. Tendría que llevarles a ver alguna otra colección–. Ahora será mejor que vayáis a asearos para la comida –les dijo–. Vaya... espero que vuestra madre no crea que os he traído demasiado tarde.

Considerando que eran sólo las doce menos diez, y no la una menos diez, como creía el pobre señor, la señora Lynton pensó que habían regresado muy temprano, y no tarde. Y en cuanto a tío Roberto, quedó asombrado al ver el tiempo que transcurría

de que sonara el gong anunciando la comida, sin poder comprenderlo.

Roger enseñó el plano a Diana.

–Ahora –le dijo–, si robaran ya tenemos el plano de todo el local, y puede resultar muy útil.

“Ciclón” se alegró tanto de volver a verles que tuvo uno de sus ataques de locura, corría y bajaba la escalera a toda velocidad, entrando y saliendo de todas las habitaciones y tirando las alfombras en todas direcciones. “Arenque” se llevó un susto de muerte y refugióse encima del gran reloj del abuelo, donde permaneció meneando el rabo como un péndulo, hasta que la locura de “Ciclón” se apaciguó.

Tío Roberto encerróse en su dormitorio al comprender que “Ciclón” sufría un ataque de locura. ¡Aquel perro! Cuando no ladraba, se rascaba, y cuando no se estaba rascando se volvía loco. Los únicos perros aceptables eran los disecados, pensó el anciano. ¡Por lo menos no tenían pulgas!

Los niños no fueron a ver a Nabé aquel día, en parte debido a que el señor Lynton estaba en casa y les dijo que salieran al jardín para ayudarle a podar unos árboles; y en parte a que sabiendo que la feria se trasladaba a Rilloby, pensaron que Nabé tendría demasiado trabajo para atenderles.

Chatín tenía, además, una tercera razón. Aún le dolía el azote que le diera Tonnerre, y consideraba más prudente darle algún tiempo para olvidar lo ocurrido. ¡En el futuro no pensaba volver a acercarse a Tonnerre!

Nabé fue a verles aquella noche con “Miranda” y esperó en el jardín o que saliera Roger y entonces silbó con todas sus fuerzas.

El niño se volvió.

–¿Eres tú, Nabé? ¡Qué bien! ¿Has cenado? Nosotros ya lo hicimos, pero podemos pedir a la cocinera que te dé algo.

–No me vendría nada mal un pedazo de pastel –repuso Nabé, que había comido muy poco aquel día con los trajines del traslado a Rilloby.

–Vamos por la puerta de atrás y le pediremos algo a la cocinera –propuso Roger, y al presentarse en la puerta de la cocina la buena mujer se llevó un gran sobresalto al ver a “Miranda”.

–¡Por todos los santos! ¡Pero si es un mono! ¡No os atreváis a meterlo en mi cocina! ¿A dónde vamos a parar?

Sin embargo, se calmó lo bastante como para preparar unos bocadillos para Nabé y cortarle un gran pedazo de tarta. El niño le acercó un bocadillo a “Miranda” para que cogiese un pedazo de tomate que había en el centro y se lo comiera.

–¡Ahora un mono! ¿Qué será lo que venga a continuación? –exclamó la buena mujer.

–Venga a la feria de Rilloby y verá un par de chimpancés –le dijo Roger–. Debería haberlos visto montados en bicicleta.

–Eso sí que no lo creo –repuso la buena mujer–. De acuerdo, iré... y si veo a los dos chimpancés montados en bicicleta... bueno, creo que me comeré mi sombrero de los domingos.

–Ande con cuidado... ahora tendrá que ir a la iglesia con su sombrero de los lunes... pues se habrá comido el de los días festivos –rió Roger.

Nabé no tenía ninguna noticia que comunicar, aparte de que se habían trasladado a Dolling Hill en Rilloby con toda felicidad y que Tonnerre parecía haber recobrado su buen humor y había estado lavando a sus dos elefantes.

–¡Lavarlos! ¿Cómo lo hace? –dijo Diana, que se había unido a ellos con su primo Chatín.

–Oh, coge una escalera de mano, una lata de aceite y un cepillo... engrasa todas sus arrugas con aceite y las restriega con el cepillo –explicó Nabé comiéndose los bocadillos a toda prisa–. Le encanta hacerlo. Es un trabajo que le pone de buen humor.

–Me dio un golpe terrible –dijo Chatín–. Apenas si puedo sentarme.

–Te está bien empleado –exclamó Diana–. Si siempre te dieran tu merecido nunca podrías sentarte.

–No me gusta lo que has dicho –replicó Chatín cuando lo hubo asimilado palabra por palabra.

–¿Cómo están “Hurly” y “Burly”? –preguntó Diana–. ¿No les incomodan los traslados?

–En absoluto –replicó Nabé dando a “Miranda” un pedacito de tarta–. Oh, eres una calamidad... ¡la has dejado caer por mi cogote!

–¿Qué... el pedazo de tarta? –inquirió Diana con simpatía–. Qué molesto.

Aquello trajo algo a la memoria de Roger.

–¿Te gustaría darte un baño? –le preguntó a Nabé–. Mamá dice que puedes bañarte cuando gustes.

Nabé vacilaba.

–Pues... sí que me gustaría si a ella no le importa. Hoy me he ensuciado mucho con el traslado, y parece que no consigo limpiarme con agua fría, que es cuanto puedo conseguir.

De manera que acompañaron a Nabé hasta el cuarto de baño donde estaba la gran bañera color crema. Diana le trajo una toalla del mismo color, amplia y esponjosa.

–¿Qué es esto? –le preguntó creyendo que sería una colcha o algo por el estilo, y quedó atónito al oír que era sólo una toalla. La suya, por lo general, consistía en un trapo viejo o un pañuelo. ¡Cómo disfrutó con aquel baño caliente! “Miranda”, sentada sobre el grifo le miraba asombrada. ¿Qué estaría haciendo Nabé en aquella agua humeante? La monita introdujo una de sus pequeñas manitas retirándola en seguida con un grito.

–¿Te ha mordido? –le preguntó Nabé enjabonándose y volviendo a dejar el jabón en su sitio. “Miranda” lo cogió para olerlo. Oía muy bien. Le dio un mordisco y tiró la pastilla al agua para escupir luego el poquitín que había mordido.

–“Miranda”, ésta no es manera de comportarse en un cuarto de baño como éste –dijo Nabé–. ¿Ahora a dónde ha ido el jabón?

Lo estuvo buscando por el agua y al encontrarlo lo depositó en la jabonera. “Ciclón” empezó a rascar la puerta deseoso de que la abrieran.

–Lo siento. El cuarto de baño está ocupado, “Ciclón” –murmuró Nabé semidormido. Luego oyó las voces de los niños en el jardín y se dispuso a secarse con aquella toalla maravillosa.

Hacía una noche espléndida y los niños acompañaron a Nabé a la feria paseando bajo la luz de la luna. “Miranda” no alcanzaba a comprender aquel nuevo perfume dulzón que exhalaba su amo. ¡No era el de siempre! Permaneció todo el trayecto sentada sobre su hombro con la esperanza de que recuperara su olor normal.

Cuando llegaron a la empalizada que rodeaba el campo donde se estaba instalando la feria, alguien salía. Era Tonnerre, y al reconocerle, Chatín apresuróse a esconderse tras un seto, mientras los otros continuaban la marcha valientemente.

–Buenas noches, señor –le dijo Nabé cortés, y Tonnerre se volvió.

–Oh, eres tú. Echa una mirada a mis elefantes cuando entres, ¿quieres? Jun-un está ahora con ellos, pero están nerviosos... no les gustan los cambios.

–Sí, señor –repuso Nabé–. ¿Tardará mucho, señor?

–No. Cosa de una hora –fue la respuesta de Tonnerre–. Sólo ir carretera abajo y volver.

Roger se acercó a Nabé.

–¿A dónde irá? Tú entra en el campo, y lo seguiré para ver a dónde se dirige ¡Nunca se sabe!

Nabé hizo un gesto de asentimiento y penetró en la feria, y Chatín salió del seto, pues oyó hablar a Roger.

–Oye... ¿vamos a seguir a Tonnerre? –le preguntó encantado–. “Ciclón” es estupendo para seguir pistas, en caso de que le perdiéramos.

–No podrá demostrarlo porque no va a venir conmigo –repuso su primo–. Ni tú tampoco. Acompaña a Diana a casa, yo le seguiré. Vamos, Chatín. Tengo que irme ya, o voy a perderle de vista.

Y dejando a los dos niños echó a correr por el campo. ¿A dónde iría Tonnerre? ¿Iba sólo a la carretera como había dicho?

Llegó a una bifurcación divisando a distancia la figura de Tonnerre, que parecía gigantesca a la luz de la luna.

–¡Oh! –dijose Roger para sus adentros–. Se dirige al Castillo Marloes. ¿Qué te parece?



Capítulo XVIII - Chatín se divierte

Tonnerre continuaba avanzando por el centro de la carretera y su enorme sombra se proyectaba a sus espaldas. Roger le fue siguiendo. Según el cartel indicador de la bifurcación, el Castillo Marloes estaba a medio kilómetro de allí... no muy lejos de la feria de Rilloby. Roger se mantuvo siempre junto al seto para que no le viera Tonnerre.

Estaba excitado. ¿Qué iba a hacer Tonnerre? Sin duda no se le ocurriría llevar a cabo ningún robo a aquella hora. ¡Era demasiado temprano para robar!

—Si le veo encaramarse a la tapia o hacer cualquier cosa sospechosa, avisaré a la policía de una manera u otra —pensó Roger—. Será mejor que observe si alguna de las casas que encuentre por el camino tiene cables telefónicos... porque así podría ir a pedirles que me dejaran telefonar. ¡Caramba, esto es emocionante!

Recordó la estancia del ala aislada del castillo... protegida por dos puertas cerradas con llave y una tercera de doble cerradura, así como las ventanas con rejas. ¡Vaya, vaya, si Tonnerre podía atravesarlas todas, sin abrirlas, desde luego era muy

listo!

Tonnerre seguía avanzando, y Roger procuró no salir de las sombras del lado del camino, el gigante no se volvió para ver si le seguían, limitándose a caminar en línea recta.

El Castillo Marloes se alzaba a lo lejos rodeado de un alto muro, y sus ventanas brillaban a la luz de la luna. Roger trató de distinguir las ventanas con rejas de la habitación donde se guardaban los animales disecados y los valiosos documentos, y al fin lo consiguió. ¿Cómo era posible que un ser tan pesado como Tonnerre consiguiera trepar por una pared lisa, y atravesar unas ventanas enrejadas?

Tonnerre no hizo nada de esto, claro esto. Llegó hasta la gran verja de hierro de la entrada y allí se detuvo por primera vez para contemplar el Castillo Marloes.

Roger contuvo el aliento. ¿Qué ocurriría ahora?

¡Qué desilusión! No ocurrió nada. Tonnerre limitóse a dar la vuelta alrededor de la fortaleza seguido de Roger, y al llegar de nuevo ante la gran puerta de hierro, emprendió el regreso por donde había venido.

“¡Vaya! –pensó Roger–. ¡Haberme dado este paseo tan largo para nada! De todas maneras tal vez Tonnerre haya ido a ver por dónde podía entrar otra noche... y a trazar sus planes. Sí, supongo que debe ser eso. Su intención será volver otra noche y entrar. ¿Pero cómo piensa hacerlo? ¡No puedo ni imaginármelo!”

Roger vio que Tonnerre llegaba felizmente al campo de la feria, y entonces se dispuso a regresar a su casa. La señora Lynton le reprendió por llegar tan tarde.

–Los otros hace mucho rato que han vuelto –le dijo–. Y ya se han acostado. ¿Sabes que son las diez? Me sorprendes, Roger. Supongo que habrás estado con Nabé... pero recuerda que aunque le aprecio mucho, no voy a permitir que te retires a las horas que él acostumbra.

–Lo siento, mamá –fue la única respuesta de Roger, ya que no podía explicarle lo de Tonnerre.

Los otros sufrieron una decepción al enterarse de que Tonnerre no había hecho más que atisbar a través de las rejas del castillo y dar la vuelta a su alrededor.

–Sin embargo, creo que estás en lo cierto en decir que estaba inspeccionando para trazar sus planes –dijo Diana–. ¡Buenas noches! Mañana hablaremos con más calma. ¡Ahora a dormir!

Al día siguiente fueron todos a la feria después de que hubieron abierto, y allí encontraron a su cocinera que tenía la tarde libre. Chatín acercóse a ella.

–¿Se trajo su sombrero de los domingos para comérselo? –le preguntó–. Esta tarde verá a los dos chimpancés montados en bicicleta. Vamos... le compraré la entrada. Nunca vi a nadie comerse un sombrero, y me encantará ver cómo se zampa el suyo.

–Entraré con vosotros –repuso la cocinera yendo con ellos hasta la tienda donde

“Hurly” y “Burly” daban sus representaciones. Vosta les saludó dando a la cocinera un asiento preferente, cosa que a ella le satisfizo mucho.

Los ojos casi se le salen de las órbitas al ver a “Hurly” y “Burly” en plena representación, y cuando recorrieron la pista en sus bicicletas, primero “Burly” pedaleando y “Hurly” encima del manillar, y luego a la inversa.

–¡Nunca vi una cosa igual! –exclamó maravillada–. ¡No he visto nada semejante en toda mi vida! ¡Es extraordinario!

Chatín sonrió.

–Ahora tendrá que tragarse sus palabras y su sombrero. ¿Cuándo puedo ir a ver cómo se lo come? ¿Se lo comerá con cuchillo y tenedor o sólo a mordiscos?

–Déjate ahora de tonterías –dijo la cocinera abstraída mirando a los chimpancés que daban volteretas sin parar–. Casi me mareo verles hacer eso.

–Sí, pero, ¿qué hay de su sombrero de los domingos? –insistió Chatín–. No puede volverse atrás después de haber dado su palabra.

La cocinera empezó a sentirse incómoda.

–Vamos, un sombrero no puede comerse –dijo–. Déjame en paz, diablillo, ya te haré más merengues. Oh, Ave María, ¿qué están haciendo ahora esos animales? ¡Dile que se aparte... no me gusta su cara peluda!

“Hurly” se había acercado a Chatín con una sonrisa en su cómico rostro y le acarició, y luego, viendo que la cocinera era amiga de Chatín la acarició también a ella, que se levantó corriendo para salir de la tienda con un susto tremendo.

–¡Vaya, en mi vida vi cosa igual! –no cesaba de repetir–. ¡En la vida!

Chatín se preguntaba qué sería lo nunca visto, y la siguió para recordarle lo prometido.

–¡Recuérdelo... o se come el sombrero o yo me como los merengues!

–Eres terrible –le dijo la cocinera–. Pero ahora déjame. Quiero divertirme. ¡Tú quédate con tus sombreros y tus merengues!

Chatín procuró que no le viera Tonnerre y para ello se mantuvo lo más alejado posible de su carromato. ¡No quería que le propinara otro golpe! Vio a sus compañeros junto al puesto de tiro de anillas y fue a reunirse con ellos.

–¡La cocinera no se comerá el sombrero de los días de fiesta... pero en cambio nos hará merengues!

–¡Buen trabajo! –exclamó Roger–. Hola... aquí viene la vieja Ma. ¿Qué es lo que querrá?

La vieja Ma acercóse al puesto de tiro de anillas con sus ojos de pájaro brillantes y vivarachos, y le dijo a Nabé:

–¿Has visto a Jun-un por alguna parte, Nabé? Quiero que vigile mi caldero. Tengo que lavar la ropa y no puedo hacer dos cosas a la vez.

–Ha ido a cuidar de los elefantes –repuso Nabé–. Hoy hay tanta gente aquí, que el

señor Tonnerre no puede atender a todo el que quiere montarlos. Mírele, ahí está. Billy Tell se ha hecho cargo de la barraca de tiro al blanco.

–La vieja Ma no tiene a nadie que le ayude –murmuró la anciana moviéndose para marcharse.

–Yo iré a revolver su caldero –dijo Chatín pensando que sería interesante hablar con aquella vieja.

–¡Tú! ¡Lo único que sabes hacer es armar escándalo! –replicó la vieja Ma lanzando una serie de carcajadas–. Está bien... ven si quieres... y además puedes traerme un poco de agua del arroyo. No tengo bastante.

Chatín comprendió que aquello era más de lo que él había ofrecido. Primero tuvo que traer varios cubos llenos de agua desde el arroyo, luego ir a buscar más leña para el fuego, y por último remover el gran caldero de hierro con una enorme cuchara que cada vez se ponía más caliente.

–¿Qué hay ahí dentro? –preguntó Chatín observando aquel burbujeante líquido.

–Ah, no hagas preguntas y así no te contestarán mentiras –replicó la vieja que ahora estaba muy atareada lavando unas ropas en una tina. Chatín sonrió. Por el aroma parecía como si se estuviera cocinando un conejo, una liebre, un Dar de pollos, o tal vez un pato. ¡No le hubiera importado nada tomar un plato de aquella aromática cocción!

Ma comenzó a hablar mientras lavaba, y el niño la atendía fascinado. Estuvo hablando de Billy Tell, de Vosta y muchos otros que él no conocía... Preston el malabarista, Sticky Stanley el payaso, el señor Vosta y su oso, madame Petronella y sus cotorras... gentes de otras ferias y otros circos... gentes que ella había conocido y jamás olvidado. Iba sacando a relucir una serie inacabable de nombres con su historia correspondiente.

–¿Y qué me dice del señor Tonnerre? –le preguntó Chatín fingiendo desinterés, con ánimo de sonsacarla–. ¿Le conoce desde hace tiempo?

–¿Que si hace tiempo? ¡Demasiado! Ah, es un hombre de gran temperamento. No vale la pena hablar de ello –le dijo la vieja Ma, sacando de la tina una prenda muy extravagante–. Siempre tuvo mal genio, siempre ha gritado, siempre fue un gigante... ¡pero qué acróbata más maravilloso! Ah, verle sobre la maroma... vaya, bailaba mejor allí que muchos hombres en el suelo.

Chatín estaba asombrado. ¡Tonnerre un acróbata! ¡Era extraordinario! No lo parecía. Era tan grandote y pesado... y sin embargo... pensándolo bien, Chatín hubo de reconocer que tenía un andar ligero y elástico cuando quería... como debió hacerlo cuando le sorprendió fisgoneando su carromato.

Recordó también lo fácilmente que trepaba al cuello de sus elefantes. Sí... debió ser un buen acróbata.

–¿Y ahora ya no hace... esto... acrobacia? –preguntó Chatín.

–¿Quién? ¿Tonnerre? –La vieja Ma rió a carcajadas–. ¡Está muy gordo! Ahora no es más que un elefante... pero todavía sabe pasar la maroma, y hacer la vertical. La mayor fuerza de Tonnerre es su genio. No tiene miedo de nada... de nada más que de una cosa.

–Y esa cosa es usted, ¿no es verdad, vieja Ma? –dijo Chatín con una sonrisa–. Oiga, ¿cuánto tiempo tengo que estar revolviendo esto? El aroma es tan exquisito que no podré resistir mucho más tiempo sin lamer la cuchara y ver a lo que sabe.

La vieja Ma volvió a reír. Le gustaban Chatín y su desparpajo.

–Quédate a comer conmigo –le dijo–. Tú y tu perro. ¿Cómo se llama? Chatín, ¿verdad? Y tú te llamas “Ciclón”. ¡Vaya... vaya... quien quiera que te puso ese nombre era muy listo!

–Oiga, Ma... se equivoca –protestó Chatín apartándose al ver que la vieja Ma vaciaba el agua de su tinta demasiado cerca de donde él estaba.

–Apártate, “Ciclón” –le dijo la anciana, y el niño y el perro se quitaron de en medio–. Ahora acomódate y aguarda un minuto... y te daré la mejor comida que has probado en toda tu vida. ¡La vieja Ma sabe guisar, vaya si sabe!



Capítulo XIX - Más andanzas de Chatín

Los otros contemplaron con envidia cómo la vieja Ma colocaba un enorme plato de comida para Chatín.

–Mirad eso –dijo Nabé sorprendido y celoso–. Nunca vi a la vieja Ma tan generoso. ¿Cómo se las arregla Chatín? La vieja Ma le da de comer, la cocinera le prepara merengues, y...

–Es sólo cuestión de cara dura –repuso Roger–. Troncho, mirad, está poniendo otro plato para “Ciclón”. ¡Y qué mirada más fiera tienen esos mastines que están ahí sentados observando!

Chatín se acercó al fin al grupo de sus compañeros con aspecto satisfecho, y “Ciclón” aún más que satisfecho. Estaba hinchado y de pronto le dio un ataque de hipo.

–Basta –le dijo su amo con severidad–. El tener hipo significa que uno ha comido

demasiado. ¡No te descubras de esa manera, “Ciclón”!

El perro volvió a hipar pareciendo muy sorprendido. Los estornudos y el hipo siempre le sorprendían. Eran cosas tan repentinas que no acababa de comprenderlas. Sentóse en el suelo y empezó a cabecear. ¡Qué agradable era tener el estómago lleno!

De pronto le dio hipo también a Chatín, y se apartó para disimularlo molesto por las risas y comentarios de los demás. Fue a comprar unos caramelos para “Hurly” y “Burly”, que veía paseando con Vosta cogidos de la mano. Les encantaba pasear así, como si fueran niños y mucha gente se acercaba a contemplarlos.

Vosta les llevó hasta el barracón de tiro de anillas, y “Miranda” parlotearlos les mostró las que llevaba colgadas de su brazo izquierdo para entregarlas a los clientes. “Hurly” alargó la mano para que le dieran algunas.

–No, tú no –le dijo Nabé.

–¿Por qué no? –preguntó Roger.

–Pues porque acierta todas las veces –replicó Nabé–. Nunca falla, y luego arma un alboroto para recoger las cosas que ha ganado. Es muy lisio.

–¡Oh, deja que lo veamos! –suplicó Diana, y Chatín se acercó para reunirse de nuevo con ellos llevando un puñado de caramelos baratos para los chimpancés, y algunos mejores para él y sus amigos.

–Vamos, déjale tirar –dijo Chatín–. Yo pagaré por él.

–Le dejaré tirar gratis –repuso Nabé–. Pero no le deje coger las cosas que gane como hizo la última vez, señor Vosta. Me aplastó un reloj.

“Hurly” arrojó una anilla que cayó precisamente encima de una muñeca. Empezó a parlotear excitado y todos le aplaudieron. Tiró otra que alcanzó un bonito jarro de color verde. La tercera rodeó un paquete de cigarrillos sin tocarlo siquiera. Realmente era muy buen tirador.

“Miranda” iba recogiendo las anillas y colgándolas de su brazo, y luego alargó la mano para que “Hurly” le entregara la correspondiente moneda.

–No insistas. Él no paga –le dijo Nabé–. Ni tampoco recibirá los premios conseguidos. ¡Quita las manos de ahí, “Hurly”!

“Hurly” estaba ansioso por coger las cosas que había ganado, y Chatín se compadeció de él. Le pareció una vergüenza que tirando tan bien no le dieran premio, y se acordó de los caramelos que comprara.

Introdujo la mano en su bolsillo para sacarlos... pero, ¡no estaban allí, naturalmente!

–¡“Hurly!” Has cogido los caramelos que compré para ti –exclamó tirando del brazo peludo del chimpancé. “Hurly” apresuróse a rodearle con él, abrazándole cariñosamente.

–No. Eres un ladrón –le dijo Chatín con aire severo–. ¡Señor Vosta, le había comprado unas golosinas y han desaparecido!

–“Hurly”, enseña tus bolsillos –le ordenó el señor Vosta. “Hurly” volvió del revés uno de sus bolsillos y allí estaba la bolsa de caramelos.

–¡Malo! ¡Malísimo! –exclamó Vosta pegándole con fuerza-. ¡No tirarás más anillas! ¡Ni comerás más dulces!

–Guárdelos usted y más tarde se los da a “Hurly” y “Burly” –dijo Chatín-. Los compré para ellos. Oiga, ¿no quiere dejar que “Burly” tire también?

–Sí, pero se pone frenético en seguida y empieza a tirar las anillas a todo el mundo –explicó Vosta-. Así que no le animo a que empiece. Vamos, “Hurly” y “Burly”. Iremos a ver al señor Tonnerre y a sus elefantes para darles las buenas noches.

Los dos chimpancés adoraban a los elefantes y siempre estaban deseando verlos, y Chatín quedó entusiasmado al ver cómo uno de los proboscídeos cogía a “Burly” con su trompa y lo sentaba encima de su gran cabeza donde el mono empezó a columpiarse chillando excitado.

–Ojalá yo formara parte de la feria –dijo Chatín con envidia-. Diantre, lo que me gustaría tener un par de chimpancés como éstos... tendría además una serie de monos... algunos elefantes... y no me importaría tener también un par de osos.

–Creo que ya va siendo hora de volver a casa –dijo Roger consultando su reloj-. Supongo que esta noche no podrás acompañarnos, ¿verdad, Nabé?

–Me gustaría –repuso el muchacho-, pero no hay nadie que pueda encargarse de mi puesto, y como podéis ver, esta noche hay mucho trabajo. Jun-un no puede hacerlo... porque todavía está con los elefantes.

–Mala suerte. Vámonos, Chatín... si no nos vamos ahora no nos darán de cenar –dijo Roger.

–No voy a poder cenar esta noche –le replicó su primo-. Después de lo que me ha dado la vieja Ma... me sería imposible. Oye, Nabé... ¿no podría quedarme yo en tu puesto... y tú te vas a cenar con mis primos?

–¿Qué dirá Tonnerre? –exclamó Nabé, pensativo-. No me atrevo a preguntárselo. Y si te ve en mi puesto es probable que te eche del campo.

–Yo iré a preguntárselo a la vieja Ma –dijo Chatín de pronto-. Tonnerre la teme, y si ella dice que puedo quedarme, me quedaré.

Se dirigió al lugar donde ella estaba tendiendo ropa en una cuerda atada de carro a carro.

–Ma –empezó-. Tengo miedo de preguntar al señor Tonnerre... y por eso le pregunto a usted. Nabé quiere marcharse un rato. ¿Puedo encargarme yo de su barraca? Lo haré muy bien.

–Pues claro que sí. Ciclón –le contestó la vieja Ma, guiñándole un ojo-. Tú y tu perro, Chatín, podéis vigilar perfectamente el puesto durante un par de horas. Ya me las arreglaré yo con Tonnerre si se le ocurre empezar a dar gritos.

–¿Por qué te llama “Ciclón”? –le preguntó Roger, que le había seguido—. De acuerdo... no es necesario que me lo digas. Lo adivino. ¡Es una buena idea!

Chatín frunció el ceño, pero luego se animó. Iba a cuidar del tiro de anillas él solito... ¡estupendo! Ganaría mucho dinero para demostrar a Nabé de lo que era capaz.

–¿Quieres que te deje a “Miranda” para que te ayude? –le preguntó Nabé.

–No, gracias. Puedo arreglarme con “Ciclón” –replicó Chatín—. Anda, marchaos. Dejadme a mí. Lo haré muy bien.

Se marcharon dejándole allí, pues todos sentían apetito. ¡Chatín debía haber comido mucho para no poder engullir dos cenas!

Éste lo pasó estupendamente en el barracón, y desde luego lo hizo muy bien, sin cesar de gritar con toda su voz, que no era poca:

–¡Acérquense, acérquense, “acérquense”! ¡Acérquense, acérquense, “acérquense”! ¡El mejor puesto de la feria! ¡Relojes, cigarros, chocolatines, tazas, cucharas, broches, alfileres, gane lo que quiera! ¡Pruebe su destreza, pruebe su “destreza”! Mamas, vengan y desafíen a los papas; hermanas, venid y venced a vuestros hermanos; escoger lo que gustáis y ganadlo. ¡Acercaos, acercaos, “acercaos” todos y podéis comprobarlo!

La gente escuchaba divertida y extrañada al ver un niño tan pequeño encargado de una barraca. Chatín tenía sólo doce años, y su nariz respingona, sus cabellos rojos y sus pecas, dejando aporte su picara sonrisa, hacían sonreír a todo el que miraba.

Se fueron aproximando al tiro de anillas y pronto empezó el negocio. “Ciclón” le fue de gran ayuda. Vigilaba las anillas que caían al suelo, recogéndolas con la boca.

–Lo haces tan bien como “Miranda” –le dijo Chatín, y el perro meneó la cabeza complacido.

Tonnerre se dio cuenta en seguida de que Nabé no estaba en su puesto, y se acercó para ver qué ocurría, y en cuanto vio a Chatín su rostro se puso rojo de ira. El niño al verle quedó petrificado.

Pero la vieja Ma acudió en seguida.

–¡Déjale en paz! –le gritó, irritada—. ¡Lo está haciendo muy bien! Como pongas un dedo encima de ese muchacho, Tonnerre, te diré algunas cosas que hacías cuando eras pequeño. Sí, y más de una vez te puse sobre mis rodillos, y gritabas como...

Pero Tonnerre se había marchado. No estaba dispuesto a soportar la charlatanería de la vieja Ma. De todas formas, el muchacho lo hacía bien y ganaba dinero. No había necesidad de intervenir. Más tarde tendría tiempo de ocuparse de aquel arropiezo si en cualquier aspecto era necesario.

Chatín continuó trabajando hasta el regreso de Nabé, que llegó solo.

–Tu tía dice que vuelvas en seguida –le dijo a Chatín—. Me parece que no debí dejarte aquí. No creo que le haya gustado mucho. Muchísimas gracias. Oye... ¿has

ganado todo ese dinero?

–Sí. Fue muy sencillo –se pavoneó Chatín–. Y debieras haber visto cómo Tonnerre se ponía verde al verme ganar tanto dinero..., apuesto a que es mucho más del que él gana con sus elefantes. Se marchó sin decirme ni una palabra. Sólo le miré fijamente y...

–Continúa... no hiciste nada de eso –dijo Nabé, que ahora ya conocía la manera de ser de Chatín–, pero de todas maneras, muchas gracias. Me ha gustado mucho la cena y poder volver a tu casa.

Chatín recordó los caramelos que había comprado para él y los otros. Como tenía apetito pensó comer algunos. Le daría también a Nabé... metió mano en el bolsillo y... diantre... ¡habían desaparecido! Caramba... aquel pesado de “Hurly” debía haberlos cogido al mismo tiempo que la otra bolsa. Estaba indignado. La verdad es que “Hurly” debía contentarse con una sola bolsa. ¡No sólo era un ladronzuelo, sino además glotón!

–Voy a acercarme al carromato de Vosta para ver si “Hurly” ha cogido mis caramelos –dijo Chatín–. Vuelvo en seguida.

Se acercó al carro, que estaba a oscuras, excepto una pequeña lámpara de aceite que había encima de un estante, y llamó a la puerta.

Le saludaron las voces de los chimpancés. “Hurly” y “Burly” dormían en el mismo carro que Vosta, que no se separaba de ellos ni siquiera durante la noche.

–¿Está usted ahí, señor Vosta? –preguntó Chatín, pero Vosta no se encontraba allí, sólo los chimpancés acurrucados encima de las literas donde dormían. “Hurly” acercóse a la puerta y la abrió. Los dos chimpancés eran capaces de hacer cosas corrientes como ésta.

–¡“Hurly”! ¿Has cogido mis caramelos? –le preguntó con severidad–. ¡Vacía tus bolsillos!

¡Pero “Hurly” no llevaba ropa alguna! Siempre se desnudaba por la noche, y sólo estaba cubierto por su espeso pelaje. “Ciclón” se acercó a husmearle, y en un instante “Burly” estaba junto a ellos tratando de cogerle en brazos.

–Oh, “Burly”... no hagas eso... a “Ciclón” no le gusta –le dijo Chatín tratando de rescatar al pobre perro–. Vuelve a la cama. Vamos. ¿No me has “oído”?

Y ante su sorpresa los chimpancés le obedecieron, y tapándose con las mantas empezaron a lanzar unos gritos muy peculiares como si se hablasen mutuamente. Chatín vio sus ropas encima de una silla y un bulto en uno de los bolsillos, en el que introdujo la mano... ¡allí estaba su bolsa de caramelos!

–¡“Hurly”, malo! –le reprendió–. A dormir los dos. No volveré a compraros dulces si os comportáis de esta manera. ¡Buenas noches, pareja de tunantes!



Capítulo XX - Un descubrimiento muy interesante

Chatín volvió de nuevo junto a Nabé, pero el muchacho no quiso ningún caramelo. ¡Había cenado tan bien!

–Vuelve a tu casa –le suplicó a Chatín–. Tu tía estaba muy disgustada. No volverá a invitarme a cenar. Anda, vete ya, Chatín.

Y el niño se marchó. Por fortuna, su tía estaba hablando por teléfono cuando él llegó, y pudo darle un beso y escapar escaleras arriba antes de que le riñera.

–Llegas tardísimo, Chatín –le dijo Roger con voz somnolienta–. Oye, ¿sabes que a mamá no le gustó nada que te dejáramos en la feria?

Chatín bostezó, descubriendo de pronto que estaba muy fatigado, y tras dirigir algunas palabras a su primo, se acostó después de lavarse los dientes y asearse un poco.

Fue a la mañana siguiente cuando hizo un descubrimiento que emocionó tanto a los tres niños, que apenas fueron capaces de realizar bien sus tareas matinales.

Chatín durmió más de la cuenta, y como bajara tarde a desayunar su tía tuvo que

reprenderle, y después del desayuno subió rápidamente a hacer su cama para evitar más reprimendas de su tía.

Al deshacer la cama debajo de la almohada encontró la bolsa de caramelos que había rescatado la noche antes del bolsillo de “Hurly”, y al cogerla con la esperanza de que no se hubieran reblandecido, vio que había un pedazo de papel pegado a la bolsa, que cogió sin fijarse mucho.

Había algo escrito en él, pero al principio ni siquiera se molestó en leerlo hasta que una palabra de en medio llamó su atención:

“Castillo.”

Aquello despertó un recuerdo en su mente y al instante alisó el fragmento de papel sucio y pegajoso, en el que se leía parte de dos palabras y una entera.

Y lanzó tal silbido de asombro que Roger acercóse a ver qué ocurría.

–¿Qué es esto? –le dijo–. ¿De dónde lo has sacado? ¿Por qué estás tan excitado?

–¡Roger! Anoche “Hurly” me robó una bolsa de caramelos... y yo fui a su carromato para cogerla de su bolsillo... y pegado a ella iba este pedazo de papel. Debe ser un fragmento de una nota –dijo Chatín con el rostro encendido por la emoción– ¿Has visto lo que dice?



Roger lo miró con mayor atención, tomándolo de manos de su primo, y su rostro también se acaloró.

–Cielos, sí... éste es el final de medianoche, supongo. “Medianoche. Castillo Marloes.” Esta última palabra debe ser sin duda parte de “Marloes”. ¡Oye, Chatín... creo que esto es algo!

Se miraron emocionados, y “Ciclón” acercóse a las piernas de su amo. ¿Qué estaría tramando?

–Hay que decírselo a Diana –exclamó Chatín, y la llamaron. La niña se emocionó tanto como ellos.

–Pensemos un poco –dijo Roger–. En primer lugar, ¿cómo fue a parar este pedazo

de papel al bolsillo de “Hurly”?

–Bueno, ya sabes cómo es “Hurly”... coge todo lo que encuentra en el suelo –repuso Chatín–. O lo roba de los bolsillos de los demás. ¡Pudo cogerlo de cualquier parte! Alguien debió romperlo, eso es evidente... y es probable que lo tirara y éste es uno de los fragmentos.

–¿Quién escribió esta nota, y quién la recibió? –preguntó Diana–. ¿O acaso la llevaron a mano a la feria para entregarla a alguien personalmente? ¿O le llegó por correo a una persona, que la leyó, rompiéndola después? No es posible asegurarlo.

Lo único que sabemos es que alguien recibió esa nota... y que alguien va a ir al Castillo Marloes a medianoche... ¡y no es difícil adivinar para qué! –dijo Chatín–. Oíd... esto es emocionante... imponente.

–Estupendo –convino Roger–. Quisiera saber quién recibió la nota. ¿Vosotros creéis que quien la recibió irá a entrevistarse con quien la escribió?

–Sólo hay un medio de averiguarlo –dijo Chatín con los ojos brillantes y tono solemne–. Sólo hay un medio... y es ir nosotros mismos allí a observar.

Se hizo un silencio.

–¡Vaya... qué emocionante! –exclamó Roger–. Pero... no sabemos qué noche será. La nota sólo dice “Medianoche”... no dice si lunes, martes o miércoles... aunque supongo que en la nota entera debía ponerlo, desde luego.

–¡Bueno, entonces iremos cada noche! –dijo Chatín.

Hubo otro silencio.

–¿Alguno de vosotros sabe cuánto tiempo va a estar la feria en Rilloby? –preguntó Diana al fin.

–Nabé dice que hasta el miércoles –repuso Chatín–. Y hoy es jueves. Seis noches más hasta que se marchen... y sabemos que en una de ellas va a cometerse un robo.

–¿No creéis que sería mejor avisar a la policía? –preguntó Diana, y los niños la contemplaron con aire de reproche.

–¡Qué! ¡Ahora que estamos sobre una buena pista! ¡No seas aguafiestas! –dijo Roger–. Además... ¿qué podríamos decir exactamente a la policía? ¿Que Diana tuvo una corazonada... que sospechamos de Tonnerre... y que hemos encontrado esta nota? Se reirán un rato largo de todos nosotros.

–Claro que se reirán –dijo Chatín, que no podía soportar la idea de poner aquel misterio en manos ajenas–. Es muy femenino eso de pensar en la policía.

–Está bien, está bien. Yo no quiero avisar a nadie –dijo Diana–, pero no veo cómo vamos a poder vigilar el Castillo Marloes durante seis noches consecutivas. Tendríamos tanto sueño, que al día siguiente no seríamos capaces de hacer nada a derechas.

–La nota dice medianoche –replicó Roger exasperado–. Eso significa que el robo tendrá lugar a esa hora... y luego podremos volver a casa y acostarnos.

–Bah... como si alguno de nosotros iba a dormir después de presenciar un robo – exclamó Diana–. De acuerdo. No quiero crear complicaciones, sólo procuro ver qué sería lo más conveniente.

Realmente era un tema de discusión emocionante. La señora Lynton no pudo adivinar qué les ocurría aquella mañana... ¿no hicieron las camas, ni nada... ni siquiera cepillar o “Ciclón”!

–Quisiera saber qué diabluras estás tramando –le dijo–. ¿Diana, las camas! Si no están hechas dentro de veinte minutos “me enfadaré de verdad”.

Naturalmente había que avisar a Nabé, y en cuanto les fue posible emprendieron la marcha hacia la feria de Rilloby, le llevaron a un rincón donde nadie pudiera oírles ni ver el pedazo de papel que le mostraban.

Nabé quedó asombrado.

–¡Vaya, quién iba a imaginarlo! –dijo–. Diana tenía razón. En la feria hay alguien que tiene que ver con los robos.

–La otra noche vimos ir hacia el castillo a Tonnerre explicó Diana–. Pero el casi es... que no puedo imaginármelo haciendo acrobacias... trepando por las paredes...

Chatín recordó lo que le dijera la vieja Ma.

–Había sido un buen acróbata –dijo a los otros–. Y la vieja Ma dice que todavía puede pasar la maroma y hacer cosas por el estilo, pese a su corpulencia.

–¿Cómo crees tú que atraviesa las puertas cerradas? –preguntó Diana.

–Tal vez tenga llaves maestras o como se llamen –dijo Chatín–. O tal vez sepa abrirlas con un alambre como algunos ladrones. O tal vez...

–Tal vez, tal vez... y nada más que tal vez –replicó Diana, impaciente–. Si descubriéramos algo sólido... es imposible creer que Tonnerre sea el autor de esos robos... y sin embargo la otra noche fue al castillo... y sabemos que es quien decide adonde va a ir la feria... y al parecer siempre va a sitios donde hay colecciones de documentos valiosos.

–Es un buen misterio –dijo Chatín–. Y nosotros vamos a resolverlo. Sólo tenemos que escondernos por los jardines del castillo un poco antes de medianoche, y observar lo que ocurre, quién va, y lo que hace. ¡Es bien sencillo!

–¡Oh, es muy sencillo! –repitió Diana en son de mofa–. ¿Y cómo crees tú que podremos entrar en los jardines del castillo?... ¿Acaso tú puedes atravesar la puerta de hierro o el muro de piedra?

–Entrar en el jardín es bien fácil –dijo Nabé–. En la parte superior de la tapia hay unos espigones. Podemos sujetar una escalera de cuerda y subir por ella.

–Bueno, pues yo no pienso sentarme encima de ningún espigón, gracias –repitió Diana.

–Diana no se muestra muy cooperadora, ¿no os parece? –dijo Chatín empezando a enfadarse con ella–. Pues que no intervenga.

–No –replicó Nabé–. Diana tiene que ayudarnos. Es natural que no le guste sentarse encima de unos pinchos. A nadie le gusta. Pero llevaremos media docena de sacos y los colocaremos bien doblados encima de los espigones. De esta manera podremos pasar por encima de ellos con facilidad.

–Y escondernos en algún lugar desde donde podamos observar las ventanas de esa ala –dijo Chatín–. Troncho... ¡iremos esta noche! ¿verdad? ¡Todos! ¡Qué aventura!

–Sí... esta noche –repuso Nabé–. Nos encontraremos a las once cerca de la verja. Y por amor de Dios, no hagáis bulla... por si hubiera alguien más por allí escondido.



Capítulo XXI - Medianoche en el castillo

Chatín apenas pudo contenerse durante todo el día. Estuvo silbando, cantando, y tan ruidoso e inquieto que casi vuelve loco a tío Roberto. En todas partes oía a Chatín haciendo ruido. ¿Qué le ocurría al niño aquél?

Por fin llegó la noche, y ante la sorpresa de la señora Lynton, Chatín no tuvo apetito a la hora de la cena. Ni tampoco Diana. Roger comió como de costumbre, ya que no era tan excitable como los otros dos.

–¿Te encuentras bien, Chatín? –le preguntó la señora Lynton, preocupada al ver que rehusaba que le sirviera por segunda vez–. ¿Y tú, Diana?

–Estoy bien –repuso la niña, y su tía, viendo sus rojas mejillas y sus ojos brillantes, dejó de tener dudas con respecto a su salud.

–Supongo que habrás vuelto a abusar de los caramelos y helados –le dijo–. Bueno, si sigues haciendo eso me lo pensaré dos veces antes de prepararte una buena cena.

Fueron a acostarse a la hora de costumbre, pero no se desnudaron. Roger se quedó dormido y tuvieron que despertarle a las diez y media.

–¿Se han acostado ya los papas? –susurró Roger.

–Sí. Gracias a Dios, se retiraron temprano. No hay ninguna luz encendida, excepto la de la habitación de tío Roberto –dijo Diana–. Supongo que estará leyendo en la cama.

Bajaron la escalera de puntillas, advirtiéndose unos a otros para no tropezar con “Arenque”, pero el gato había salido aquella noche por cuestiones personales. “Ciclón” bajó tras ellos meneando el rabo. ¿Qué estarían tramando?

Salieron al jardín, bañado por la luna, y luego emprendieron el camino a través de los campos hacia el Castillo Marloes. Había un atajo por donde se llegaba muy pronto.

Al llegar ante la gran verja de hierro se ocultaron tras el seto y Diana lanzó un ligero grito de alarma.

–¡Cállate, tonta! –le dijo su hermano en voz baja, y Diana se apartó de su lado temblando.

–¡Ya hay alguien allí! –dijo la niña–. ¡Oh, Roger!

Y así era, en efecto, mas se trataba únicamente de Nabé y “Miranda”, que habían llegado primero, y casualmente escogieron para esconderse el mismo sitio que Diana. El muchacho salió muy sonriente.

–Siento haberte asustado. Diana. Tú también me diste un buen susto. Has llegado tan silenciosamente que no te oí, y me llevé un susto terrible cuando me empujaste detrás del seto.

–¿Has visto algo, o alguien? –le preguntó interesado Roger.

–Nada –replicó Nabé–. Vamos. Buscaremos un sitio por donde saltar la tapia. He traído una escala de cuerda rústica y unos cuantos sacos gruesos. Vosotros, Roger y Chatín, llevad los sacos, y yo llevaré la escalera.

Llevando a “Miranda” encima del hombro, y “Ciclón” pegado a sus talones. Nabé abrió la marcha, siguiendo las sombras del seto. Al fin llegaron a un lugar donde el muro torcía, y los espigones no parecían tan espesos.

–Por aquí nos irá bien –dijo Nabé en voz baja–. Chatín, ¿tú crees que gruñirá “Ciclón” para avisarnos si viniera alguien?

–Sí, desde luego –replicó Chatín–. “Ciclón”, ¿has oído? Estás de guardia. ¡De guardia!

–Buf –replicó el perro comprendiendo en el acto, y sentándose en actitud de alerta.

Los cuatro niños comenzaron a trabajar en firme; Nabé arrojó la escala de cuerda a ciegas para engancharla en los espigones, pero la primera vez volvió a caer. La segunda los salientes del hierro engancharon uno de los travesaños y Nabé tiró con

fuerza para ver si aguantaba, como así era, y por ella subió como un gato mientras sus pies rozaban apenas los travesaños de madera.

–Tíradme los sacos –les susurró, y Roger y Chatín se los fueron arrojando uno a uno.

Nabé los fue colocando bien doblados encima de un sector de los espigones puntiagudos, y luego, sentándose encima de los sacos fue subiendo la escala de cuerda hasta que tuvo el trozo suficiente para dejar caer la mitad al otro lado del muro que daba al interior del jardín.

“¡Qué listo es! –pensó Roger con admiración–. Una escalera para subir... y otra para bajar por el otro lado... y un montón de sacos en medio para no hacerse daño con los espigones. A mí nunca se me hubieran ocurrido tantas cosas.”

–Subid –les susurró Nabé.

Diana subió la primera y Nabé la ayudó a pasar por encima de los sacos y a bajar por el otro lado. Luego siguió Roger, y por último Chatín llevando en brazos a “Ciclón” con bastante dificultad, hasta que le ayudó Nabé.

–No era conveniente dejarle al otro lado del muro –musitó Chatín–. Hubiera empezado a ladrar. Troncho, “Ciclón”, eres muy pesado. ¡Eh..., que te caes! Oíd, se ha caído al otro lado. ¡Se romperá las patas!

Se oyó un golpe y un aullido y luego Diana dijo, en voz baja:

–Está bien. No se ha hecho daño. ¡Es como “Arenque”, que siempre cae de pie!

Nabé retiró la escalera para que nadie pudiera subir por el lado de fuera. El lugar que había escogido para trepar el muro estaba protegido por las sombras y nadie podría distinguir el montón de sacos desde el camino. Nabé bajó para reunirse con los otros.

–¿Dónde nos esconderemos? –preguntó Roger, muy excitado.

Nabé tardó unos instantes en responder.

–Ahí están las ventanas enrejadas –susurró–. Lleguémonos a ese grupo de árboles. Desde allí podremos vigilar fácilmente las ventanas.

Pasaron de árbol en árbol y de arbusto en arbusto hasta llegar al grupo escogido por Nabé. Desde allí se divisaban perfectamente las ventanas protegidas por barrotes. Ahora, si algún ladrón entraba desde el exterior no podrían dejar de verle.

Encontraron un lugar seco debajo de un arbusto y allí se congregaron apartando las ramas para tener una buena visión de las ventanas. Desde algún lugar cercano el reloj de un campanario comenzó a dar las horas... que sonaban claramente en aquella hora de luna.

–Una, dos, tres –contó Chatín por lo bajo–. ¡Es medianoche! Debemos vigilar. Échate, “Ciclón”. ¡No quiero ni oírte respirar! En guardia, camarada. ¡En guardia!

No se oía el menor ruido. Luego empezó a cantar un ruiseñor, pero no por mucho tiempo..., probó unas notas y se detuvo. Hasta dentro de una o dos semanas no

cantaría durante toda la noche.

Ni siquiera oyeron a los búhos. Los niños observaron el lento caminar de la Luna en el cielo, aguardando pacientemente. “Ciclón” escuchaba con las orejas todo lo enhiestas posible. Diana siempre pensaba que oiría mucho mejor si no tuviera los oídos cubiertos por aquellas enormes orejas gachas, pero con o sin ellas, oía cinco veces más que ellos.

El reloj de la iglesia dio el cuarto, y la media. Chatín bostezó y Diana empezó a sentir frío. “Miranda” refugióse en el interior de la camisa de Nabé y se dispuso a dormir.

El reloj dio los tres cuartos sin que se oyera nada. Aquella noche ni siquiera soplabla la más leve brisa, ni vieron ninguna rata o conejo.

–Oíd..., yo no creo que el ladrón venga esta noche –susurró Nabé–. Es mucho más de medianoche. No es posible que roben hoy. Ser mejor que nos marchemos a nuestra casa.

¡Nadie puso inconvenientes! Tenían frío y estaban cansados. La excitación había desaparecido y todos pensaban con ansia en sus tibios lechos. “Ciclón” lanzó un suspiro de alivio al verles emprender el regreso.

–Vámonos, pues –dijo Diana, agradecida–. Por esta noche ya es bastante. Mañana por la noche volveremos a probar.

Se dirigieron a la pared, sin apartarse de las sombras por si hubiera alguien por allí.

Una vez en lo alto del muro descendieron por el otro lado. Nabé sentóse encima de los sacos y desenganchó la escala, que arrojó a Roger.

–Tenemos que dejar los sacos aquí, y espero que nadie los vea –dijo antes de saltar al suelo, aterrizando sobre sus rodillas y manos y levantándose ileso.

–¿No crees que los sacos los verán desde el camino? –le preguntó Diana, preocupada.

–No. Esta parte del muro está oculta por los árboles, y al menos que alguien pasara de día precisamente por aquí debajo, y mirando hacia arriba, no creo que nadie se fijara en ellos –repuso Nabé–. Esconderemos la escalera en ese arbusto. Así nos ahorraremos el tener que llevarla y traerla de nuevo.

Regresaron en silencio y decepcionados. Al llegar a la bifurcación se despidieron y Nabé tomó un camino y ellos otro..., el atajo a campo traviesa.

–Que haya más suerte la próxima vez –dijo Roger a su hermana al darle las buenas noches–. Troncho, qué sueño tengo.

A la mañana siguiente todos durmieron más de lo acostumbrado, y la señora Lynton les dijo que aquella noche tendrían que acostarse una hora antes.

Pero, oh, desgracia, cuando llegó la noche, Nabé, Roger y Diana se pusieron enfermos. Diana y los dos niños habían ido a ver a Nabé a la feria de Rilloby, y Roger

compró unos bocadillos de salchicha que Chatín se negó a comer, diciendo que prefería los de tomate.

¡Y puesto que fue el único que no se sintió enfermo, todos echaron la culpa a los bocadillos de salchicha! Nabé dejó a Jun-un al cuidado del tiro de anillas y se fue a acostar al carromato que compartía con otro, sintiéndose realmente enfermo. Roger y Diana regresaron a su casa como pudieron, y quedaron en el recibidor gimiendo de dolor.

Chatín corrió a avisar a la señora Lynton.

–Han sido los bocadillos de salchicha –le explicó–. Debían estar en males condiciones. Se encuentran muy mal.

Y así era, pobrecillos. La señora Lynton les acostó, y cuando Chatín entró a ver a Roger, le asustó su aspecto.

–Oh..., escucha..., ¿y qué haremos esta noche? –le preguntó en un susurro–. ¿Podrás salir a vigilar?

Chatín lanzó un gemido.

–Claro que no. No creo que pueda volver a levantarme nunca con lo mal que me encuentro.

Diana ni siquiera le contestó cuando fue a preguntárselo. Estaba realmente enferma, y Chatín salió de puntillas de su dormitorio seguido de “Ciclón”, y en la escalera tropezó con “Arenque”.

–Oh, Chatín..., no hagas eso –le dijo la señora Lynton enfadada mirándole desde el recibidor–. ¿Es que no puedes estarte quieto ni siquiera cuando hay enfermos?

–¡Vaya..., me gusta! –replicó el niño, indignado–. ¿Cómo iba a saber que “Arenque” me estaba esperando para hacerme caer? Es a él a quien debe reñir y no a mí.

–Vamos, Chatín, no me hables así –empezó a decirle la señora Lynton yendo hacia él, pero el pequeño salió corriendo.

¿Qué hacer aquella noche? Alguien debía vigilar, ¿no? Bueno..., ¡pues montaría la guardia él solo!



Capítulo XXII - La noche de Chatín

Chatín fue a acostarse temprano, por dos razones. La primera, porque la señora Lynton estaba preocupada por sus primos, y sentíase inclinada a reprender a Chatín, y por ello creyó mejor apartarse de su camino. Y la segunda, porque estaba decidido a vigilar los alrededores del castillo aquella noche, y deseaba dormir un poco antes de salir.

De manera que se acostó inmediatamente después de cenar, y cogiendo un despertador, lo preparó para que sonara a las once y cuarto, y tras envolverlo en una bufanda, lo puso debajo de su almohada para que no pudiera oírlo nadie sino él. Confiaba no despertar a Roger.

Roger estaba profundamente dormido, agotado por su repentina indisposición. Chatín no se desnudó, y en cuanto puso la cabeza en la almohada, se quedó dormido hasta que sonó el timbre del despertador. “Ciclón”, que estaba encima de su cama, levantóse asustado, y empezó a ladrar.

–¡Cállate, tonto, estúpido! –le dijo su amo en tono fiero, y el perro obedeció.

Chatín estuvo escuchando unos instantes después de desconectar el despertador. ¿Lo habría oído alguien?

Al parecer, no. Roger murmuró unas palabras entre sueños, pero nada más. Nadie, pues, pareció despertarse. ¡Bien! Chatín bajó de la cama con sumas precauciones y al ir a buscar sus ropas recordó con satisfacción que ya estaba vestido, y sólo tuvo que sacar el abrigo del armario. La noche antes había pasado un poco de frío, y a Chatín no le gustaba el frío.

–Vamos, “Ciclón”... y si tropiezas con “Arenque” en la escalera..., te ahogo –le amenazó Chatín. Bajaron sin contratiempos, y pronto corrían por los campos, ante la sorpresa de “Ciclón”, que disfrutaba de aquella segunda e inesperada excursión nocturna.

Llegaron ante el muro del castillo cuando el reloj de la iglesia daba los tres cuartos.

“Falta un cuarto de hora para la medianoche –pensó Chatín buscando frenéticamente el arbusto donde escondieron la escalera–. Caramba..., ¿dónde estará la escala de cuerda? ¿No era en ese arbusto?

No lo era. “Ciclón” conocía el lugar donde la dejaron, y la sacó con los dientes. Luego transcurrieron unos cinco minutos de agonía mientras Chatín intentaba sujetarla en los espigones.

No era tan sencillo como pareciera al vérselo hacer a Nabé. Chatín estaba nervioso y acalorado.

–¡Vamos, engánchate, maldita escalera! –murmuraba, y milagrosamente al fin se sostuvo en unos espigones.

Chatín subió muy contento al ver que había quedado sujeta cerca del montón de sacos que Nabé colocó sobre los hierros agudos, y los fue acercando a la escala. No tardó en sentarse sobre ellos, que amortiguaban las puntas de los espigones. Fue subiendo la escala igual que lo hiciera Nabé y pronto colgó la mitad por un lado y la otra mitad por el otro. Chatín sentíase muy satisfecho de sí mismo.

Cuando bajaba por el otro lado del muro, el reloj de la iglesia empezó a dar las doce.

–Dong, dong, dong. –Un aullido llegó hasta él, y se detuvo en seco.

–¡Troncho! Me olvidaba de “Ciclón”. No veo cómo voy a poder subirle esta noche sin ayuda de nadie. Tendré que dejarle al otro lado de la tapia. Le pondré de guardia.

Y volviendo a subir por la escalera, susurró estas palabras a su perro:

–Está bien, camarada. No tardaré. Tú te quedas de guardia, ¿comprendes? De guardia.

“Ciclón” sentóse dando un gemido. Muy bien..., montaría la guardia..., pero consideraba que Chatín era un egoísta al dejarlo allí.

Chatín arrastróse hasta el grupo de árboles donde él y sus compañeros se ocultaron la noche antes. También aquel día había Luna..., pero con bastantes nubes. Había períodos de luz brillante y otros de oscuridad cuando la Luna se escondía tras las nubes. Chatín se acomodó debajo de un arbusto y esperó.

Estaba muy satisfecho de sí mismo. Fue el único lo bastante sensato para no comer bocadillos de salchichas. Había logrado pasar el muro sólito... y no tenía ni pizca de miedo. Ni una pizca. Ni siquiera tenía a “Ciclón” a su lado, y sentíase valiente como un león. Sí, Chatín estaba muy satisfecho y dispuesto a hacer frente a cualquier cosa que pudiera ocurrir.

La Luna se ocultó, y todo quedó sumido en la sombra... y en aquella oscuridad Chatín creyó oír un ruido. No sabía si cerca o lejos. Escuchó, y tuvo la impresión de oír otro ligero rumor. No, no era cerca de donde él estaba..., sino junto al castillo. Aguardó con impaciencia a que volviera a salir la Luna.

Cuando al fin asomó, Chatín llevóse un susto morrocotudo. Una sombra negra trepaba por una de las paredes del castillo. Iba subiendo..., subiendo, segura y ágil. Chatín esforzó la vista. ¿Qué era aquello? Estaba demasiado lejos para distinguir. ¿Sería Tonnerre? No, no era lo bastante grande... pero la Luna suele engañar.

Parecía como si aquella figura negra estuviera subiendo por una cañería, apoyándose en los repechos de las ventanas, volviendo a subir... y luego trepando por la hiedra. ¡Aquél era el ladrón sin duda alguna, nadie actuaría así de no serlo!

¿Pero cómo pensaba atravesar las rejas de las ventanas? Chatín contuvo el aliento para ver mejor. ¡Los barrotes estaban tan juntos! Oh, maldita Luna..., había vuelto a ocultarse tras una nube.

Cuando volvió a salir ya no había ni rastro de la figura que trepaba. Había desaparecido. Chatín empezó a sentirse realmente asustado, y los cabellos se le erizaron produciéndole una sensación horrible, mientras un escalofrío recorría toda su espina dorsal. ¡Si por lo menos tuviera allí a “Ciclón”!

Los ojos empezaron a gastarle jugarretas. ¿No era aquélla una figura de pie junto a la pared donde estaban las ventanas enrejadas? ¿O era tan sólo una sombra? ¿Y aquello otro, era una figura que trepaba por la pared? No, no, sólo la silueta de una ventana pequeña. ¿Había otra encima del tejado, junto a la chimenea? No, no, claro que no, era sólo una sombra..., la sombra de la chimenea. ¿Y no era aquello una...?

Chatín cerró los ojos con un gemido. Estaba asustadísimo. ¿Por qué habría ido? ¿Por qué se creyó tan valiente? No se atrevía a mirar por temor a ver más figuras siniestras arrastrándose, trepando, corriendo... ¡Oh, “Ciclón”, “Ciclón”, si por lo menos estuviera a este lado de la tapia!

Oyó un ruido cerca. Alguien jadeaba no lejos de allí. Chatín se quedó helado de miedo y permaneció completamente inmóvil, esperando que se alejase quienquiera que fuese.

Pero no fue así. Cada vez se acercaba más, como lo denunciaba el crujir de ramas, y el roce de las hojas muertas bajo los árboles.

Chatín casi se muere de susto.

Y entonces ocurrió lo peor de todo— algo tocó su espalda y empezó a olfatearle. Chatín quedó completamente petrificado. ¿“Qué” era aquello?

Un ligero plañido llegó hasta él, produciéndole tal alivio que casi se echó a llorar. ¡Era “Ciclón”!

Cogiendo la cabeza del perro entre sus manos, dejó que le lamiera hasta que tuvo el rostro mojado.

—¡“Ciclón”! —susurró—. ¿Eres realmente tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¡Tú no puedes subir por esa escalera! ¡Oh, “Ciclón”, en mi vida me había alegrado tanto de volver a verte!

“Ciclón” estuvo realmente encantado con aquel recibimiento. Habiendo abandonado la guardia, había temido que su amo se enfadara al verle, pero no era así. Chatín estaba contento, muy contento. No le importaba que hubiera abandonado la guardia y encontrado un lugar conveniente junto a la pared donde había un agujero que fue agrandando hasta poder pasar por debajo de ella gracias a muchos esfuerzos.

Todo había salido bien. ¡Encontró a su amo y vaya bienvenida que le había dedicado!

Chatín recobróse completamente de su miedo y sentóse abrazando a su perro, y entre caricias le fue contando lo que había visto. Luego quedó en actitud expectante al ver que “Ciclón” gruñía sordamente y se le erizaban los pelos del lomo.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? ¿Es que vuelve el ladrón? —susurró Chatín, pero era imposible ver nada porque la Luna estaba ahora detrás de una nube muy tupida. “Ciclón” continuaba gruñendo, y el niño no se atrevió a moverse. Creyó oír ruidos procedentes del castillo, deseando que la Luna volviera a salir pronto.

Apareció un solo instante y “Ciclón” creyó ver una figura negra bajando otra vez por la pared, mas no podía asegurarlo. De todos maneras, estaba seguro de una cosa..., de que no iba a moverse de su escondite durante un buen rato. ¡No quería tropezar con aquel ladrón temible!

Se acurrucó junto a “Ciclón”, apoyando su cabeza contra el cálido cuerpo del perro que le lamió toda la cara con cariño.

Por sorprendente que os parezca, Chatín se quedó dormido, y al despertar no se acordaba de donde estaba. Al fin lo recordó con un sobresalto. Cielo santo..., ¿cuánto tiempo habría dormido? Aguardó a que el reloj del campanario volviera a dar horas, descubriendo aliviado que no había estado durmiendo más que media hora. ¿Cómo pudo dormirse de aquella manera? Sea como fuere, lo mejor era regresar a casa en seguida. Seguramente el ladrón ya se habría ido. ¡Qué aventura para contar a sus compañeros cuando regresara!

Sintiéndose mucho más valiente, gracias a la presencia de “Ciclón”, se dispuso a salir de debajo del arbusto con sumas precauciones. La Luna apareció de nuevo iluminando brillantemente el castillo. No se veía figura alguna que trepara por sus paredes, y con un suspiro de alivio, Chatín emprendió el camino hacia el muro.

Sin saber cómo, se equivocó de dirección y anduvo demasiado hacia la izquierda, en dirección a la verja de hierro, y, ¡entonces sí que se llevó un buen susto! ¡Morrocotudo!

Penetró en un espacio cubierto de maleza encontrándose ante un barranco donde muchos pares de ojos brillantes le contemplaban. Pudo ver tras ellos pequeños cuerpos envueltos en las sombras..., pero eran los ojos los que le asustaron. La Luna lanzaba sus rayos iluminando el pequeño barranco, haciendo brillar aquellos ojos vidriosos y estáticos que parecían observar fijamente a Chatín sin el menor pestañeo.

“Ciclón” gruñía y luego empezó a ladrar con el lomo erizado, hasta que dando media vuelta se alejó aullando. Chatín comprendió entonces que el pobre también estaba asustado e imitándole echó a correr. ¡Y cómo corrió tropezando con los árboles y la maleza, rasgando su abrigo, arañándose las piernas, con tal de alejarse de aquellos ojos brillantes que le aguardaban en el barranco!

Nunca supo cómo encontró la escalera, pero subió por ella, la izó tras él, y soltándola de los espigones la arrojó al suelo. Luego dejando los sacos donde estaban, se dispuso a saltar, pero como no era tan diestro como Nabé para aquella clase de cosas, cayó con demasiada fuerza, torciéndose un tobillo y pelándose las rodillas, pero se levantó en seguida, dispuesto a huir.

“Ciclón” corrió en busca de su agujero y atravesándolo con cierta dificultad logró llegar junto a su amo que estaba temblando y a punto de echarse a llorar y que le echó los brazos al cuello.

–No te separes de mí, “Ciclón”. Vámonos a casa. Aquí hay algo extraño que no me gusta nada. No te apartes de mi lado.

“Ciclón” no tenía intención de hacerlo; tampoco estaba muy tranquilo, y se pegó cuanto pudo a los talones de Chatín haciéndole tropezar más de una vez. Tomaron el atajo a campo traviesa y al fin llegaron a la casa sanos y salvos.

Roger seguía profundamente dormido, igual que Diana. Chatín hubiera querido despertarlos para contárselo todo, pero no tuvo valor. Los dos habían estado tan malitos...

Los despertó a primera hora de la mañana y se lo dijo. Sacudió a Roger y fue a llamar a Diana. Hizo que Roger fuese a la habitación de su hermana y allí se lo explicó a los dos.

–Anoche corrí una gran aventura –empezó–. Nunca podríais imaginarlo. ¡Escuchad!



Capítulo XXIII - ¡Aparece todo en los periódicos!

Roger y Diana seguían un poco débiles debido a su indisposición del día anterior y no les satisfizo mucho que les despertaran tan temprano, pero pronto aguzaron el oído para escuchar la historia de labios de Chatín.

Claro que él exageró, como de costumbre, lo cual fue una lástima. Les contó cómo había logrado subir al muro, cómo había esperado sin “Ciclón”, y que de pronto había visto una figura negra trepando por la pared.

–Subía y subía –dijo Chatín–, saltando de repecho en repecho, agarrándose a la hiedra, utilizando las cañerías..., troncho, debierais haberlo visto. ¡Igual que un gran acróbata!

–¿Era Tonnerre? –preguntó Roger, excitado.

–Es posible –replicó Chatín–. Estaba demasiado lejos para verle bien. Y había otra figura al pie de la pared..., y otra en el tejado.

¡Cuando hubo concluido parecía que el castillo y los jardines estaban atestados de ladrones! Roger empezó a mirarle con desconfianza, pues conocía muy bien la costumbre de Chatín de exagerar las cosas.

–¡Aguarda un momento! –continuó Chatín, divirtiéndose a más no poder–. Vi además otra cosa. Los dos lo vimos, “Ciclón” también y se asustó de verdad.

–Apuesto a que tú también –intervino Diana.

–¡No tuve ni pizca de miedo! –recuso Chatín mintiendo y olvidándose por completo del terror pasado–. Escuchad. Bien, llegué a una especie de barranco pequeño... ¡y allá nos esperaban toda clase de cosas con ojos llameantes!

Hubo un silencio.

–¿Qué clase de cosas? –preguntó Diana por fin–. ¿Gatos?

–Claro que no –replicó su primo, enfadado–. No bromees con estas cosas. Era algo aterrador..., por lo menos lo hubiera sido para ti. En realidad no sé a quiénes pertenecían aquellos ojos..., estaba demasiado oscuro para poder ver..., pero de todas maneras..., todas aquellas criaturas me estaban esperando a mí. Fue horrible.

–Y yo supongo que hiciste lo que hubiera hecho cualquier persona sensata..., dar media vuelta y echar a correr... –dijo Roger.

–Bueno..., no me esperé mucho rato –admitió Chatín–. Vosotros tampoco lo habríais hecho.

–¡Puedes apostar! –exclamó Roger–. ¿Y qué hicieron? ¿Aullar? ¿Gruñir? ¿Gritar?

–Oh..., una especie de mezcla de todo eso –dijo Chatín, volviendo a exagerar–. Y uno de ellos dio un paso adelante como si viniera a por mí y “Ciclón”.

Roger y Diana no pudieron evitar que todo aquello les impresionara.

–¿Podríais llevarnos a ver ese barranco? –le preguntó Roger.

–De día sí –replicó Chatín con presteza–. Iremos esta mañana.

Pero no lo hicieron. Cuando Chatín bajó a desayunar, tarde como de costumbre, aunque no le riñeron por ofrecerse a subirles el desayuno a sus primos, encontró a todo el mundo interesado por una noticia que aparecía en el diario de la mañana.

–¿Qué ocurre? –preguntó Chatín, adivinándolo en el acto. Claro..., ¡el robo! ¡Debía publicarlo el periódico!

Y así decían los grandes titulares:

EXTRAÑO ROBO OCURRIDO ANOCHE EN EL CASTILLO MARLOES.

SE LLEVARON A LOS ANIMALES DISECADOS QUE ABANDONARON EN LOS JARDINES.

¿ES OBRA DE UN LOCO?

¿CÓMO CONSIGUIÓ ENTRAR A TRAVÉS DE LAS VENTANAS ENREJADAS Y LAS PUERTAS CERRADAS CON LLAVE?

Chatín miró por encima de los hombros de los mayores y leyó la noticia. Allí venía todo. Alguien había penetrado misteriosamente en aquella estancia para llevarse... Dios mío, qué extraño..., todos los animales disecados, ¡pero al parecer nada más!

Chatín sintió que enrojecía. Caramba... aquellos ojos brillantes... debían ser los de los animales disecados que el ladrón había arrojado a aquella pequeña hondonada. ¿Por qué habría dicho que aquellas criaturas gritaron y se movieron? ¡Oh, cómo iban a reírse de él cuando supieran lo ocurrido!

Chatín desayunó muy sobriamente y sin decir una palabra de lo que sabía. Dejó que lo discutieran los mayores preguntándose qué podría decir a Roger y Diana para justificarse. ¿Por qué habrían robado aquellos animales sin valor? Estaba muy intrigado. ¿Por qué el ladrón no se llevó los valiosos documentos? No tenía sentido. ¿Acaso era realmente un loco? ¡En ese caso debía ser otro ladrón distinto del que robaba papeles antiguos!

¿Y de todas formas, cómo pudo entrar allí aunque estuviera loco? Chatín le había visto trepar por la pared..., pero según el periódico, las ventanas seguían cerradas y los barrotes intactos.

Tío Roberto lanzando de pronto una exclamación en alta voz, hizo que todos los que allí se encontraban, se sobresaltaran.

–Escuchad esto, viene en las noticias de última hora. Han encontrado una pista.

–¿Qué? –preguntaron a un tiempo la señora Lynton y Chatín.

Tío Roberto, dejando el periódico, dijo con una entonación muy peculiar:

–La pista que han encontrado en los jardines, es... ¡un “guante verde”!

Y se quedó mirando fijamente a Chatín que se puso muy pálido. Cáscaras..., qué extraordinario. ¿Por qué habría inventado aquella historia absurda de la banda Manos Verdes? Aquello le perseguiría durante el resto de sus días.

–Yo creo –dijo tío Roberto en tono pomposo–. No sé por qué me parece que esto debe ser obra de la banda Manos Verdes. ¿Qué opinas tú, Chatín?

El señor y la señora Lynton miraron muy sorprendidos a tío Roberto, y Chatín, que se había atragantado con el último pedazo de tostada, se puso en pie.

–Yo..., yo no sé nada de la banda Manos Verdes –le dijo–. Nada en absoluto. Tía Susana, ahora iré a subir el desayuno a Roger y Diana.

Cuando Chatín se hubo marchado, el señor Lynton volvióse a tío Roberto.

–¿Qué es todo esto? –le preguntó–. Parece cosa de película de intriga... ¡“La banda de los Manos Verdes”! ¡Es absurdo!

–Ha llegado el momento de contarle lo que sé –le dijo el anciano en tono solemne–. Y no es mucho. Estos días no quise hacer caso por considerarlo una tonta invención de Chatín..., pero ahora que han encontrado un guante verde, es distinto.

Y a continuación les contó el cuento fantástico que Chatín le estuvo refiriendo en el tren acerca de la banda que le perseguía por haberse entrometido en su complot; su huida, y cómo le había dicho que la llamaban banda Manos Verdes, porque siempre llevaban guantes de ese color, iba a operar en Ricklesham..., para robar unos documentos valiosos.

–Y el caso es que ocurrió así –continuó tío Roberto–. ¡Y ahora se ha cometido otro robo... y han encontrado un guante verde!

–Chatín te ha estado tomando el pelo, tío Roberto –le dijo la señora Lynton para tranquilizarle–. Es un niño muy travieso. Tendré que reprenderle por todo lo que ha dicho.

–Sí..., ¡pero el guante verde! –exclamó el anciano–. Eso no puede haberlo inventado. Han encontrado realmente un guante verde.

–Coincidencia..., pura casualidad –replicó el señor Lynton en tono impaciente–. Chatín no sabe nada. Necesita una buena azotaina y yo me cuidaré de que la tenga cuanto antes.

–No, no..., no lo hagas –le dijo tío Roberto, alarmado–. Yo creo que Chatín sabe algo. Dale una oportunidad, Ricardo. Yo no le hubiera descubierto de haber sabido que ibas a pegarle.

–Oh, hace tiempo que lo merece –dijo el señor Lynton recogiendo sus cartas–. Puedes decirle de mi parte que va a recibir una azotaina..., a menos, claro está, que sepa realmente algo y pueda presentar un miembro de esa maravillosa banda que lleva guantes verdes.

Y dicho esto, se marchó. Tío Roberto suspirando pensó que se estaba complicando en muchas cosas. Dios mío..., Dios mío..., pensar que se había cometido un robo en el Castillo Marloes..., sin que se llevaran ninguno de los preciosos documentos..., sólo animales disecados. ¡Era extraordinario!

Chatín penetró de puntillas en la habitación cuando tío Roberto se hubo quedado solo.

–¿Qué le dijo usted? –le preguntó–. Tío Roberto está furioso. Lo sé por la manera en que ha cerrado la puerta de la calle.

–Hijo mío, le dije lo que tú me contaste... y no sólo no ha querido creerlo..., a pesar de los guantes verdes –le dijo el anciano con toda solemnidad–, sino que tu tío, siento decírtelo, va a darte unos buenos azotes, a menos que... Eh... consigas presentar a uno de los ladrones que usan los guantes verdes.

–No debiera haberme descubierto –dijo el pobre niño sintiendo compasión de sí mismo–. Encima de que anoche me torcí el tobillo, y me pelé las rodillas..., mire..., ahora me pegarán. Esto no es justo. ¡Sobre todo cuando yo sé más que nadie acerca de este robo!

–¿Sí? –exclamó tío Roberto, sorprendido–. ¿O será otro de tus cuentos? –preguntó con recelo–. Cuéntame.

–No pienso decir una palabra ni a usted ni a nadie –le replicó Chatín, casi llorando–. ¡Chivándose de esa manera! Y haciendo que me peguen..., no es justo. ¡Ojalá existiera la banda Manos Verdes..., la lanzaría contra todos los de esta casa... y encima me alegraría!

Y se marchó cerrando la puerta de golpe. Tío Roberto estaba nervioso y preocupado... y también muy confundido. ¿Qué es lo que debía creer? ¡Vaya, vaya, Chatín era un niño extraordinario, pero en el que no se podía confiar!



Capítulo XXIV - Llega la policía

De pronto comenzaron a suceder un montón de cosas. ¡La primera fue la llegada de la policía!

–¡Vaya..., el inspector Williams se aproxima por el jardín... y le acompaña un hombre vestido de paisano..., me parece que debe ser un detective! –exclamó Roger, excitado.

–¿Por qué vendrán aquí? –dijo Diana, y Chatín empezó a temblar. Cielo santo, ¿habría contado algo tío Roberto de la banda Manos Verdes a la policía? ¡No era posible!

El pobre Chatín fue a encerrarse en el cuarto de los trastos. Estaba completamente seguro de que la policía querría interrogarle acerca de su ridícula historia de las Manos Verdes.

–Nunca volveré a inventar nada, nunca –gemía el pobre Chatín–. Este cuento me ha estado persiguiendo y persiguiendo... y por mucho que digo que yo lo inventé,

nadie me creerá ahora que han encontrado un guante verde.

El inspector preguntó por tío Roberto, y fue introducido en el salón, junto con su acompañante.

–¿Es usted don Roberto Lynton? –preguntó el inspector–. He venido a verle por este extraño caso ocurrido en el Castillo Marloes, señor. Lord Marloes nos ha pedido que habláramos con usted. Piensa trasladar todos sus documentos a un lugar más seguro ahora que un ladrón ha demostrado que puede entrar en la habitación donde se guardan. Es un extraño asunto... haberse llevado los animales y dejado todos los documentos. Yo diría que es obra de un loco.

–Sí, es muy extraño, desde luego –convino tío Roberto–. ¿Es que lord Marloes desea que yo haga algo con respecto a esos documentos?

–Sí, señor. Desea saber si usted podría ir al castillo y aconsejar al guardián cómo debe empaquetarlos, en que orden y demás.

–Con mucho gusto –repuso tío Roberto–. Lo haré encantado.

–Hay otra cosa más –dijo el inspector–. Cuando fue usted al otro día con los niños, ¿se fijó usted en dos hombres que habían allí?

–Sí –respondió el anciano–. ¿Por qué?

–Pues verá usted, todo el que visita la colección Marloes tiene que llevar un pase en el que consta su nombre y dirección –dijo el inspector, entregándole tres pases–. Éste es el suyo, señor, con los nombres de los tres niños. Éste es el de otro visitante, un tal profesor Cummings, un sujeto muy encorvado. Y éste otro... a nombre de Alfredo Jaime Smith, con residencia en Thurlow, Crescent, 38, Leeds. Pues bien, hemos comprobado el suyo, desde luego y el del profesor Cummings..., cuyas direcciones son correctas. Pero en el tercer caso...

–¿Acaso era falso? –le preguntó el señor, excitado–. ¿Pero por qué? ¿Y qué relación puede tener un hombre con nombre y dirección falsos que va a mirar los documentos, y otro hombre, seguramente loco, que roba los animales disecados? No tiene sentido.

–Tiene usted razón, es absurdo –convino el inspector mientras su acompañante vestido de paisano asentía con la cabeza–. Pero es posible que exista alguna relación entre ellos, y por eso queremos averiguar todo lo que podamos acerca del individuo que dio un nombre y dirección falsos. ¿Podría usted describirlo exactamente?

–Pues no. Apenas me fijé en él –repuso tío Roberto–. Pero, ¿por qué no se lo preguntan a los niños? Los tres son muy listos, y podrán darle una descripción completa.

–Buena idea. ¿Puede usted avisarles? –le pidió el inspector, y el anciano se levantó para ir en su busca, y una vez fuera de la habitación, gritó:

–¡Roger! La policía quiere hablar con vosotros tres. Haced el favor de bajar.

Roger estaba muy excitado. ¿Qué ocurriría? Y fue a avisar a su hermana.

–¿Dónde está Chatín? ¡Chatín, contesta, “Chatín”! ¿Dónde estás? La policía quiere hablar contigo.

A Chatín le dio un vuelco el corazón. ¿Qué le ocurriría ahora? Tío Roberto debía haberle descubierto..., debía haber repetido todo lo de la banda Manos Verdes a la policía. Tuvo la impresión de que a la sazón no le era posible moverse.

–¡“Chatín”! ¿Dónde estás? –gritó Roger, abriendo la puerta del cuarto trasero–. ¿Cielos, qué haces aquí solo con “Ciclón”? ¿Es que no oías que te llamaba? Baja en seguida. La policía quiere hablar con nosotros.

Chatín empezó a bajar la escalera temblando de pies a cabeza, y Roger y Diana muy emocionados.

–Buenos días, pequeños –les dijo el inspector con una sonrisa muy simpática–. Quisiera hablar con vosotros. ¿Alguno se fijó en dos hombres que estuvieron en el Castillo Marloes al mismo tiempo que vosotros viendo los animales y documentos?

Chatín se animó un poco. Tal vez la policía no había ido en su busca..., quizá tío Roberto no le hubiera traicionado...

Roger asintió.

–Sí, les recuerdo bastante bien. Uno era muy viejo y encorvado..., tanto que ni pude verle el rostro.

–¡Y el otro tan peludo que tampoco podía vérselo la cara! –exclamó Diana.

El hombre vestido de paisano que había estado escribiendo en un librito de notas alzó la cabeza al oír aquellas palabras.

–¿Tan peludo era? –preguntó.

–Pues sí –repuso Diana–, tenía una cabellera muy espesa, cejas muy pobladas, un gran bigote y barba. ¡No podría decirle cómo era porque todo era pelo!

–¿Era corpulento? –preguntó el detective.

–Sí –continuó Diana–, un hombre muy corpulento. ¿Por qué, acaso le conoce?

El detective estaba volviendo algunas hojas de su libreta.

–Tu descripción concuerda con un hombre que sabemos suele visitar las colecciones de documentos antiguos, algunos de los cuales fueron robados últimamente –explicó–. La verdad es que coincide exactamente.

Los niños guardaron silencio.

–¿Entonces usted cree que ése es el hombre que robó los otros documentos... y los animales disecados del Castillo Marloes? –preguntó Roger al fin–. ¿Para qué quiso llevarse esos animales apolillados?

–¡Cualquiera sabe! –repuso el detective–. Ahora dime... ¿reconocerías exactamente a ese hombre si volvieras a verle?

–Sí..., si sigue conservando el pelo –contestó Roger–. ¡Pero creo que mucha parte de sus cabellos eran falsos!

–Probablemente tendrás razón –repuso el inspector–. ¿Y... no le visteis las

manos... por casualidad?

Los tres niños se esforzaron por recordar.

–Yo le vi utilizar una lupa para examinar los documentos –dijo Roger–. Y que yo recuerde sus manos eran corrientes... No observé que fueran muy peludas... ahora que lo pienso... como tal vez debieran haberlo sido tratándose de un hombre tan velludo. Tío Roberto tiene gran cantidad de vello... incluso en las manos... mire.

Todos miraron las manos de tío Roberto, que sintiéndose muy violento, las introdujo en sus bolsillos en cuanto le fue posible.

–¿Os parece que ese hombre pudo “calzar” este guante? –dijo el inspector, que extrajo un guante verde de su bolsillo con la misma facilidad que un prestidigitador saca un conejo de su sombrero.

Tío Roberto lo miró y luego volvió la vista hacia Chatín que casi podía “leer” sus pensamientos. ¡La, banda Manos Verdes!, pero no dijo nada.

Los niños contemplaron el guante, e incluso “Ciclón” fue acercándose para olerlo y luego comenzó a gruñir, muy excitado.

–¡Vaya... él sabe de quién es ese guante! –exclamó Chatín asombrado–. Eso es lo que hace siempre que se le enseña algo que huele a alguna persona que conoce.

–¡Ajá... ahora sí que podemos llegar a alguna parte! –dijo el detective levantándose de pronto–. ¿Estás seguro de que el perro sabe de quién es ese guante? ¿Completamente seguro? Entonces las cosas se simplifican bastante. El propietario de ese guante tiene que ser alguien que vosotros conozcáis.

–¡Troncho! –exclamó Roger pensando inmediatamente en Tonnerre. Volvió a examinar el guante, que era muy pequeño y fabricado con la piel más suave que podáis imaginar. No... no era posible que fuese de Tonnerre... puesto que tenía las manos muy grandes... ¿o no? Tal vez no lo fueran... y Roger también creíalo así por ser Tonnerre tan enorme y, por consiguiente, parecía lógico que sus manos también lo fuesen.

Chatín cogió el guante para examinarlo, y “Ciclón” de pie sobre sus patas posteriores continuó olfateándolo y gruñendo. Si pudiera hablar... ¿qué nombre diría?

–¿De quién es ese guante, “Ciclón”? –le preguntó su amo Chatín.

–¡Guau! –ladró el perro en el acto, y el detective cogió el guante de manos de Chatín para entregárselo al inspector. No quería que “Ciclón” devorara su mejor pista.

–No habéis contestado a mi pregunta –continuó el inspector guardándose el guante–. Os he preguntado si creéis que el hombre velludo pudo haber llevado un guante tan pequeño como éste.

Los niños reflexionaron.

–Sí, es posible –repuso Roger.

–No lo recuerdo –dijo Diana.

–Es imposible –fue la respuesta de Chatín.

–¡Um... vaya una ayuda! –dijo el inspector con una carcajada–. Bueno, gracias, pequeños. Eso es todo lo que quería preguntaros. Tened los ojos bien abiertos por si veis al hombre velludo, ¿lo haréis? Es posible que pudiera contarnos algunas cosas un tanto interesantes si le encontrásemos.

Chatín se marchó dirigiendo una mirada de agradecimiento a tío Roberto.

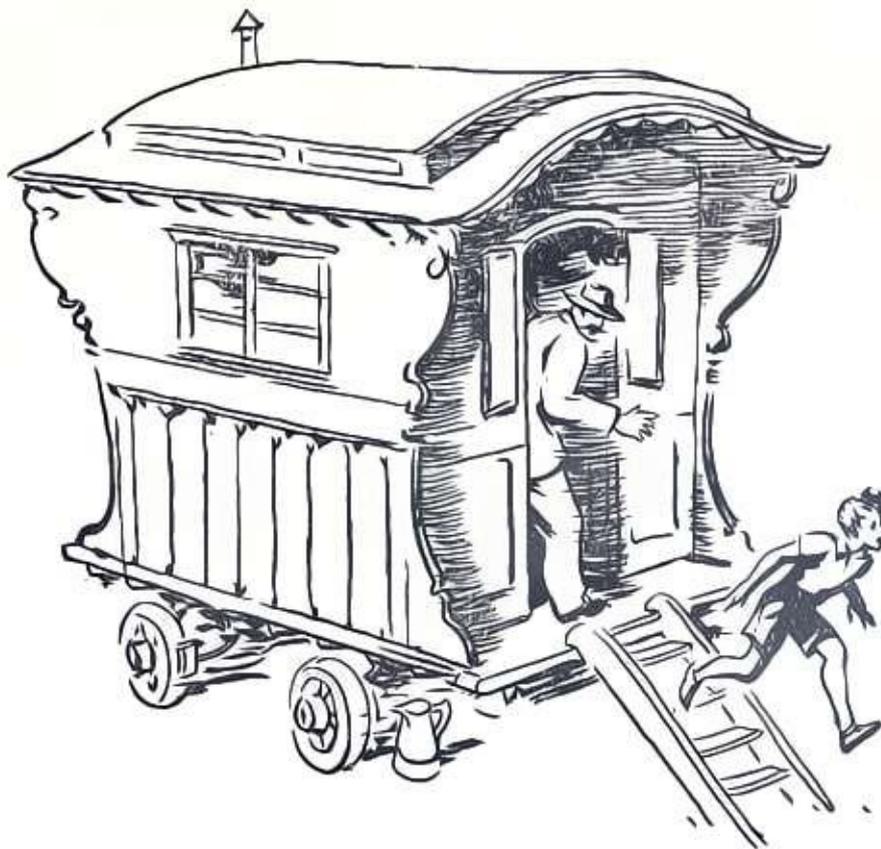
“Ciclón” salió tras de los niños y Roger se detuvo para acariciarle.

–De manera que tú sabes quién es el propietario del guante verde –le dijo–. ¿Quién se pondría ese guante para no dejar huellas, “Ciclón”? ¿Y dónde está la pareja? ¿No podrías encontrarla? ¿No puedes decirnos nada?

–¡Guau, guau! –ladró “Ciclón”, alegremente disfrutando con aquella conversación, y saltando alrededor de Roger muy excitado.

–Ese hombre velludo da que sospechar, es muy extraño –dijo la niña–. ¿Qué estaba haciendo allí aquel día, si es que era el ladrón? ¿Mirar si había algún documento que valiese la pena robar... o qué?

–Sólo Dios lo sabe –repuso su hermano–. Esto es un lío... el hombre velludo... el guante verde... los animales robados... y “Ciclón” es el único que sabe quién es. ¡Es muy, muy extraño!



Capítulo XXV - ¡Lo que se habla!

Roger y Diana volvían a encontrarse perfectamente, y propusieron ir a la feria para ver si también Nabé se encontraba repuesto. ¡Tenían tantísimas cosas que contarle!

–Sí, id a verle –les dijo la señora Lynton–. Un paseo en una mañana tan soleada os sentará bien después de la desagradable indisposición de ayer. Tened cuidado con lo que adquirís en la feria, por favor. Lo mejor sería que no volvierais a comprar nada de comer después de esta molesta experiencia.

Marcharon los tres juntos con “Ciclón”, loco de contento ante la perspectiva de dar un paseo. Iba en cabeza metiendo los hocicos en todos los agujeros que encontraba, husmeando el rastro de los conejos.

Nabé estaba ya bien del todo. Por la noche se encontró muy mal, pero tras acostarse durmió profundamente hasta las diez de la mañana, y le encontraron silbando alegremente mientras limpiaba la barraca donde se hacía lo del tiro de

anillas.

–Es sábado –explicó–. Y esos días siempre viene mucha gente, de manera que quiero que todo brille como el oro. Eh, “Miranda”, deja en paz a “Ciclón”. ¡Si le tiras de las orejas, él te tirará del rabo!

Pero eso era precisamente lo que “Ciclón” no podía hacer, porque “Miranda” se había sentado sobre el techo del barracón balanceando su cola, fuera del alcance del pobre “Ciclón”.

–Nabé... ¿has leído el periódico? –le preguntó Roger en seguida.

–No –repuso Nabé sorprendido–. ¿Qué ocurre?... Cáscaras... ¡no querrás decir que se ha cometido un robo... en el castillo! Nos lo perdimos. Por encontrarnos enfermos no pudimos ir a vigilar.

–¡Chiss! –le dijo Diana en tono de advertencia–. Tenemos montones de cosas que contaría, Nabé. ¿No podrías venir con nosotros a un lugar seguro donde nadie pueda oírnos, aunque sólo fuese por una hora?

–Dejad que termine de limpiar mi barraca e iré con vosotros –contestó Nabé excitado–. Sólo tardaré diez minutos. Id a ver a los chimpancés. Esta mañana están bastante tristes.

Y así era. Estaban sentados Juntos, abrazados, uno al otro con aspecto muy abatido.

–¿También han comido bocadillos de salchichas? –preguntó Chatín a Vosta, pero éste parecía enfadado y le contestó en tono seco.

–No seas tonto. Yo nunca les doy esa clase de alimentos. No tienen nada. Tonnerre ha estado con ellos, eso es todo. No pueden soportar sus gritos.

–Ni yo tampoco –replicó Roger llevándose las manos a los oídos al oír las voces de Tonnerre, que por lo visto estaba riñendo a otro... y éste era Jun-un que vino quejándose y con una mano en un lado de su cabeza.

–Me ha pegado por nada –se quejó mostrando a los niños una oreja enrojecida–. Dijo que me había guardado dinero de los paseos en elefante, y no es verdad. Pero lo haré la próxima vez.

–No, no debes hacerlo –le dijo Diana sorprendida.

–¿Por qué no? –preguntó el pobre Jun-un–. Mira, me ha pegado por algo que no hice. Pues bien, lo haré para cobrarme el castigo. Entonces estaremos en paz.

–En paz con él pero no contigo mismo –le dijo Roger–. No hagas nada malo, Jun-un, y así no tendrás que arrepentirte.

Jun-un no estaba muy convencido, pero prometió no hacerlo y se marchó murmurando por lo bajo.

Los niños dejaron al malhumorado Vosta y sus tristes chimpancés, aún abrazados, para ir a ver si Nabé estaba ya preparado, como así era.

Se fueron al carromato que Nabé compartía con otro muchacho.

–Aquí estaremos bien, si hablamos bajo –les dijo Nabé–. Ahora decidme... ¿qué publica el periódico? ¿Qué ha ocurrido?

Habían comprado un periódico por el camino y se lo enseñaron.

–¡Animales disecados! ¿Acaso tienen valor? –le preguntó.

–Éstos no –repuso Roger–. Son los que vimos nosotros en el castillo... estaban comidos por la polilla.

–Y yo los vi anoche en los jardines del castillo donde los dejó el ladrón... y donde los encontró la policía esta mañana –intervino Chatín, y a Nabé casi se le salen los ojos de las órbitas.

–¿Qué? –dijo–. ¿Fuiste tú anoche? ¿Tú solo, para vigilar? ¡Vaya, sí que eres valiente!

Chatín sentíase muy orgulloso, y le contó toda la historia a Nabé, quien le escuchó con el mayor interés.

–Nabé..., ¿tú conoces a alguien que use guantes verdes... y pequeños? –le preguntó Diana–. Sobre todo un acróbata... alguien que pueda trepar por las paredes, saltando de repecho en repecho, y cosas por el estilo...

–¿Usa guantes verdes Tonnerre? –le preguntó Chatín bajando la voz.

–Nunca le vi llevar guantes de ninguna clase. En la feria nadie los lleva –repuso Nabé–. ¡Vaya, se burlarían de ellos!

–¿Hay algún acróbata en la feria que tenga las manos pequeñas? –quiso saber Diana.

Nabé reflexionó.

–Pues, Vosta –dijo al fin–. Es un buen acróbata, como sabéis, aunque aquí se ocupe de amaestrar a los chimpancés. Y tiene las manos pequeñas, casi como las de una mujer.

¡Vosta...! ¿Sería Vosta?

–¿La figura que viste subir por la pared se parecía a Vosta? –preguntó Roger a Chatín, y éste respondió:

–Pues... es difícil asegurarlo, porque no pude verle con claridad. Todo lo que sé es que todos sus movimientos parecían muy seguros –repuso el niño–. Como si estuviera muy acostumbrado a tales ejercicios.

–No pudo ser Vosta –dijo Nabé–. No hubiera sido tan tonto como para robar animales disecados. El que roba los documentos debe conocerlos muy bien, o deben indicarle con todo detalle los que debe llevarse. Vosta no cometería una equivocación semejante. Algo solió mal anoche.

Roger sacó su plano... el que trazara en el castillo.

–No debemos olvidar, que nuevamente el ladrón ha pasado a través de ventanas cerradas –continuó–. El periódico dice que no pudo hacerlo por la puerta, ya que hay instalado un timbre de alarma que suena si se abre alguna durante la noche. Y el

timbre no sonó, de manera que no se abrieron las puertas.

Todos se inclinaron sobre el mapa para examinarlo. Era evidente que el ladrón pensaba penetrar por las ventanas, ya que trepó por las paredes exteriores. ¿Pero cómo pudo abrir las ventanas que estaban cerradas por dentro? ¿Y cómo diantre consiguió pasar entre los estrechos barrotes?

–¡Me doy por vencido! –exclamó Roger–. ¡A menos que por casualidad fuese Papá Noel y bajara y por la chimenea! Es una idea... ¿creéis que el ladrón pudo ser Papá Noel? Chatín, ¿se parecía a Papá Noel cuando trepaba por la pared?

–No seas bobo –replicó Chatín–. De todas maneras... me pareció ver una figura en el tejado, junto a la chimenea.

–Según tú, las vistes por todas partes –intervino Diana incrédula–. Lo malo es que contigo nunca se sabe hasta qué punto exageras.

–No creeréis que el ladrón pudo bajar por la chimenea, ¿verdad? –preguntó Roger de pronto–. Quiero decir, hablando en serio. Mirad, en el plano he señalado dónde está la chimenea. En el tejado había sólo una chimenea, y supongo que es porque todas las chimeneas de aquella ala están situadas una debajo de la otra, y el mismo tiro sirve para todas.

–Estas casas antiguas tienen unas chimeneas muy anchas –dijo la niña–. Lo suficiente para que un hombre baje por ellas con toda facilidad.

–Pero el hogar no parecía muy grande –repuso Chatín haciendo memoria–. Yo tal vez hubiera podido bajar por allí..., pero estoy casi segura de que un individuo tan corpulento como Tonnerre no pudo hacerlo.

–Entonces tendremos que descartar la chimenea también –dijo Roger–. Es extraño. Es imposible que nadie haya atravesado las puertas, pues tienen un timbre de alarma... es imposible que nadie haya podido abrir las ventanas desde el exterior... y estabas de acuerdo en que el tiro de la chimenea y el hogar son demasiado pequeños para que pudieran bajar por ahí. Todo esto son imposibles... y no obstante a alguien le fue posible entrar en esa habitación y llevarse, sin que nadie se enterase, casi una docena de animales disecados.

–No pudo llevárselos todos a un tiempo –dijo Chatín–. Eran demasiados. Debí hacer muchos viajes. Supongo que estaría subiendo y bajando constantemente durante la media hora que yo me quedé dormido.

–¡Vaya! Eso no nos lo habías dicho –exclamó Diana.

–No me acordé –repuso Chatín.

Se oyeron pisadas en los escalones del carromato y a los pocos instantes Tonnerre abrió la puerta con aspecto amenazador.

–¡Vaya! ¡De manera que aquí es donde vienes a holgazanear con tus amigos! –rugió–. ¡Y a leer el periódico cuando debieras estar en tu trabajo!

Y arrancando el periódico de las manos de Nabé lo rasgó por la mitad. Chatín

empezó a temblar, pues temía realmente a Tonnerre.

–Vuelve a tu quehacer –dijo a Nabé–. ¡Y vosotros, fuera de mi campo! –gritó a los otros–. Menos este muchacho. Ajá, es el que espiaba en mi carromato. Vamos allí y te enseñaré unas cuantas cosas. Anda, pequeño fisgón.

Y se llevó al pobre Chatín antes de que los otros pudieran hacer nada. Roger y Nabé corrieron tras el furioso Tonnerre, pero igual podían haber sido perros ladrando a un toro, porque ni siquiera se fijó en ellos. ¡Estaba realmente iracundo!

Nabé corrió en busca de la vieja Ma.

–Vieja Ma..., ¿podría ir a decir a Tonnerre que dejara a Chatín? Él no ha hecho nada.

–Pero incluso la vieja Ma tenía miedo a Tonnerre aquel día.

–Es un hombre despiadado –dijo mirando cómo arrastraba al pobre Chatín hasta su carromato–. No puedo hacer nada cuando le dan esos arrebatos.

Pero “Ciclón” no temía a nadie que hiciera daño a su querido amo, y corrió tras Tonnerre, ladrando y gruñendo. Arañó sus tobillos mientras subía los peldaños de su carro, le rompió los pantalones al entrar y le mordió las piernas con tal fuerza, que Tonnerre tuvo que saltar a Chatín, lanzando un aullido, para ocuparse del perro.

“Ciclón” se refugió debajo de las literas, y Chatín aprovechó la oportunidad para salir del carromato bajando los escalones de un solo salto.

“Ciclón” estuvo escarbando debajo de la litera, y salió del carromato con algo en la boca que dejó en el suelo antes de volverse a toda velocidad en persecución de Tonnerre.

Diana, que estaba allí cerca, casi petrificada por todo lo que estaba viendo, fue a ver lo que “Ciclón” había dejado en el suelo, y que la produjo el mayor de los asombros.

¡Era un guante verde..., la pareja del que la policía había enseñado a los niños aquella mañana!



Capítulo XXVI - El segundo guante verde

Diana recogió en seguida el guante escondiéndolo en el bolsillo de su vestido. No supo por qué lo hizo, pero tuvo el presentimiento de que era importante que lo escondiera.

Chatín había conseguido ya salir del recinto de la feria, y “Ciclón” seguía mordiendo los tobillos de Tonnerre, y el gigante le daba puntapiés sin dejar de gritar. Toda la gente de la feria le contemplaba, la mayor parte en silencio.

Nabé se acercó a Roger.

–Marcharos tú y Diana. Salid por la puerta del otro lado del campo. Chatín ya está a salvo... y correrá hasta vuestra casa. No volváis por aquí. Yo dejaré esta feria hoy mismo. Tonnerre está contra mí, y no quiero trabajar más para él. Iré a vuestra casa en cuanto pueda, a contaros lo que haya ocurrido. Anda, daos prisa.

–¿No te ocurrirá nada, Nabé? –le preguntó Diana preocupada mientras su hermano la arrastraba hacia la entrada que Nabé le había señalado.

Nabé hizo un gesto de asentimiento.

–Yo sé cuidarme. Tonnerre habrá tenido mala suerte..., le habrá salido algo mal, y entonces siempre se pone así..., es un sujeto peligroso. ¿Te fijaste en sus manos? ¡Son enormes! ¡Él no pudo ponerse el guante verde!

Diana no tuvo tiempo de contarle lo del otro guante, pues Roger la arrastraba a toda prisa hacia la salida. Lejos del campo se reunieron con el pobre Chatín.

Le encontraron sentado sobre una cerca junto al camino, y a “Ciclón” lamiéndole los tobillos. Estaba bastante pálido y les dirigió una sonrisa triste.

–Hola –les dijo–. De manera que también escapasteis. Caramba... Tonnerre me da un miedo horrible. Me pasaré toda la noche soñando con él.

–Vámonos a casa, de prisa. Tengo algo que enseñaros –dijo la niña.

Emprendieron el regreso juntos, y “Ciclón” volvía de cuando en cuando para ver si Tonnerre les seguía, pero no era así, claro está. ¡Ahora probablemente estaría riñendo al pobre Nabé!

Diana apenas pudo contenerse. ¡Estaba deseando enseñarles el guante!

–¡Entremos en la glorieta, de prisa! –les dijo–. ¡Vamos, daos prisa!

Los niños le obedecieron y se sentaron, y “Arenque” fue a reunirse con ellos. “Ciclón” le recibió meneando el rabo, pues sentía tan satisfecho de haber mordido a Tonnerre que ni siquiera tenía ganas de perseguir al gato.

Diana introdujo la mano en su bolsillo y sacó el guante verde ante la sorpresa de los niños.

–¿De dónde lo has sacado? –preguntó Roger–. ¿Es que acaso lo olvidó la policía?

–No..., éste no es el guante que ellos trajeron, ¡sino la pareja! –dijo la niña–. ¿Qué os parece?

Roger se lo arrebató con una gran exclamación:

–¡Por todos los santos! ¿Dónde lo encontraste?

–Yo no lo encontré –repuso Diana–. Fue “Ciclón”. Cuando Tonnerre se llevó a Chatín a su carromato, “Ciclón” le siguió mordiendo y arañando. ¡Y al salir llevaba este guante en la boca! Debí cogerlo del suelo del carro. Es la pareja del otro.

Los dos niños contemplaron el guante, mientras Roger le daba vueltas entre sus manos.

–¿Qué significa esto? –preguntó–. Que yo vea..., quiere decir que aunque Tonnerre sea incapaz de ponérselos, se los presta a alguien que sí le entran..., en otras palabras, ¡se los presta al ladrón!

–Tienes razón –dijo Chatín, que agachándose, acercó el guante al hocico de “Ciclón” que al momento gruñó muy excitado.

–¿Lo veis? Sabe quién es el propietario de este guante... el mismo del que olió esta mañana. Es alguien que está en la feria –concluyó Chatín.

–Entonces será Vosta –replicó su primo–. Esta mañana observé que tiene las

manos pequeñas. ¡Te apuesto lo que quieras a que es Vosta!

Diana se “calzó” el guante que le sentaba perfectamente, y adoptó un tono siniestro para decir:

–¡La banda Manos Verdes! ¡Pertenezco a la banda Manos Verdes! ¡Ved mi guante verde!

Tío Roberto se dirigía a la glorieta con un libro, y al oír aquellas palabras pronunciadas con aquella voz tan peculiar, se detuvo alarmado.

¿Quién estaba hablando? ¿Qué voz tan extraña! Y Dios santo, ¿no era acaso una mano con un guante verde lo que asomaba por la puerta de la glorieta?

Lo era. Diana había empezado a danzar cantando en tono lúgubre y haciendo ondular su mano enguantada.

Tío Roberto estaba muy sorprendido y tomó una resolución repentina, penetró en la glorieta esperando ver algo extraordinario.

Pero todo lo que vio fue a los tres niños y a “Ciclón” muy asustado por su inesperada aparición. Diana en seguida escondió la mano tras de su espalda con ánimo de ocultar su guante verde.

–¿Qué significa esto? –les preguntó el anciano irritado–. Diana, ¿de dónde has sacado ese guante? Dímelo en seguida.

Se hizo un silencio sepulcral, y Diana miró a los niños con desesperación.

–Bueno –le dijo su tío-abuelo con voz desagradable–. ¿Me lo dices... o prefieres que se lo diga a tus padres? Diana, estoy seguro de que vosotros ocultáis algo que debíamos saber nosotros... e incluso la policía.

–Será mejor que se lo digamos –dijo Roger a los otros dos–. De todas maneras, ahora que hemos encontrado el guante, creo que está fuera de nuestro alcance. Está bien, tío Roberto, te contaremos todo lo que sabemos... y que en realidad es bastante.

–Pero antes que nada debes convencerte de que lo que te contó Chatín de la banda Manos Verdes era todo mentira –dijo Diana–. O de otro modo te vas a armar un lío. Ha sido pura casualidad que en este asunto hayan surgido un par de guantes verdes.

–Por favor, empezad a contarme todo lo que sabéis –le dijo tío Roberto con impaciencia, sentándose en el banco de madera de la glorieta–. Y di le a ese perro que deje de rascarse, Chatín. No comprendo por qué ha de empezar a rascarse, a más y mejor, en cuanto me ye. Ahora..., empezad.

Roger se lo fue explicando, y Chatín y Diana iban intercalando detalles que éste olvidaba. Era un relato muy largo y extraordinario, sobre todo cuando llegaron al momento en que Chatín vio a todas aquellas criaturas de ojos brillantes en el barranco la noche anterior. Tío Roberto lanzó un gruñido:

–Hum. Una experiencia alarmante. ¡Espero que te sirva de lección! Tate, tate. ¡Vaya una historia! ¿Y ahora qué me decís de ese guante? Me parece que ese Tonnerre debería ser interrogado por la policía.

A Chatín le pareció una idea magnífica. ¡Ah! ¡Entonces podría vengarse algo de Tonnerre! Sí, desde luego era una idea muy buena.

–Dadme el guante –dijo el anciano dándose importancia–. Y, por favor, entended bien lo que voy a deciros... ahora este asunto está completamente fuera de vuestras manos..., no debéis hacer nada, sólo manteneros apartados de todo esto, para evitaros complicaciones. Esto han de resolverlo las personas mayores, y no los niños.

Pero, cielos, ni tío Roberto, ni el señor ni la señora Lynton, ni tan siquiera la policía, parecían capaces de resolver el misterio de la feria de Rilloby y los robos del castillo.

Tonnerre dijo que no sabía nada de aquel guante verde que alguien debió dejar en su carromato. Nunca lo había visto hasta aquel momento. ¿Por qué iba a tener él un guante verde tan pequeño? ¡Si sus manos eran enormes! No le cabría más que el dedo pulgar.

–¿Entonces se lo prestó usted al ladrón para que se lo pusiera y no dejara huellas? –le preguntó el inspector por vigésima vez. Pero Tonnerre meneó la cabeza ya nervioso.

–¿Qué tengo yo que ver con los ladrones que roban animales disecados? ¡A mí, que los tengo vivos! Le aseguro que no sé nada, nada, nada de este maldito guante verde. “Nada en absoluto.”

De manera que la policía no pudo detenerle, por no poder probar que hubiese dejado los guantes a nadie, o que conociera al ladrón.

Se volvió a su carromato gruñendo como de costumbre, y todos procuraban apartarse de su camino.

Entonces la policía fue a interrogar a Vosta. ¿Qué sabía de los guantes? ¿Eran suyos? ¿Los había usado alguna vez? ¿Sabía trepar por las paredes? ¿Querría hacer el favor de probárselos?

Sí lo hizo... y desde luego eran bastante pequeños para él a pesar de no tener las manos muy grandes.

Los dos chimpancés observaron a los policías cuando entraron en la tienda de Vosta para interrogarle. Parecían muy abatidos, especialmente “Burly”, y permanecían abrazados el uno al otro.

Les interesó ver los guantes, ya que se levantaron para tocarlos.

–Todo lo nuevo les llama la atención –dijo Vosta apartando a los chimpancés–. Id a sentaros los dos. Vigile su pañuelo, inspector, si lleva alguno en el bolsillo, o se lo quitarán. “Hurly”, sobre todo, es un auténtico ladrón.

Los niños reflexionaron.

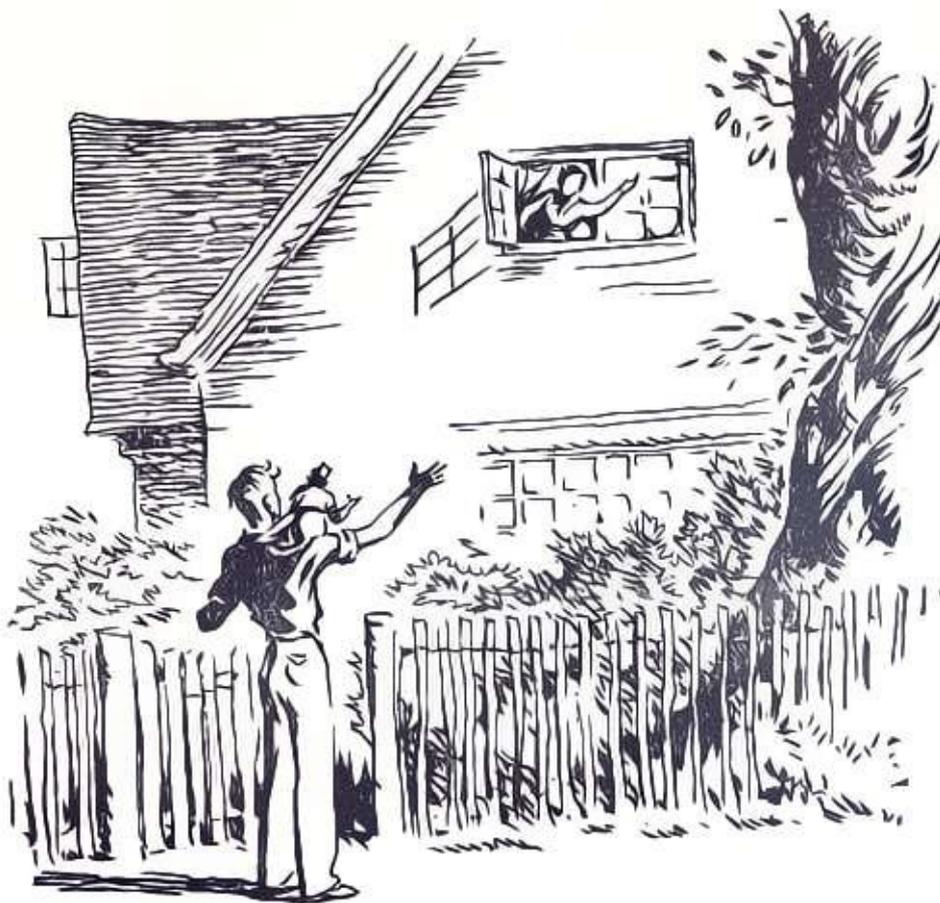
Fue imposible sacar nada de Vosta que se limitaba a decir que no sabía nada, que no sabía, y que no sabía. No sabía de quién eran los guantes, ni quién era el ladrón, ni nada de nada.

El inspector se guardó los guantes en el bolsillo con gesto de impaciencia, comprendiendo que Tonnerre y Vosta sí sabían algo..., pero él se enfrentaba con un muro infranqueable. No pudo hacer más preguntas, ni pasar adelante.

Se marchó con el detective, y Vosta hizo una mueca a sus espaldas sin perderles de vista hasta que hubieron atravesado el recinto de la feria y salido al campo. Por eso no vio que “Hurly” enseñaba algo a “Burly” y que éste alargaba la mano para cogerlo, ni que los chimpancés escondían su hallazgo debajo de las mantas de su litera.

“Hurly” había introducido su mano en el bolsillo del inspector, cuando éste se volvió para marcharse, quitándole el par de guantes verdes... ¡que ahora estaban escondidos bajo las mantas!

Los guantes excitaron a “Burly”, que quiso ponérselos, pero debía esperar a que Vosta no estuviera allí, de lo contrario se los quitaría. Era cosa de esperar... sabiendo que estaban allí..., debajo de la manta... aquellos bonitos guantes... ¡y se los pondría en cuanto Vosta se marchara!



Capítulo XXVII - Sábado... y lunes

Llegó el día siguiente que era domingo y en el que todo fue paz y quietud tras la excitación del día anterior.

Nabé hizo su aparición por la mañana, acompañado de “Miranda” y al ver a Roger asomado a la ventana, le hizo señas.

–Los otros están en la glorieta; bajo en seguida –le gritó Roger.

Nabé dirigióse a la glorieta donde encontró a Diana, Chatín y “Ciclón”, que le dedicó una calurosa bienvenida.

–¡Vaya! –exclamó Nabé mirando a Diana con asombro–. ¿Es que vas a alguna fiesta? Te veo muy compuesta, y Chatín está limpísimo.

–No, no vamos a ninguna fiesta –replicó la niña sorprendida–. Hoy es domingo y hemos ido a misa, eso es todo. ¿Es que tú no vas nunca?

–No, pero me gustaría –repuso Nabé, que, de ser posible, hubiera deseado hacer

todo lo que hiciesen sus amigos—. ¡Hola, Roger!

Roger se acercaba también muy pulcro y aseado.

—Hola, Nabé —le dijo—. ¿Has dejado ya la feria?

—No. Tonnerre no me lo permite hasta que la feria se marche de Rilloby —repuso Nabé—. Pero ahora está mejor..., se le ha pasado el enfado. Me parece que la visita de la policía le dio un buen susto. He venido a ver si teníais alguna otra noticia. ¿Todavía no se ha resuelto el misterio?

—No. Ni creo que llegue a resolverse nunca —replicó Roger—. Es tan sólo un conjunto de cosas imposibles..., cosas que no pueden ocurrir y, sin embargo, ocurrieron..., complicadas con un par de guantes verdes que lo empeoran todo.

—Escuchad —dijo Nabé—. Mañana no podré veros. Vosta tiene el día libre. Dios sabe para qué... y yo tengo que cuidar de los chimpancés. Jun-un se ocupará del tiro de anillas. Vosotros no debéis volver a la feria, por supuesto. Sería como acercar un trapo rojo a un toro si Tonnerre vuelve a veros.

—Bueno, ¿no podrías pasar el día de hoy con nosotros? —le preguntó Diana en seguida—. La feria está cerrada los domingos. ¿Te gustaría quedarte con nosotros?

—Pues, sí, claro que sí —repuso Nabé con ojos brillantes—. Me encanta vuestra casa, pero, ¿no le molestará a vuestra madre? ¿Y a vuestro padre? Hoy pasará el día en casa, ¿no es cierto?

—No les importará si no les molestamos —dijo Diana—. Les gusta que los domingos no armemos alboroto, pero podemos charlar y leer.

—Prestadme otro libro de Shakespeare —replicó Nabé—. ¡Y entonces sí que me estaré quieto!

Los otros se echaron a reír. Les divertía ver a Nabé esforzándose por entender las obras de Shakespeare... por si llegara un día en que encontrase a su padre desconocido que había representado muchas obras de este autor, por si pudiera tener algo en común con él.

—Te dejaré “Hamlet” —le dijo Roger—. Te gustará. Aparece un fantasma estupendo.

La señora Lynton aceptó encantada que Nabé pasara el día con ellos; tío Roberto no tanto, ya que no le hizo mucha gracia ver que otro niño se agregaba al ruidoso trío, y además acompañado de un mono.

—¿Cómo voy a terminar nunca de escribir mis memorias? —se quejó a la señora Lynton—. ¡Por todas partes encuentro niños, perros, gatos y monos!

—Ve a dormir la siesta al despacho, y yo enviaré a los niños a jugar fuera, ya que hace un día tan espléndido —le dijo su sobrina.

—He dicho “mis memorias”, y no “siesta” —replicó tío Roberto con dignidad retirándose al despacho, donde sacando papel, la pluma estilográfica y algunas notas que puso sobre la mesa, encabezó una página con las palabras “Capítulo quinto”, y luego no tardó en instalarse en una butaca quedándose dormido.

–Ahora no molestéis a vuestro tío-abuelo –advirtió la señora Lynton a los niños–. No permitáis que “Miranda” salte hasta la ventana y le despierte..., ni dejéis ladrar a “Ciclón”... y vigilad para que “Arenque” no entre en el despacho y se suba a sus rodillas.

–Está bien, mamá –repuso Roger–. Y diré a ese tordo tan ruidoso que baje la voz, y echaré todas las abejas del Jardín, y en cuanto a ese ciempiés que vi esta mañana, le...

–¡Vamos, vamos, Roger! –dijo su madre sonriendo–. No seas ridículo. ¡Id a la glorieta y que no se os oiga!

El domingo transcurrió apaciblemente y Nabé disfrutó más que nadie. Para él era un paraíso estar en una casa, con una familia a la que pertenecía aunque sólo fuese por un día, y acompañado de personas que le apreciaban aceptándole como si fuese uno de los suyos.

–Ellos no pueden comprender lo que es no tener a nadie, ni siquiera una casa a la que poder ir siempre..., no, ni siquiera Chatín lo comprende, a pesar de no tener padres. Él no pertenece a esta casa y yo a ningún sitio –pensó Nabé tristemente–. Tal vez si encontrara a mi padre, tendría una casa y viviría con él.

Los niños hablaron mucho de los guantes verdes, Tonnerre, Vosta, el castillo y demás, volviendo una y otra vez al mismo tema. ¡Vaya un misterio!

–¡El Misterio de la Feria de Rilloby! –dijo Diana–. Suena muy bien, ¿no os parece? Pero sería aún más emocionante si pudiéramos resolverlo.

Aquella noche Nabé regresó a la feria de mala gana. “Miranda” lo había pasado tan bien como él.

–Adiós –les dijo–. Os veré el martes..., si puedo venir por aquí. La feria se marcha el miércoles, como sabéis, y yo desde luego no me iré con ella. No quiero trabajar más para Tonnerre.

–¿Qué harás entonces, Nabé? –le preguntó Diana.

–Oh, buscaré trabajo en otra parte –repuso Nabé–. Pero en lo sucesivo os enviaré siempre una postal para deciros dónde estoy. O tal vez consiga encontrar un empleo cerca de aquí y venir durante las vacaciones de verano.

Y se marchó. Los niños fueron a acostarse, sintiéndose muy fatigados.

–Aunque no puedo imaginar por qué –dijo Chatín–. No hemos hecho nada en todo el día..., ni siquiera he llevado a dar un paseo al pobre “Ciclón”.

–Guau –ladró “Ciclón” esperanzado, ¡pero aquella noche no hubo salida!

Al día siguiente tío Roberto anunció que iba a ir al Castillo Marloes para preparar y empaquetar los documentos, para que pudieran ser trasladados a un lugar seguro.

–Iré a eso de las tres –dijo–. Y puesto que Diana siente tanto interés por estos documentos antiguos, celebraré llevarla conmigo. Estoy seguro de que me ayudará.

Diana estaba horrorizada. Tener que pasar horas escuchando áridas disertaciones

sobre documentos antiquísimos que ni siquiera podía leer... y sola con tío Roberto. Miró a Roger y Chatín con desaliento.

Ellos la compadecieron. ¡Pobre Diana! ¡Qué horrible! Pero, luego Roger tuvo una idea. Sería interesante volver a aquella habitación... y realizar una detenida inspección. Tal vez pudiera encontrar alguna pista escapada a la policía. De todas maneras, sería divertido ver si había algún lugar por donde pudo haber entrado el ladrón.

–Es posible que exista algún pasadizo secreto –pensó Roger–. ¡No se me había ocurrido!

Y se imaginó golpeando suavemente todas las paredes de la habitación. También podría examinar la chimenea, y, ver si realmente era lo bastante grande como para que pasara Tonnerre.

–Tío Roberto, a mí también me gustaría ir –dijo en tono cortés.

–Y a mí también –dijo Chatín–. Tengo muchas ganas de echar un vistazo a los jardines, tío Roberto. ¿Usted cree que le importaría a lord Marloes?

–Vaya..., ¿de manera que todos queréis acompañarme esta tarde? –dijo sonriente el anciano al verse de pronto tan popular–. Muy bien. Os llevaré. No veo mal alguno en que recorras los jardines, Chatín, si te comportas como es debido.

No dijo nada de “Ciclón”, y Chatín tampoco lo mencionó, pero al oír que su tío iba de nuevo en automóvil, ya no tuvo esperanzas de poder llevar a su perrito.

–Yo prefiero andar, tío Roberto –le dijo–, de manera que si no le importo, iré caminando por el campo y me reuniré con ustedes en la puerta del castillo.

–Desde luego, desde luego –dijo tío Roberto–. ¡Haz lo que gustes! ¡Vamos a pasarlo muy bien todos juntos!

–Tendremos que regresar a tiempo para la cena –dijo Chatín de pronto–. Tenemos merengues.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó Diana.

–La cocinera me lo ha dicho. Ayer no se comió el sombrero de los domingos, por más que se lo supliqué..., de manera que a cambio hoy comeremos merengues en abundancia.

La señora Lynton estaba atónita.

–¿Qué es eso de la cocinera, y del sombrero de los domingos? Oh, Chatín, no habrás estado molestando a la cocinera, ¿verdad? No le habrás dicho que no te gustaba su sombrero.

–¡Tía Susana! Si su sombrero es maravilloso –replicó Chatín, indignado–. Lleva tres rosas un manojo de violetas y cinco claveles. Es fantástico. Todavía no puedo comprender por qué no quiere comérselo.

–Algunas veces pienso que estás loco, Chatín –dijo la señora Lynton–. No sé lo que pensarán de ti tus maestros.

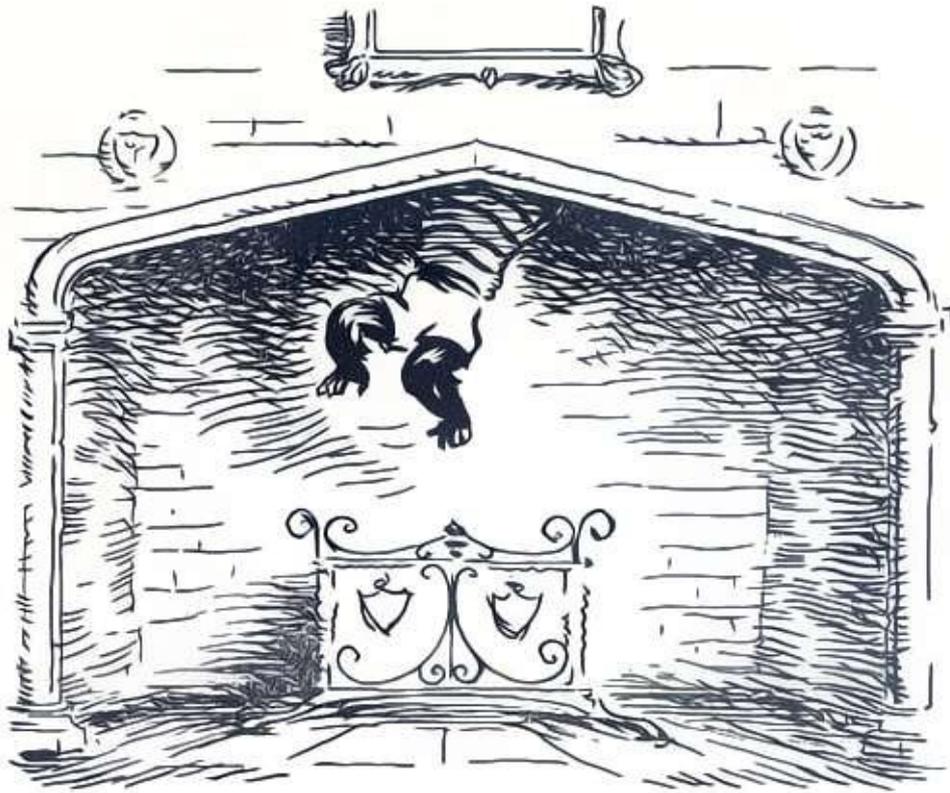
–Oh, lo mismo que tú –le aseguró Chatín alegremente–. No me importa. Me da lo mismo.

–Bueno, ya te he oído bastante, de manera que llévate a “Ciclón” a dar un paseo, o lo que quieras –le dijo la señora Lynton sintiendo que ella también iba a volverse loca si seguía escuchando las tonterías de Chatín.

Aquella tarde llegó el automóvil que debía recoger a tío Roberto, y en el que montaron también Diana y Roger. Chatín se había marchado ya con su perro para esperarles en la entrada.

–Nos aguarda una tarde feliz –dijo tío Roberto, complacido–. Nada me gusta más que revolver documentos antiguos y respirar el aire de siglos pasados. ¡Qué lugar tan apacible es una estancia antigua!

Mas aquella tarde no iba a serlo... sería el lugar más agitado de Rilloby. ¡Pero cómo iba a saberlo tío Roberto!



Capítulo XXVIII - Empiezan a ocurrir cosas

“Ciclón” y Chatín se encontraron con ellos a la puerta del castillo, y tío Roberto contempló al can con disgusto.

–¡Yo no te dije que trajeras al perro!

–Ni tampoco que no lo trajese –replicó el niño en tono cortés–. Deja de rascarte, “Ciclón”. Usted parece causarle un efecto extraño, tío Roberto. En cuanto le ve, tiene que rascarse.

–No puedes entrarle en el castillo –le dijo el anciano resuelto a no volver al tema de rascar–. Tendrás que quedarte en los jardines.

A Chatín no le importó. Tenía intención de explorar los jardines a fondo para ver si conseguía encontrar alguna pista. También pensaba volver al barranco donde estuvieron los animales disecados, y divertirse recordando aquel terrible episodio. Preguntóse si los sacos continuarían encima del muro. ¿Y qué habría sido de la escala de cuerda? ¿Seguiría debajo de aquel arbusto?

–Espero que continúe allí... y los sacos también –pensó–. La policía no dijo nada

de esto. Troncho, no son muy listos. Yo los hubiera descubierto en seguida si hubiese estado en su lugar.

Tío Roberto exhibió su pase y fue introducido en el castillo acompañado de Diana y Roger, en tanto que Chatín se quedaba en los jardines con “Ciclón”, que muy excitado, presentía toda clase de aventuras y persecuciones conejiles para aquella tarde.

Roger estaba impaciente por hallarse en el interior de la estancia de la doble puerta. El mayordomo cerró la primera puerta... luego la segunda... y finalmente la tercera con sus dos llaves. Ya estaban en la habitación contigua con sus estantes llenos de papeles amarillentos.

Roger y Diana miraron a su alrededor con interés. La mitad de los animales disecados ya no estaban allí naturalmente. Era probable que continuaran en el puesto de policía mirando a los agentes con sus ojos de cristal tan inexpresivos.

–Han dejado todos los animales de algún tamaño –comentó Roger–. Supongo que el ladrón no podría con ellos. Las ardillas han desaparecido... y los cachorros de zorra, pero no las zorras... y el tejón albino... y la mofeta, que tampoco era muy grande.

–Diana..., debemos revisar cuidadosamente todos los papeles antes de empaquetarlos –dijo tío Roberto deseoso de explicar cosas a la pobre niña–. Éste, por ejemplo...

Diana lanzando una mirada de desesperación a su hermano, se acercó para escucharle, y Roger comenzó a examinar las ventanas. ¡Era imposible que nadie hubiera entrado por ellas desde el exterior! Y sólo una persona muy menguada podría pasar entre los barrotes.

Luego acercóse a la puerta de doble cerradura para examinarla. Ningún ladrón hubiera podido tampoco entrar por allí... y de haber tenido las llaves, el timbre de alarma hubiese sonado en cuanto la puerta fuese abierta. No..., por allí también era imposible.

Dirigióse a la chimenea, que era antigua. Como nunca encendían fuego, no se veían tenazas, sólo una pantalla de hierro dulce.

Roger inclinóse tratando de mirar hacia arriba por el tiro de la chimenea, que desde luego era bastante estrecho.

“Yo tal vez consiguiera bajar por aquí –pensó Roger–. Aunque no estoy seguro, y resultaría muy incómodo. A pesar de que me atrevo a asegurar que más arriba debe ensancharse algo.”

Seguidamente contempló el hogar que estaba lleno de pedazos de cascote, que habían caído por la chimenea.

–Claro que puede haberlos desprendido alguien al bajar, pero por otra parte, siempre suelen caer cosas por las chimeneas –pensó Roger, sintiéndose detective–.

No..., yo no creo sinceramente que ninguna persona que esté en sus cabales haya bajado por la chimenea.. Hubiera sido muy peligroso.

Y yendo hasta la ventana miró al exterior y pudo ver algo que le llenó de sorpresa. Luego llegó un grito hasta sus oídos.

–¡Vaya! ¡Mirad esto! –exclamó Roger de pronto haciendo pegar un respingo a Diana y a tío Roberto–. ¿Qué es lo que ocurre allí?

Hacía bien en preguntarlo, ya que Chatín, abajo en los jardines, también sentíase lleno de asombro. Había estado paseando tranquilamente con “Ciclón” hasta llegar al pequeño barranco donde vieron a los animales disecados, cuando oyó un ruido cercano.

Se había vuelto... encontrándose ante una cara grotesca y cubierta de pelo que le miraba desde los arbustos con ojos brillantes. Chatín se llevó un susto de muerte creyendo que era uno de los animales disecados que había cobrado vida.

–Troncho..., ¿qué es eso? –dijo retrocediendo un paso. “Ciclón” lanzó un ladrido de contento, echando a correr hacia los arbustos por donde había asomado aquel rostro peludo. Chatín estaba asombrado. ¡Su perro debía haber ladrado o gruñido! Y en vez de eso se había dirigido muy contento hacia donde estaba aquel rostro.

Luego Chatín oyó unos gritos reconociendo la voz de Nabé.

–¡Ven aquí, calamidad, aquí! ¿Has oído? ¿A dónde vas?

–¡Es Nabé! ¿Qué estará haciendo aquí? –preguntóse Chatín, sorprendido–. “Ciclón”, ¿a dónde has ido? Eh, Nabé, ¿dónde estás?

Y le respondió la voz extrañada de su amigo:

–¿Eres tú, Chatín? ¿Qué estás haciendo aquí? Oye, ¿has visto a “Burly”? Está completamente loco, de manera que ten cuidado.

–¡“Burly”! –exclamó Chatín más extrañado que nunca–. ¿Y qué hace aquí? Troncho, sí que le he visto. Por lo menos vi su cara grotesca. Se ha ido, y “Ciclón” tras él.

Se dirigió hacia donde sonaba la voz de Nabé, encontrándole en la carretera, al otro lado del muro, y le volvió a gritar:

–Voy a ver si la escala de cuerda sigue aún debajo del arbusto, y los sacos encima de la tapia, tal vez la policía no los haya visto. Ya volveré. Tengo que encontrar a “Burly”. Está como loco.

Encontró la escala debajo del arbusto y no tardó en hallarse sobre el muro encima de los sacos, desde donde trató de localizar a “Burly”.

–¿Qué ha ocurrido para que se ponga así? –quiso saber Chatín–. ¿Y por qué se vino hasta acá?

–¡Y yo qué sé! –replicó Nabé–. Yo estaba en el carromato de Vosta con los chimpancés, cuando, que me aspen si “Hurly” no sacó un par de guantes verdes de debajo de las mantas de su litera.

–¿Qué...? ¿Los que vimos nosotros? –preguntó Chatín.

–No lo sé. Los tenía la policía..., pero no me extrañaría que “Hurly” los cogiera del bolsillo del inspector –repuso Nabé-. ¡Apuesto a que lo hizo! Sea como fuere, “Burly” se los quitó para ponérselos... y le sentaban estupendamente. ¡Como un guante, valga la comparación! Y no cesaba de acariciarlos parlotando y luego golpeó las puertas del armario donde se quedaban sus animales de juguete.

Nabé hizo una pausa para tomar aliento sin dejar de mirar a su alrededor por si veía a “Burly” desde lo alto del muro.

–Bueno, como yo no tenía la llave de ese armario, pues la guarda Vosta, no pude sacar sus animalitos de juguete para jugar con ellos –continuó explicando Nabé-. ¡Y entonces pareció que se volvía loco! Empezó a sacudirse el mismo, como hacían los antiguos cocheros para entrar en calor, y saltar de un lado a otro aullando como un condenado. Y al fin saliendo por la ventana como una exhalación atravesó el recinto de la feria.

–¡Troncho! –exclamó Chatín, emocionado por el relato-. ¡Continúa!

–Bien, yo le seguí, por supuesto –dijo Nabé-. Y se vino derecho hacia aquí. No pude alcanzarle, saltó por encima de la tapia con la mayor facilidad..., no tuvo necesidad de escalera. Y bueno..., supongo que estará por los jardines. ¿Qué le habrá impulsado a venir aquí?

Antes de que Chatín pudiera contestar, se oyó una voz profunda desde el otro lado del muro que decía:

–Me temo que voy a tener que interrogarle con respecto a esta escalera.

Y Nabé casi se cae de la tapia.

–Cáscaras..., es un policía –dijo-. ¿Dónde estaba?

–He estado escondido detrás de ese árbol desde que encontré esa escalera, y esos sacos encima del muro –replicó el agente-. Pensamos que quien los hubiera puesto allí, tal vez volviese a utilizarlos, y al parecer estábamos en lo cierto. Baje de una vez, y permita que le lleve al puesto de policía para interrogarle.

–No –replicó Nabé bajando por el otro lado del muro lo más de prisa que le fue posible-. Tengo que encontrar a “Burly” –dijo al estupefacto Chatín-. Y también a “Miranda”. Trepó por el muro detrás del chimpancé, dejándome al otro lado. Vamos..., no haga caso del policía. ¡Podemos despistarle con facilidad!

Y arrastrando al pobre Chatín entre los matorrales, echó a correr, mientras el policía empezaba a trepar lenta y penosamente por la escalera de cuerda.

–Llévame en seguida al lugar donde viste a “Burly” –le dijo Nabé, lleno de impaciencia-. Es posible que todavía ande por allí cerca.

Chatín le acompañó hasta la hondonada... y allí estaba “Burly” con “Miranda” y “Ciclón”. El chimpancé se comportaba de un modo muy peculiar. Hallábase sentado con la cabeza entre las manos, y meciéndose de atrás a adelante, cuchicheando en voz

baja.

“Miranda” le acariciaba y “Ciclón” le lamía. Era evidente que el chimpancé se sentía muy desgraciado.

Tenía un aspecto muy curioso con sus calzones rojos, su jersey a rayas rojas... y guantes verdes. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué se comportaba de aquel modo?

“Burly” se levantó de pronto, lanzando un fuerte grito y echó a correr. “Ciclón” fue tras él, así como “Miranda” que chillaba de excitación. Los dos animales comprendían que algo malo le estaba ocurriendo a “Burly”.

El chimpancé corría entre los árboles en dirección al castillo y Nabé le gritó:

–¡Eh, “Burly”, vuelve! ¡Ven inmediatamente con tu amigo Nabé!

Y aquello era lo que Roger había oído desde la habitación del segundo piso, y al asomarse vio a “Burly” corriendo hacia el castillo con los guantes verdes puestos, y tras él a “Ciclón” y “Miranda”, seguidos a cierta distancia por Nabé y Chatín... y por último..., Dios santo..., ¡un policía vestido de uniforme!

No es de extrañar que Roger apenas pudiera dar crédito a sus ojos, pero lo que iba a suceder a continuación sería aún más increíble.

“Burly” llegó junto a la pared del castillo y de un salto se asió al repecho de una ventana. De allí a una cañería que escaló con rapidez y facilidad. Luego pasó a otra ventana y continuó trepando por otra cañería hasta que por último llegó al tejado agarrándose a la espesa hiedra que cubría la pared.

–Mírale –dijo Chatín, asombrado–. ¡Cómo sube! ¡Fue “Burly” el que vi trepar la otra noche! ¡Estoy seguro de que era él!

“Burly” había llegado al tejado y una vez allí fue al lado de la chimenea a la que se asomó para mirar hacia abajo. Luego desapareció introduciéndose por ella.

En la habitación del segundo piso sus tres ocupantes se miraron unos a otros asombrados. Tío Roberto, Roger y Diana habían tratado en vano de ver lo que estaba ocurriendo en el exterior. Perdieron de vista a “Burly” cuando empezó a trepar por la pared... y luego pudieron verle apenas un instante cuando se agarró al repecho de su ventana para continuar su subida. ¿Qué diantre haría el chimpancé?

Oyeron ruido en la chimenea, y Roger se acercó para ver lo que era. Primero fueron apareciendo un par de piernas peludas, y luego “Burly” saltó al suelo parpadeando. Había conseguido bajar con toda facilidad.

Permaneció inmóvil, contemplando a los tres. Diana le dirigió la palabra:

–¡“Burly”! ¿Qué estás haciendo?

¡Ah! Era aquella niña tan simpática que le había regalado un perrito de juguete, y el chimpancé ya no tuvo miedo de aquellas tres personas que le contemplaban fijamente, y decidióse a penetrar en la estancia con su extraña vestimenta.

Tío Roberto retrocedió asustado, pues nunca había visto a “Burly”, y para él era un chimpancé fiero y salvaje, y le horrorizó ver que Diana se acercaba para cogerle

de la mano. ¿Y si la mordía?

Pero “Burly” no lo hizo, sino que acarició el brazo de la niña y luego miró en derredor suyo olfateando el aire, antes de dirigirse a los estantes donde estaban los pergaminos amarillentos.

Los tres le contemplaron asombrados. ¿Qué iba a hacer ahora? “Burly” fue olfateando cada montón, y deteniéndose ante uno, extrajo un papel. Olió otro montón de donde también sacó otro pergamino ante la mirada de asombro de tío Roberto.

Roger tocó el brazo de su hermana.

–¡El misterio está resuelto! –le dijo–. Ahora lo comprendo todo. ¿Cómo he podido estar tan ciego?



Capítulo XXIX - “Burly” es muy inteligente

Los tres contemplaron cómo el chimpancé iba olfateando todos los papeles y sacando uno de cuando en cuando. Parecía muy seguro del que debía coger, y lo hacía sin la menor vacilación.

–¿Cómo sabe cuál ha de coger? –preguntó tío Roberto extrañado–. Ha cogido dos de los más valiosos..., ¿pero él cómo lo sabe?

–Los olfatea antes de sacarlos –repuso Diana–. Mira, cada vez los huele primero.

–¡Vaya! ¡Claro! Ya sé cómo distingue los papeles que ha de llevarse –exclamó Roger de pronto–. Diana..., ¿recuerdas aquel hombre tan peludo... que examinaba los documentos con una lupa?

–Sí, lo recuerdo –replicó Diana.

–Bueno, pues debía haber algo en la lupa con que iba frotando el pergamino –explicó Roger, excitado–. Y esa sustancia dejaría un aroma..., de manera que cuando el chimpancé fuese enviado a coger ciertos documentos supiera cuáles llevarse por el

olfato. ¡Ved cómo olfatea ahora!

–Es curioso. Muy curioso –dijo el anciano que parecía un tanto aturdido–. Supongo que le habrán amaestrado para que lo haga. Los chimpancés deben ser unos animales muy inteligentes.

–Oh, sí que lo son –repuso Roger, observando cómo “Burly” se apoderaba de otro documento–. Pero eso es sólo un viejo truco de circo, tío Roberto, el impregnar el papel con algo que huelga, de manera que el animal pueda distinguirlo instintivamente. ¿Quién te enseñó eso, “Burly”?

“Burly” alzó la cabeza al oír su nombre, parloteando ininteligiblemente. Sus manos cubiertas por los guantes verdes trabajaban con gran rapidez.

–Así no deja huellas, ¿veis?... ni siquiera las de un chimpancé –exclamó Roger–. Me preguntó qué le habrá impulsado a venir aquí esta tarde para llevar a cabo el trabajo que realmente debió hacer la otra noche...

–Quizás al ver los guantes... se lo han recordado –sugirió Diana–. Oh..., ¿qué va a hacer ahora?

“Burly” había visto los animales disecados, y dejando caer al suelo todos los documentos fue derecho hacia los pocos animales que quedaban y cogió en brazos a una zorra. Tío Roberto recogió los papeles sin hacer ruido, y abriendo un cajón de una mesa cercana, los introdujo, pues tenía intención de examinarlos para ver exactamente qué era lo que les daba aquel aroma por el que “Burly” los reconocía con tanta facilidad.

El chimpancé se había sentado en el suelo y estaba meciendo entre sus brazos a la zorra disecada. Diana dio un codazo a su hermano.

–Ahora estoy segura de lo que ocurrió la otra noche –susurró–. Vino por los documentos sin otra idea que llevar a cabo el trabajo que hiciera otras veces, pero de pronto debió ver a los animales disecados que le contemplaban a la luz de la Luna. Ya sabes que le vuelven loco los animales de juguete... y debió pensar que éstos lo eran también aunque de mayor tamaño... y que los habían puesto ahí para él.

–Sí... y se los fue llevando al jardín, uno tras otro..., los de tamaño reducido que podía manejar con facilidad –prosiguió Roger–. Pobre “Burly”. Los fue llevando al barranco, y por alguna oculta razón los dejó allí, pero entusiasmado con los animales no se llevó ningún documento de los que allí estaban.

–Y supongo que por eso los chimpancés estaban tan tristes oí día siguiente cuando fuimos a verles –continuó Diana–. Alguien había reprendido duramente a “Burly”... y estaba disgustado, y “Hurly” también. ¿Te acuerdas que estaban abrazados como si trataran de consolarse mutuamente?

–¿Quién les habría reñido? –preguntó Roger–, ¿Tú crees que fue Vosta?

–Es posible. Y probablemente también Tonnerre, porque Vosta lo dijo, ¿recuerdas? –preguntó Diana–. De una manera u otra Tonnerre tiene que ver con este

misterio, Roger. ¡Estoy segura!

“Burly”, dejando la zorra, cogió un perro disecado, muy raído por la polilla, y también lo acunó. Luego dirigióse con él hasta la chimenea al parecer para comprobar si podría subir por ella con un animal tan grande.

De pronto se oyeron abrir las puertas y un rumor de voces que se acercaban. “Burly” pareció alarmarse y corriendo al lado de Diana se acurrucó junto a ella parlotando. La niña le acarició la cabeza.

–No tengas miedo, “Burly”. ¡No dejaré que te hagan daño!

La puerta de la estancia fue abierta con sus dos llaves y por ella entraron Nabé, Chatín, “Miranda”, “Ciclón”, el policía, el guardián y el mayordomo.

–¿Está “Burly” aquí? ¡Ha bajado por la chimenea! –exclamó Chatín.

–¡Sí..., aquí está! –gritó Nabé corriendo hacia el chimpancé que le dio la mano con toda confianza. Quería mucho a Nabé. “Miranda” subióse sobre el hombro del chimpancé bisbiseando, y él en seguida pareció alegrarse.

El policía estaba realmente atónito. Con aquel par de niños descarados, un perro, un mono, y ahora un chimpancé..., la verdad no sabía qué hacer, y miró a tío Roberto con agrado, alegrándose de ver por fin a una persona de aspecto y edad respetables.

–Tal vez usted pueda ayudarme, señor –le dijo–. ¿Qué es lo que ocurre aquí?

–Agente..., hemos encontrado al que robó los animales disecados –replicó el anciano en tono solemne–. Ante nuestros ojos esta misma tarde acaba de robar más documentos de valor.

–Entonces le detendré –dijo el policía en seguida dándose importancia–. ¿Cuál de ellos ha sido, señor?

–El chimpancé –replicó tío Roberto–. ¡Y ande con cuidado cuando se decida a arrestarle!

Chatín lanzó una carcajada al ver el rostro alarmado del policía, y “Ciclón” sentóse para comenzar a rascarse violentamente. “Burly”, dejando al perro disecado, cogió a “Miranda” en sus brazos acunándola y meciéndola.

–Brrrrmmm. Me parece que es un animal bastante cariñoso –dijo tío Roberto inesperadamente–. No podemos culparle por lo que haya hecho, agente. El responsable es quien le ha enseñado a hacerlo. Éste es el hombre que debe buscar...

Se oyeron fuertes pisadas por el corredor y entró el inspector. El policía le había telefoneado para que fuera al castillo cuanto antes y montando en su automóvil había llegado en un abrir y cerrar de ojos.

–Bien –dijo mirando asombrado a todos los concurrentes–. Debo confesar que ésta es una reunión un tanto heterogénea. ¿Qué es lo que veo?... ¡“los guantes verdes”! ¡Miren quién los lleva puestos..., vaya, vaya, vaya!

Miraba a “Burly” como si no pudiera dar crédito a sus ojos, y el chimpancé sostuvo su mirada. Se acordaba del inspector. De uno de los bolsillos de aquel

hombre había sacado los guantes verdes, y quitándoselos rápidamente, los arrojó al suelo.

El policía empezó a hablar al inspector, intentando contarle lo que había ocurrido, pero Nabé le interrumpió:

–Yo puedo contarle lo que ha sucedido, inspector –le dijo–. ¡Ahora lo sé todo! Comprendo por qué el ver los guantes hizo venir aquí a “Burly” otra vez. Y por qué...

–Hable sólo cuando sea preguntado –le dijo el inspector, volviéndose a tío Roberto–. Señor Lynton, tal vez usted quiera decirnos unas palabras primero. Estoy completamente a oscuras.

Como supieron, entre unos y otros, le contaron hasta el último detalle de lo ocurrido, y él les escuchó asombrado y casi incrédulo. Le mostraron la chimenea por donde bajara “Burly”, y el montón de papeles que había ido escogiendo después de olerías cuidadosamente, y el inspector también quiso olfatearlos.

–Yo también huelo algo –dijo volviendo a acercarlos a su nariz–. Sí..., es un truco muy inteligente. El chimpancé no tenía otro medio de conocer cuáles eran los papeles de valor, como no fuera su olfato. Tras todo ello se oculta una inteligencia muy notable, ¿quién sabe lo que es esto?

Por turno cada uno de los presentes fue oliendo los pergaminos, que desde luego desprendían un ligero aroma, pero bien perceptible.

–De manera que así es cómo se llevaron a cabo los otros robos –dijo el inspector pensativo–. Primero alguien examinaba la colección, perfumando los documentos que deseaba con alguna sustancia especial, y también el medio de que el chimpancé pudiera entrar y salir del lugar..., unas veces por el tragaluz, otras por el tiro de la chimenea, o por alguna ventana pequeña, o tal vez un respiradero... por donde le sería imposible pasar a cualquier adulto. Pero el chimpancé conseguía siempre trepar y deslizarse a través de una entrada pequeña... por ser pequeño, ágil y acróbata innato.

–Un plan inteligente y de éxito –intervino tío Roberto–. Si pudiéramos echar mano a ese hombre barbudo que el otro día examinaba los documentos con una lupa... que le servía para perfumarlos..., tendría al principal culpable, inspector.

–Sí –dijo Nabé–. Pero debe haber dos o tres enlaces, inspector. Vosta debe ser uno de ellos. Él debió llevar a “Burly” al lugar escogido y enseñarle el medio de saltar la tapia y trepar por las paredes. Y tiene que haber otro enlace además... el que advierte a Vosta lo que debe hacer... el que le escribió la nota cuyo fragmento encontramos el otro día... y que decía... “Medianoche. Castillo Marloes”. ¿Quién recibía esa nota?

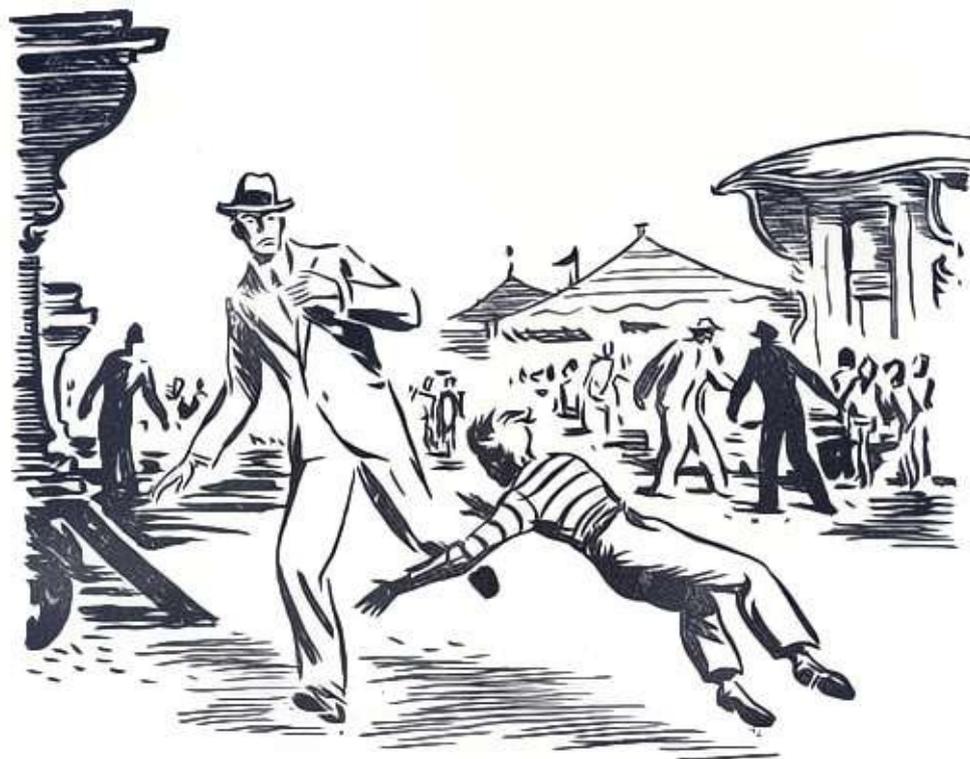
–¡Quedan aún muchos cabos sueltos! –dijo el inspector–. Bien, procuremos atarlos hoy mismo. Llevaremos al chimpancé a la feria y veremos de encontrar a Vosta..., ya debe haber regresado.

El guardián y el mayordomo que no habían pronunciado palabra, tan sorprendidos estaban, acompañaron a todos los reunidos hasta la puerta del castillo. El inspector se

llevó el montón de pergaminos que “Burly” seleccionara con tanto cuidado, y el chimpancé bajó la escalera de la mano de Nabé.

Dos automóviles aguardaban fuera..., el del inspector, y el alquilado por tío Roberto.

–Hay sitio para todos –dijo el inspector, satisfecho–. Suban. Iremos a la feria. Si no les importa, el chimpancé, el mono y el perro que vayan en el otro coche. ¿Estamos todos...? ¡Entonces a la feria!



Capítulo XXX - El misterio queda resuelto

Cuando llegaron todos al recinto de la feria, Vosta estaba ya en su tienda extrañado de no encontrar a “Burly”, y al ver al inspector se asustó, en tanto que el chimpancé corría a echarse en sus brazos.

–¿Qué has estado haciendo? –preguntó Vosta a “Burly”–. ¿Y dónde fuiste? –le dijo a Nabé–. Te dije que no dejaras a los chimpancés.

–Juan Vosta, tengo que hacerle algunas preguntas, y debo advertirle que lo que diga será anotado y utilizado como prueba contra usted –le dijo el inspector en tono severo, y el agente sacando un librito de notas negro y su lápiz, se dispuso a escribir.

Vosta parecía muy alarmado.

–Yo no he hecho nada –declaró.

–Ha enseñado usted a este chimpancé a robar, y a penetrar en diversos edificios –prosiguió el inspector con voz firme y tranquila–. Sabemos que algunos documentos fueron impregnados de una sustancia que pudiera oler el chimpancé, y esos eran precisamente los que cogía. Sabemos más aún...

–¡Y no tengo nada que ver en ello! –exclamó Vosta, poniéndose muy pálido–.

Siempre dije que era un juego sucio utilizar a un chimpancé. Yo nunca he tenido nada que ver con lo que dice usted.

–Excepto que prestó su chimpancé, al cual usted mismo enseñó a robar, y que cada vez le llevaba al lugar donde debía cometerse el robo –dijo el inspector en un tono que hizo estremecer a Chatín–. ¿No es así, Vosta?

–Los chimpancés no son míos –murmuró Vosta–. Y nunca les enseñé a robar. Ya sabían hacerlo antes de venir a mis manos.

–¿Quién los tuvo antes que usted? –preguntó el inspector.

Vosta estaba aterrorizado.

–Eran de Tonnerre –repuso en voz baja–. Él les enseñó. A “Hurly” a vaciar los bolsillos de la gente, y a “Burly” toda clase de trucos para robar. “Burly” es inteligente. Se le puede enseñar cualquier cosa.

–¿Por qué pasaron a sus manos después de tenerlos Tonnerre? –preguntó el inspector mientras el agente escribía todo lo que iba diciendo. Los cuatro niños guardaban silencio. ¡Aquello era terrible!

–Yo era acróbata –dijo Vosta todavía en voz baja–. Y me rompí la columna vertebral, por eso Tonnerre me ofreció sus chimpancés si quería continuar en la feria... y hacer un par de cosas que él deseaba.

–Ya. Y una de esas cosas era que llevara a “Burly” a los edificios que él le señalase y procurara que entrara en ellos por el medio que fuese para llevarse los documentos que él habría marcado –dijo el inspector.

–Él nunca los marcó –repuso Vosta–. No sabe una palabra de documentos antiguos. Yo los recogía de manos de “Burly” y los entregaba a Tonnerre... que se los pasaba a otra persona que era la que marcaba los pergaminos. No sé quién es, pero ese individuo decía a Tonnerre a dónde debía llevar la feria... Nosotros nunca sabemos cuál será la próxima parada.

–Comprendo. Imagino que escogería el lugar que había señalado para su próximo robo –dijo el inspector–. Buena combinación. Y ahora dígame el nombre del hombre que está al frente de todo esto. ¡Y que ha estado vendiendo los documentos a América, logrando una fortuna!

–Le aseguro que no lo sé –repuso Vosta obstinado–. ¿Por qué no se lo pregunta a Tonnerre? ¿Por qué voy a saberlo yo? Sólo un instrumento...

–Es el hombre barbudo –dijo Chatín, interviniendo–. Lo sabemos..., ¿conoce usted a un hombre muy peludo, señor Vosta?

–No pienso contestar a tus preguntas –gruñó Vosta–. Si vosotros no hubierais venido a fisgonear...

–Basta, Vosta –le ordenó el inspector–. Agente, quédese con él. Yo voy a hablar con ese Tonnerre, que al parecer es sólo otro instrumento, pero más importante que Vosta. Sin embargo, es posible que nos conduzca hasta el verdadero culpable.

Nabé le acompañó hasta el carromato de Tonnerre, y la gente de la feria, que les había rodeado en silencio para observar el interrogatorio de Vosta, les abrieron paso, y la vieja Ma gritó:

–Tonnerre tiene visita y está de mal humor. ¡Tenga cuidado, señor!

El inspector no se dignó responder y fue a llamar violentamente a la puerta del carro de Tonnerre.

–¡Márchese! –gritó la voz de Tonnerre–. ¿Es que no dije que no me molestaran?

–Abra –ordenó la voz severa del inspector, y la puerta se abrió dando paso a Tonnerre que le contemplaba con el ceño fruncido. Luego, cerrando la puerta, bajó el tramo de escalones.

–Diga lo que tenga que decir y márchese –gruñó iniciando un movimiento brusco hacia los cuatro niños, que retrocedieron asustados.

–¿Quién es su visitante, Tonnerre? –le preguntó el inspector con calma–. Deje que le veamos.

–Es un caballero, ¿comprenden? No voy a consentir que le mezclen en ningún asunto turbio –replicó Tonnerre de mal talante–. Es amigo mío, y no tiene nada que ver con ustedes. Y a propósito, ¿por qué ha vuelto haciéndome perder el tiempo, y metiéndose en lo que no le importa? ¿Por qué? Diga.

–Deje que veamos a su visitante, Tonnerre –repitió el inspector–. ¿Por qué quiere esconderle?

Chatín estaba tan excitado y nervioso que apenas podía contenerse. ¡Su enemigo había encontrado su igual! El inspector no se conformaba con un no como respuesta. ¿Quién será su visitante?

–Apuesto a que es el hombre barbudo –dijose Chatín para sus adentros–. Ha venido a recoger los documentos y esta furioso con Tonnerre porque el chimpancé no los ha cogido. Apuesto a que es el hombre barbudo.

Tonnerre no hizo ademán de abrir la puerta..., pero de pronto ésta se abrió y alguien apareció sobre el primer peldaño de la escalera.

–¿Qué significa esta interrupción? –dijo una voz culta–. Tonnerre, ¿acaso vine en mal momento? Me marcharé.

Y comenzó a bajar los escalones, pero el inspector le cerró el paso.

–¿Su nombre, por favor? –le preguntó.

Decepcionados, los cuatro niños contemplaron a aquel hombre. Iba cuidadosamente afeitado, sus cabellos eran lacios y oscuros con ligeras zonas grises; no llevaba bigote ni barba, ni sus cejas eran muy pobladas.

–Me llamo Tomás Colville –dijo–. Y los asuntos que tengo que tratar con el señor Tonnerre son privados..., somos viejos amigos. Lamento ver que se le han presentado dificultades. Mi negocio puede esperar.

–¿No habrá venido usted a verle por casualidad, para recoger unos documentos

que él debía robar para usted?

–le preguntó el inspector en tono firme.

–No sé de qué me está usted hablando, buen hombre –repuso el hombre apartando al inspector con un gesto de impaciencia.

Chatín le miró fijamente. No, desde luego no se parecía en nada al hombre velludo..., pero era de su misma talla y contextura.

Chatín anduvo unos pasos a su lado mirándole de hito en hito, y al cabo lanzó un grito que hizo que “Ciclón” ladrara desafortadamente y corriera hacia él.

–Oiga..., es el hombre que vi examinando los papeles..., el hombre de la barba. ¡Es él! Me fijé en la gran cantidad de vello que le crecía en las orejas... y mire, él las tiene iguales. ¡Es él!

Entonces todo ocurrió al mismo tiempo. El hombre echó a correr, y el agente que vigilaba la tienda de Vosta al verle le cortó el paso, y Jun-un, que también corría, le hizo la zancadilla. Tonnerre perdió la cabeza y quiso pegar al inspector. “Ciclón” le mordió y entonces todos en revuelta confusión empezaron a gritar excitados de manera que por espacio de unos segundos el pobre inspector no supo lo que estaba ocurriendo.

–Llévate a tus hermanos a casa –le dijo a Roger pensando que Chatín era su hermano–. Date prisa..., es posible que se arme un buen fregado. Telefona al puesto de policía, y diles que envíen media docena de hombres. Date prisa.

Roger salió corriendo con Diana, Chatín y “Ciclón”. Sentía tener que marcharse en aquel momento, pero no dejaba de comprender que debía poner a salvo a Diana en caso de que las cosas empeorasen. Nunca se sabe lo que puede ocurrir cuando la gente se excita. Salieron corriendo del recinto oyendo los barritas de los elefantes y los chillidos de los dos chimpancés.

Fuera de la entrada esperaban dos automóviles... uno era de la policía, en el que se hallaba tío Roberto aguardando pacientemente, aunque algo alarmado por el alboroto que se oía en el interior de la feria. El otro era el taxi que había alquilado con su chófer.

–¡Oh, qué bien! –exclamó Roger, deteniéndose–. Me había olvidado de los coches... de tío Roberto. Oye, tío Roberto, las cosas se están complicando terriblemente... se ha armado un lío de miedo y tenemos que llamar a la comisaría pidiendo más hombres. ¿Podemos utilizar este taxi?

–¡Dios nos asista! –dijo el pobre anciano apeándose del automóvil de la policía lo más aprisa que le fue posible, para subir al taxi, y con voz temblorosa ordenó al chófer que les llevara al puesto de policía.

Tío Roberto no permitió que el taxi se detuviera más que lo indispensable para que Roger diera el aviso.

–Tengo que regresar a casa –no cesaba de repetir el buen señor–. Esto no es

bueno para mi corazón. Dios mío, qué poco pensaba yo cuando vine a casa de tu madre que iba a verme mezclado con una serie de criminales, locos y chimpancés. Tengo que marcharme. ¡No puedo permanecer aquí ni una noche más!

–Pero, tío Roberto... si ha sido estupendo –protestó Chatín–. Quiero decir... que si deseaba un misterio de primera clase no pudo encontrar otro mejor que el de la feria de Rilloby.

Pero tío Roberto no quería ya más misterios.

–Sólo deseo hacer el equipaje y marcharme –repitió–. Ese Tonnerre es un sujeto de aspecto peligroso... y me alegré de encontrarme en el automóvil cuando le vi salir de su carromato con aire amenazador y voz de... de...

–Trueno –concluyó Diana.

Me pareció que bien pudiera ser el jefe de alguna horrible banda –murmuró el pobre anciano.

–La banda Manos Verdes –replicó Chatín riendo por lo bajo–. Troncho... ¡lo que nos hemos divertido!



Capítulo XXXI - ¡Todo acaba bien!

Tío Roberto cumplió su palabra. En cuanto vio a la señora Lynton le anunció su intención de marcharse aquella misma tarde, y fue a preparar su equipaje.

Su sobrina estaba asombrada y miró a los niños.

–¿Qué le ocurre? ¿Qué es lo que le ha trastornado de ese modo? ¿Qué habéis estado haciendo?

–¡Nada! –replicó Roger, indignado–. Oh, mamá, escúchame... tenemos grandes noticias que comunicarte.

–Bueno, aquí está vuestro padre... decídselo a él también –repuso su madre–. Y haced el favor de entrar en casa. Es tardísimo y la cocinera os ha preparado merengues para postre.

–Caramba... ¿os habéis dado cuenta de que no hemos merendado? –exclamó Chatín, contrariado–. ¿Es posible? No me extraña que tenga apetito.

–Han ocurrido tantas cosas que es difícil saber por dónde empezar nuestra historia –dijo Roger a su madre.

–Id a lavaros antes de empezar –repuso la señora Lynton fijándose en los sucios que estaban–. Andad... id en seguida y sin chistar. Las novedades pueden esperar. No deben ser tan importantes como decís.

Pero lo eran, desde luego... y cuando los tres niños estuvieron por fin instalados ante una succulenta comida, el matrimonio escuchó con asombro el extraordinario relato de los acontecimientos que fueron contando los niños mientras comían.

–¡Debieras haber visto a qué velocidad subía el chimpancé por la pared! –dijo Chatín blandiendo el tenedor.

–¡Y debierais haberle visto bajar por la chimenea! –intervino Roger, poniéndose fuera del alcance del tenedor de su primo.

–¡Y debierais haberle visto olfateando los documentos para saber cuáles debía coger! –dijo Diana.

Fue una tarde muy agitada. Tío Roberto se avino a comer algo, una vez tuvo hecho el equipaje, y también agregó su parte al relato. El inspector llegó para hacer su informe. Lord Marloes telefoneó a tío Roberto para pedirle detalles de los últimos acontecimientos ocurridos en el castillo, invitándole a que fuera a su casa de la ciudad. Y entonces el anciano telefoneó pidiendo un taxi y allá se fue.

–Siento muchísimo que hayas tenido una estancia tan agitada –le dijo la señora Lynton, apenada por la repentina marcha de su invitado.– Desde luego, parece que atraes las complicaciones como nadie, tío Roberto. ¡Decidle adiós, niños!

Los tres le despidieron desde la puerta del jardín, y la última visión que tuvo de ellos tío Roberto fue verles con las manos alzadas diciéndole adiós, y a Chatín, con “Ciclón” en brazos, haciéndole agitar una de sus patas.

–¡Ese perro! –dijo el anciano reclinándose en el asiento del taxi–. ¡Bueno, gracias a Dios que ya no podrá volver a rascarse en mi presencia!

Y entonces llegó Nabé, que se puso a silbar debajo de la ventana, semioculto en la sombra.

–¡Ahí está Nabé! –dijo Chatín, que casi se cae de la silla en su prisa por asomarse a la ventana que tenía más próxima.

Nabé al ver asomarse a su amigo, salió de la oscuridad y le saludó con la mano.

–Dile que entre –dijo la señora Lynton–. También queremos escuchar su parte. ¡Nunca imaginé que un grupo de niños pudieran correr tantas aventuras!

–¡Entra, Nabé! –le gritó Chatín, y “Ciclón” salió corriendo del jardín ladrando como un perro. Nabé entró muy pálido y preocupado.

“Miranda” iba sentada en su hombro como de costumbre y lanzó grititos de alegría al ver a sus amigos, bajándose del hombro de Nabé para subirse velozmente al de Chatín.

–No dejéis que se me acerque –dijo la señora Lynton alarmada–. Me gusta..., pero la verdad es que no puedo soportar los monos.

–La meteré dentro de mi camisa –repuso Chatín–. Tiene frío, y a ella le gusta.

“Miranda” desapareció de la vista de todos por espacio de unos minutos, y “Ciclón” fue a olfatear la camisa de su amo sintiéndose celoso de que “Miranda” estuviera tan cerca de su querido amo.

–¿Qué ocurrió cuando nos marchamos, Nabé? –le preguntó Roger–. ¿Salió todo bien?

–Bastante bien –repuso el muchacho–. Tonnerre ha sido detenido, igual que Vosta. He oído decir que no regresarán, de manera que no sé si eso significa que les han llevado a la cárcel.

–No habrán encerrado a “Hurly” y “Burly”, ¿verdad? –preguntó Chatín, alarmado.

–Claro que no –dijo Nabé–. Billy Tell se ha hecho cargo de ellos. Yo me ofrecí, pero la gente de la feria dice que ya no me quieren allí por más tiempo. Dicen que fui yo quien entregué a Tonnerre y Vosta a la policía de este pueblo.

–¡Pero tú no fuiste! –exclamaron los tres niños, indignados–. ¡Tú no fuiste!

–Pues ellos creen que sí –dijo Nabé–. De manera que me han echado, y a “Miranda” también. La feria termina mañana y cada uno se irá por su fado, pero nadie quiere que vaya con ellos.

–¿Qué?... ¿Hasta Jun-un se ha portado así... y la vieja Ma? –preguntó Chatín extrañadísimo.

–Jun-un es bueno... pero tiene que hacer lo que hacen los otros –repuso Nabé–. A los feriantes no les gusta la policía... y creen que si alguien les ha delatado, bueno, le expulsan.

–Eso no es justo –dijo Diana casi llorando–. No fue culpa tuya que cogieran a Tonnerre, Vosta y al hombre de la barba. Les hubieran detenido de todas formas.

–¿Qué ha sido del hombre de la barba? –le preguntó Roger–. ¿También se lo llevaron?

–Sí. Era quien planeaba todos los robos –explicó Nabé–. Pagaba a Tonnerre para que, de acuerdo con Vosta, preparase al chimpancé para que robase los documentos. Él siempre iba primero para señalar los pergaminos que deseaba. Bueno, me alegro que hayan detenido a Tonnerre. Era un hombre de mal corazón.

–Eso es lo que dijo la vieja Ma –intervino Roger–. Bueno, Nabé, ¿qué piensas hacer? ¿Dónde vas a dormir esta noche?

–Hace una noche espléndida –replicó Nabé–. Y dormiré en un granero que hay por aquí cerca. El granjero me dio permiso.

–Oh, no –exclamó la señora Lynton, interviniendo en la conversación.

Nabé miró sorprendido, así como los demás niños. Habían olvidado que estaba allí cosiendo y escuchándoles.

–Tío Roberto se ha ido –dijo la señora Lynton–. De manera que tenemos libre la

habitación de los huéspedes, y si Diana quiere ayudarme, prepararemos la cama para Nabé. Puede quedarse con vosotros hasta que tengáis que volver al colegio... y para entonces es posible que le hayamos encontrado un empleo.

Nabé estaba emocionado.

–Es usted muy buena –empezó a decir, pero no pudo terminar porque Chatín pasó junto a él, y casi le tira al suelo para ir abrazar a su tía.

–¡Tía Susana! ¡Estaba deseando que lo dijeras! Y no cesaba de repetirme... que diga “Nabé puede quedarse”, que diga “Nabé puede quedarse”, y lo dijiste.

–Oh, no seas ridículo, querido –repuso su tía–, y deja de abrazarme. No ha sido por eso... estaba decidida a invitar a Nabé a pasar una temporada con nosotros en cuanto se marchara tío Roberto.

El rostro de Nabé se iluminó.

–Vaya... podré estar aquí dos semanas... –dijo–. Dos semanas enteras. Pero... ¿y “Miranda”? A usted no le gustan los monos, señora Lynton.

–Oh, podré soportarla siempre que no se suba a mi hombro –replicó tía Susana con gran valentía–. Y me atrevo a asegurar que llegaré a acostumbrarme a los monos si se queda. ¡Al fin y al cabo me he acostumbrado a “Ciclón”, y la verdad es que no creía posible que llegara nunca a semejante cosa!

–¡Guau! –ladró Ciclón al oír mencionar su nombre. No había cesado de olfatear el bulto de la camisa de su amo, y que significaba que “Miranda” seguía allí acurrucada.

–Será estupendo –dijo Diana, pensando en las dos semanas que tenían por delante–. Estaremos los cuatro juntos... y “Miranda”... y “Ciclón”...

–Y “Arenque” –concluyó Roger viendo al gran gato negro que estaba silenciosamente mirando a “Ciclón” como si estuviera a punto de saltar sobre él–. Sí... lo pasaremos en grande.

–Y muy tranquilamente, espero –dijo la señora Lynton levantándose para ir a preparar la cama de Nabé–. ¡Han sido demasiadas emociones para mí! –exclamó suspirando.

–Oh, mamá... ¡me ha encantado el Misterio de la Feria de Rilloby! –exclamó Roger–. Me gustaría que volviera a empezar.

–No... otro sería mejor aún –dijo Chatín acariciando a “Miranda” debajo de su camisa–. Yo preferiría otro misterio tan importante como éste... ¡y lo tendremos! ¿No es verdad, “Ciclón”?

–Guau –ladró “Ciclón” saltando para olfatear a “Miranda”, y la mona, sacando una de sus manilas, le tiró de la oreja.

–Bueno, ¡mientras estéis juntos los cuatro con “Miranda” y “Ciclón”, seguro que hay jaleo! –dijo la señora Lynton–. Pero dejaos de misterios por una temporadita, ¿queréis? ¡Aún no he terminado de digerir éste!

–Bueno –prometió Chatín generosamente–. Te dejaremos descansar un poco, tía

Susana... y luego... zas... de cabeza a otro misterio... ¡el más grande que existió jamás!... ¡de seguro!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban

tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.